



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología

*Ficciones de familias:
Adolescentes entre cuidados y tránsitos*

Autora: Ana Cecilia Marotta Méndez

Programa de Doctorado en Psicología

Facultad de Psicología

Universidad de la República

Montevideo

Año 2020



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

 Facultad de
Psicología

*Ficciones de familias:
Adolescentes entre cuidados y tránsitos*

Autora: Ana Cecilia Marotta Méndez

Directora de tesis: Dra. Anna Paula Uziel

Codirectora de tesis: Dra. Alejandra López Gómez

**Trabajo presentado para optar por el título de Doctora en Psicología en el marco
del Programa de Doctorado de la Facultad de Psicología de la
Universidad de la República**

Montevideo

Año 2020



Marotta, Cecilia

Ficciones de familias: adolescentes entre cuidados y tránsitos /

Cecilia Marotta. - Montevideo: UdelaR: Facultad de Psicología, 2020.

205 pp, 1 tabla; 22 x 19 cm.

Tutor: Anna Paula Uziel - Alejandra López Gómez

Tesis (Doctorado en Psicología) - Universidad de la República (Uruguay).

Facultad de Psicología, 2020.

Referencias: pp. 189 -205.

1. Familias - 2. Adolescentes - 3. Hogar monoparental - 4. Cartografía -
5. Parentalidad - 6. Cuidados - 7. Tránsitos - 8. Epistemologías feministas

Montevideo, 31 de agosto de 2020.

Dirección Académica del Doctorado en Psicología:

En calidad de Directora y Co-directora de Tesis de la doctoranda Ana Cecilia Marotta Méndez,
perteneciente a la cohorte 2015 del Programa de Doctorado de Facultad de Psicología,
expresamos el aval a la entrega de la tesis titulada "Ficciones de familias: adolescentes entre
cuidados y tránsitos."

Sin otro particular, atentamente

Directora de Tesis:

Dra. Anna Paula Uziel -UERJ



Co-Directora de Tesis: Dra Alejandra López Gómez - UDELAR



La investigación que da origen a los resultados presentados en la presente publicación recibió fondos de
la Agencia Nacional de Investigación e Innovación bajo el código **POS_NAC_2018_1_151194**.

A Pablo Grillo

A Francesca Grillo Marotta

Agradecimientos

A la Universidad de la República y a la educación pública de mi país.

A la Agencia Nacional de Investigación e Innovación, que apoyó esta investigación.

A los y las adolescentes entrevistadas.

A mis tutoras Anna Uziel y Alejandra López, por su calidez y sus diferencias, que nutrieron la producción singular de la tesis.

Gracias, Alejandra por tus sugerencias y observaciones, que permitieron afinar y fundamentar los planteos realizados en la tesis. Y por tus preguntas, que me hicieron dar cuenta, en un momento del camino, de que estaba en un punto donde ya no había retorno, y por donde tenía que seguir andando. Y porque compartimos una misma comunidad académica, donde habita la diversidad, y porque eso es la vida.

Gracias, Anna por tu generosidad en los intercambios, por la bienvenida a la UERJ y los encuentros presenciales en Rio de Janeiro, y en Montevideo. Por acercarme un poco más a Brasil, país hermano, con su idioma, sus musicalidades, sus paisajes y movimientos epistémicos, teóricos y metodológicos. Por estar siempre ahí, acompañando los avatares de la investigación y sus escrituras, por haber hecho de este proceso una experiencia compartida y disfrutable. Muchas gracias.

A Clara y Aracé, una dupla genial, que, sin conocerse, han estado siempre ahí, manteniendo el fuego encendido. Gracias por la confianza.

Agradezco también a las mujeres que componen el colectivo de psicología social comunitaria, y a las compañeras y compañeros del Instituto de Psicología Social, con quienes he cultivado cercanías afectivas, teóricas y políticas.

Gracias especiales a Chiara, Noelia, Daniela, Mayra y Lucía, del grupo de investigación “Familias y nuevas parentalidades”, pujantes investigadoras.

A Valeria, por el cuidado profesional y amoroso en la revisión del texto final de la tesis.

Agradezco a mis amigos de la buena vejez, con quienes habito un universo familiar y confiable, de amores y amistades, y donde construimos diversidad, desde siempre.

A mis amigas lindas del alma, más allá del tiempo y del espacio. Ellas saben quiénes son, estoy rodeada.

A mis familias, en particular a esas bellas y luminosas maestras que son mis hermanas: Mónica Marotta Méndez, Stefanía Ettlin Rosatti y Lucía Marotta Rosatti. Y a sus retoños: Bauti y Guille.

A mi prima Sandra, que apoyó esta investigación de diferentes maneras.

Agradezco especialmente a mi padre, por ser la persona amorosa e inteligente que es, por haberme enseñado el valor de la libertad, de los sueños y sobre la importancia de la circulación de las palabras escritas en papel.

A mi madre, qué decir, a mi madre por su entrega infinita, porque sigo sintiendo su amor, más allá del cielo azul. Porque murió en el medio de este camino que siempre alentó, y porque sé que me está mirando, desde allá arriba, con su sonrisa abierta de par en par. Mientras suenan los tambores.

Nuevamente y para finalizar los agradecimientos,
gracias a Pablo y a Francesca,
por hacer posible la maravilla.

Resumen

La tesis aborda las transformaciones contemporáneas de las familias, desde la perspectiva de adolescentes que viven en hogares monoparentales en la ciudad de Montevideo y en Ciudad de la Costa. Indaga y analiza las experiencias que estos adolescentes, hijos de padres separados y no convivientes, tienen acerca de la familia, los cuidados parentales, la crianza.

Tres elementos son claves para el estudio y para su lectura: el desplazamiento de la mirada adultocéntrica en el abordaje de los temas de familias, la perspectiva de las epistemologías feministas (Haraway, 1991, Harding, 1991) y su articulación con el método cartográfico de investigación (Deleuze y Guattari, 2004).

Durante los años 2017 y 2018 se realizaron seis historias de vida con adolescentes mujeres y varones entre 14 y 16 años, que totalizaron once entrevistas con enfoque cartográfico, en las áreas geográficas mencionadas.

La idea inicial de investigar familias monoparentales se vio desestabilizada al constatar que nuestros entrevistados vivían en hogares monoparentales producto de la separación conyugal, que circulaban por distintos hogares, y que los cuidados se diversificaban y ampliaban más allá de las familias. Sus ficciones de familia están organizadas en torno a los lazos de convivencia y de afectos, aludiendo a configuraciones móviles, no estabilizadas y dinámicas a lo largo de sus vidas. Aparece la referencia a la casa como materialidad física, pero, sobre todo, como espacio de la práctica cotidiana de la vida en común, siendo los hogares referidos en primer lugar, los que habitan con sus madres. Las prácticas de reproducción de la vida son llevadas adelante por las mujeres-madres, quienes realizan dobles jornadas laborales, dentro y fuera de la casa. Son ellas las principales proveedoras y quienes marcan el orden y organización de las actividades domésticas y la crianza de los hijos. Existe un implícito acerca de la naturalización de la responsabilidad de los cuidados en la madre, lo que genera efectos de desigualación al interior de las familias, donde los cuidados parentales son sinónimo de

cuidados maternos. Los cuidados se amplían y reubican en otros espacios de lo social e involucran a diferentes actores: cuidadoras, abuelas, tías, instituciones educativas. También se visualizan prácticas de cuidados entre hermanos y relaciones de apoyo mutuo entre pares. Por su parte, observamos cómo el Estado interviene en nombre del cuidado sobre las parentalidades, en particular en aquellas familias fragilizadas por las circunstancias de vivir en contextos de pobreza, a través de la judicialización. Estas prácticas ponen en evidencia un modo de abordar los conflictos que, si bien regulan dinámicas familiares, por otra parte, individualizan la resolución de las situaciones y revictimizan a niñas y niños.

Por último, constatamos que los procesos de parentalización están signados por los tránsitos de niños, niñas y adolescentes, luego de la separación conyugal, donde el relacionamiento con el padre es un marcador clave. Los escenarios y avatares subjetivos relatados componen paisajes en movimiento, que muestran los desafíos a los que se enfrentan los adolescentes en esta etapa, y los efectos de subjetivación que tiene, no ya la separación conyugal en sí misma, sino el procesamiento por parte de los adultos: padre y madre, del cual los tránsitos hablan.

La cartografía se muestra como un método pertinente para la investigación en psicología social y con adolescentes, acompañando el proceso de producción subjetiva y la creación de un plano en común (Kastrup, 2013) donde se articula la investigación con la intervención y la escucha clínica en la práctica científica.

Palabras clave:

familias, adolescentes, hogar monoparental, cartografía, parentalidad, cuidados, tránsitos, epistemologías feministas.

Summary

The thesis addresses the contemporary transformations of families, from the perspective of adolescents living in single-parent homes in the city of Montevideo and Coast City.

It investigates and analyzes the experiences that these adolescents, children of separated and not cohabiting parents, have about the family, parental care, and parenting.

Three elements are key for the study and for its reading: the displacement of the adult-centered gaze in the approach to family issues, the perspective of feminist epistemologies (Haraway, 1991, Harding, 1991) and its articulation with the cartographic method of research (Deleuze and Guattari, 2006).

During the years 2017 and 2018, six life stories were made with female and male adolescents between 14 and 16 years old, which totaled eleven interviews with a cartographic approach, in the geographic areas mentioned.

The initial idea of investigating single-parent families was destabilized when verifying that our interviewees lived in single-parent homes as a result of marital separation, that they circulated through different households and that care was diversified and expanded beyond families. Their family fictions are organized around the bonds of coexistence and affection, alluding to mobile, non-stabilized and dynamic configurations throughout their lives. The reference to the house appears as physical materiality, but, above all, as a space for the daily practice of life in common, being first referred to the homes inhabited with their mothers. The reproductive practices of life are carried out by women-mothers, who work double shifts, inside and outside the home. They are the main providers and those who set the order and organization of domestic activities and raising children. There is an implicit about the naturalization of the responsibility of care in the mother, which generates unequal effects within families, where parental care is synonymous with maternal care. The care is expanded and relocated to other social spaces and involves different actors: caregivers, grandmothers, aunts, educational institutions. Sibling care practices and peer support relationships are also visualized. For its part, we observe how the State intervenes in the name of parental care, particularly in those families made fragile by the circumstances of living in contexts of

poverty, through judicialization. These practices reveal a way of dealing with conflicts that, although they regulate family dynamics, on the other hand, individualize the resolution of situations and revictimize girls and boys.

Finally, we verify that the parenting processes are marked by the transits of boys, girls and adolescents, after marital separation, where the relationship with the father is a key marker. The reported subjective scenarios and vicissitudes compose moving landscapes, which show the challenges that adolescents face at this stage, and the subjective effects that it has, not only the marital separation itself, but the processing by adults: father and mother, of which the transits speak.

Cartography is shown as a relevant method for research in social psychology and with adolescents, accompanying the subjective production process and the creation of a common plane (Kastrup, 2013) where research is articulated with intervention and clinical listening in scientific practice.

Key words:

families, adolescents, single parent household, cartography, parenting, care, transits, feminist epistemologies.

TABLA DE CONTENIDO

Introducción.....	15
Capítulo 1. Anudamientos: acerca del problema de la investigación	26
1.1. Consideraciones sobre el escenario nacional en relación a los cambios en las familias hoy	26
1.1.1. Los caminos de la monoparentalidad. ¿Familia, hogar o situación? <i>O que é?</i>	33
1.1.2. Las primeras revisiones.....	37
1.1.3. Reconstrucción de las preguntas de investigación	42
Capítulo 2. Tramas: pistas metodológicas y epistémico-teóricas para la investigación con familias.....	46
2.1. Cartografía y epistemologías feministas: re-haciendo la ciencia	47
2.1.1. Imágenes de pensamiento: el rizoma.....	47
2.1.2 Epistemologías feministas, re-haciendo la ciencia.....	49
2.2. El lugar que habito, mi lugar de enunciación. Diálogos en el campo de la psicología social.....	52
2.3. Pistas teóricas sobre familias y parentalidades.....	61
2.3.1. Consideraciones sobre familia y psicología social.....	61
2.3.2. Familias en tensión y nuevas parentalidades.....	72
2.3.3. Familias y parentalidades en el horizonte de lo común.....	76
2.3.4. Conexiones y deslizamientos: La familia rizomatizada.....	78
2.4. De caminos y de encuentros.....	85
Capítulo 3. Ficciones y sentidos de familia.....	116
3.1. Lugares y espacios de lo familiar: casa y convivencia.....	118
3.2. Como de la familia: los lazos del corazón/lazos de afectos.....	128
3.3. Ideales y sentidos de familia.....	132

Capítulo 4. Familias y cuidados: desigualaciones en el ejercicio de las	
parentalidades.....	137
4.1. Reproducción de la vida y unidad doméstica.....	139
4.1.1. Organización del cotidiano.....	141
4.1.2. Lucas y la invención en el cotidiano.....	146
4.2. Parentalidades y prácticas de cuidado.....	149
4.2.1. Prácticas de cuidado parental y orden sexo-genérico.....	155
4.2.2. Las parentalidades frente a la ampliación y diversificación de los cuidados.....	162
4.3. En el nombre del cuidado: Parentalidades y Estado.....	168
4.3.1. Violencia y judicialización de la vida.....	171
Capítulo 5. Tránsitos y circulación de niños, niñas y adolescentes luego de la	
separación.....	186
5.1. Paisajes subjetivos en movimiento.....	188
5.1.1. La historia de Pedro: “Vivo con papá O mamá”.....	189
5.1.2. La historia de Antonio: “Le doy una oportunidad a papá”.....	192
Consideraciones finales.....	195
Referencias bibliográficas.....	203

Introducción

La presente tesis aborda las transformaciones contemporáneas de las familias, con énfasis desde la perspectiva de las y los adolescentes ¹que viven en hogares monoparentales en la ciudad de Montevideo y ciudad de la Costa. Indaga y analiza cuáles son las experiencias que estos adolescentes, hijos de padres separados y no convivientes, tienen acerca de la familia, los cuidados parentales, la crianza.

Este trabajo es producto de la investigación realizada entre los años 2015 y 2019 en el marco de mi formación doctoral en psicología, y busca contribuir al campo de problemas de la subjetividad, haciendo foco en los modos de subjetivación contemporáneos (Fernández, 2014; 2017) que se producen en las familias y parentalidades. Los cambios en las diversidades amorosas, eróticas, conyugales y parentales (Fernández, Borakievich, Cabrera, 2012) no son recientes, sino que han sido una constante en la historia de la humanidad y las diferentes culturas. Las modalidades de esta transformación, en las sociedades contemporáneas occidentales, nos exigen repensar los conocimientos disciplinares de las ciencias sociales, la psicología y el psicoanálisis, en tanto fueron construidos en torno a paradigmas heteronormativos y binaristas, producto de sus contextos de producción histórico-social. Por estas razones se hace necesario construir nuevas categorías teóricas y metodológicas para investigar sobre estos tópicos “que puedan captar las lógicas de la diversidad [...] (Fernández, 2007) en las que se despliegan estos modos de subjetivación contemporáneos” (Fernández, Borakievich, Cabrera, 2012, p.118).

En este sentido, la tesis se produce en la práctica de la investigación, enseñanza y extensión en Psicología Social en la Universidad de la República, proponiendo un enfoque cartográfico para el estudio sobre familias y nuevas parentalidades. No obstante, esto plantea

¹ Decido no utilizar el genérico masculino para visibilizar, en el uso del lenguaje, a las adolescentes mujeres entrevistadas. Por ese motivo, a lo largo del texto se utilizará la alternancia los/las o las/los.

una articulación productiva con otros saberes que incursionan en este campo de problemas, optando por una perspectiva de multirreferencialidad teórica (Stolkiner, 2004, Ardoino, 2005). Conforme a este propósito, se incluyó el diálogo interdisciplinario con aportes de la antropología, la historia, la demografía y la sociología, que permitirán incluir diferentes registros del tema. De esta manera, se buscó articular saberes y dimensiones macro y micro de análisis, que son heterogéneas e inherentes a las producciones subjetivas y a los modos de subjetivación (Tajer, 2009).

Inicié la investigación interrogándome sobre la *monoparentalidad* como constructo conceptual para dar cuenta de ciertas realidades familiares. A medida que fui avanzando, la cuestión adquirió mayor densidad y, a través de las historias de vida de los/as adolescentes, asistí a la constatación empírica de que el ingreso a la situación de monoparentalidad era producto de las separaciones conyugales durante sus infancias. Para las/os adolescentes entrevistados, la presencia de las madres a lo largo de sus vidas constituía el vínculo de mayor estabilidad y referencia ininterrumpida. Pero sin perjuicio de esto, me encontré con prácticas sociales de crianzas y cuidados que desbordaban el significado atribuido a la palabra *mono* como prefijo, que significa ‘uno’, o ‘uno solo’, resultando no operativas para comprender el ejercicio de las parentalidades.

La constatación de tránsitos y circulación de niños y adolescentes por diferentes hogares y redes de parentalidad, junto a la escucha de sus historias de vida, fue abriendo un campo de problemáticas donde analizar la relación entre estos nuevos formatos de vida familiar y las producciones subjetivas que hacen las/os adolescentes. Considerando a las familias como espacios privilegiados —pero no únicos— de subjetivación humana, nos preguntamos por las condiciones situadas de producción de estos sujetos-niños-adolescentes y, de esta forma, resurgieron las preguntas de la investigación: ¿qué ficciones construyen las/os adolescentes acerca de la familia? ¿a quiénes integran en sus redes de parentesco y de

acuerdo a qué criterios? ¿Cuáles son los actores que ejercen la parentalidad, quiénes son y cómo lo hacen? ¿Cómo juega el sistema sexo-género en la atribución de lugares y tareas encomendadas a los diferentes miembros de la familia? ¿Qué implicancias tienen estas prácticas de cuidados y crianzas en la constitución subjetiva de niños, niñas y adolescentes? ¿Qué relaciones podemos establecer entre familias y parentalidades? De esta manera, las preguntas de investigación llevaron a la construcción de nuevos objetivos.

Esta tesis tiene como propósito discutir sobre familias y parentalidades, en un escenario atravesado por fuertes debates teóricos y políticos sobre los cambios en las familias, donde conviven disputas de orden moral, religioso e ideológico. La sociedad uruguaya no ha sido ajena al declive del modelo hegemónico de familia acuñado en la modernidad (Fonseca, 2002), produciéndose, desde hace varias décadas, cambios acelerados en las dinámicas familiares, donde el aumento del divorcio y las disoluciones conyugales marcan un elemento clave en esta transformación. Las familias reconstituidas o ensambladas, las monoparentales, dan cuenta de esto, así como las nuevas formas de reproducción asistida y las parejas homosexuales que deciden tener hijos; todas son expresiones de cómo se han puesto en cuestión los presupuestos que fundaban la definición de familia siglos atrás, y las parentalidades se suman a los debates. Son expresiones de cómo las premisas que sostenían el modelo nuclear tradicional acuñado en la modernidad se encuentran dislocadas, a saber: el matrimonio heterosexual como fundante de la familia, la pareja heterosexual monogámica, la asociación entre pareja conyugal y pareja parental, la biparentalidad y el ejercicio de las funciones parentales de acuerdo a los roles prescriptos por género, la filiación fundada en el vínculo biológico. Sin embargo, estas prácticas sociales están siendo construidas y es necesario analizar cuáles son las especificidades de esos nuevos formatos, para proveer de constructos teóricos o categorías que se vuelvan operativas para las intervenciones profesionales que desarrollamos en los espacios de la clínica y las comunidades.

Si bien Uruguay es un país laico, que ocupa un lugar destacado a nivel continental y mundial por sus logros en materia de derechos, estos avances no son homogéneos y requieren —además de su ajuste en las prácticas institucionales y profesionales— de una transformación cultural que está en proceso y que hoy asiste a un fuerte embate conservador ante la asunción de un gobierno de coalición de derecha, que agudiza las controversias y disputas en torno al cambio cultural. A saber, la promulgación de las leyes de Unión concubinaria (Nro. 18.246/2007), la ley de Igualdad de derechos y oportunidades entre hombres y mujeres (Nro. 18.104/2007), la ley sobre el derecho a la Identidad de género y al cambio de nombre y sexo en documentos identificatorios (Nro. 18.620/2008), la ley de Defensa al derecho a la salud sexual y reproductiva (Nro. 18.426/2008), la ley de Interrupción voluntaria del embarazo (Nro. 18.987/2012), la ley de Matrimonio igualitario (Nro. 19.076/2013), la ley Integral para personas trans (Nro. 19.684/2018); son conquistas de movimientos feministas y de la diversidad sexual, que impactan sobre los temas de familias y ubican en la escena pública cuestiones tradicionalmente adscritas a la esfera de lo privado. Sin embargo, asistimos a una fuerte embestida de los discursos liderados por grupos religiosos y político-partidarios, que invocan a la familia tradicional nuclear y arremeten contra la agenda de derechos. Los procesos de moralización están presentes en las posturas conservadoras acerca de los cambios, codificándolos como procesos de fragilización o destrucción de las familias. Estas posturas se sostienen en categorías morales o en modelos biologicistas (la familia como célula de la sociedad), entre otros argumentos que aluden a un orden natural. Las mutaciones en las familias se adjudican a la *ideología de género*, a la subversión política y a la pérdida de valores. Estos embates conservadores se erigen como baluartes de una cultura asociada a un orden político autoritario y heteronormativo. En este aspecto resulta importante alertar sobre los efectos de control que tienen estos discursos, que codifican políticamente el campo de las familias desde una determinada moral familiar y sexual. Con

Foucault (2008) hemos aprendido cómo el poder actúa en términos de normalización y demarcación sobre lo que está bien y está mal para una época. Las familias, en ese sentido, son espacios de normatización y normalización de las conductas y comportamientos adscriptos a cada género, las relaciones de poder se ejercen sobre la subjetividad y cada formación histórica hará su trabajo de modulación. Sin perjuicio de que los llamados movimientos antigénero actúan a escala mundial y responden a estrategias globales (Patternote, Kuhar, 2018), en Uruguay, estas posiciones reactualizan modelos de autoritarismos políticos y muestran que existe una trama histórica densa y con múltiples enlaces entre pasado, presente y futuro.

De esta forma se configura un plano de relaciones de fuerzas donde familia, política y subjetividad están interrelacionados, así como un terreno no neutral para la investigación científica que nos ocupa. En este escenario sociopolítico, los movimientos iniciados al interior de las familias no tienen vuelta atrás y no preexisten a su normatización, sino que ponen a prueba nuestros *a priori* conceptuales, morales, políticos. ¿Cuál es la amenaza que las nuevas composiciones de familias y parentalidades traen consigo? ¿Será que la familia, en tanto formación subjetiva, al verse conmovida por la subversión de un orden político, sexual, burgués y patriarcal, se vuelve un riesgo para una sociedad tomada por una lógica capitalística² que persigue una subjetividad dominante (Guattari y Rolnik, 2006)? ¿Qué nuevas relaciones sexo-género se producen, qué nuevos modos de subjetivación contemporáneos? Estas son preguntas suscitadas por la tesis, que orientan y ayudan a pensar y situar la palabra de los entrevistados, que exceden su alcance y desbordan sus objetivos, quedando abiertas para futuras investigaciones.

² Guattari agrega el sufijo *ístico* a capitalista porque le parece necesario crear un término que pueda designar, no solo a las llamadas sociedades capitalistas, sino también a sectores del *tercer mundo* o del capitalismo *periférico*, así como de las conocidas como economías socialistas de los países del este, que viven en una especie de dependencia y contradependencia del capitalismo. Guattari Rolnik (2006), *Micropolítica Cartografías del deseo* p. 27. Traficantes de Sueños, 2006 Madrid.

La investigación en el campo de los estudios de familias y parentalidades, desde el punto de vista teórico-metodológico, fue guiada por tres elementos claves del proceso y la lectura de la tesis: en primer lugar, el desplazamiento de la mirada adultocéntrica en el abordaje de los temas de familias, en segundo lugar, la perspectiva de las epistemologías feministas (Haraway, 1991, Harding, 1991) y, en tercer lugar, la articulación de estas con el método cartográfico de investigación (Deleuze y Guattari, 2004). Las preguntas iniciales se pusieron a trabajar en estas claves, pero ¿cuándo comenzaron a formularse como tales? Estas cuestiones, que motivaron el estudio de tesis, son producto de una práctica psicológica propia en el campo de las políticas sociales de infancia y adolescencia, y en el ámbito de la práctica clínica. Pero, al mismo tiempo, debo decir que mi encuentro con ellas es previo y forma parte de mi recorrido vital. Con esto hago referencia a unas circunstancias de vivir la niñez en dictadura y a los avatares de unas familias violentadas por el terrorismo de Estado. Estas circunstancias socio-históricas forman parte del reencuentro con las precoces preguntas acerca del lugar de los niños, del papel de los intelectuales, de la dimensión política de los procesos de investigación en las universidades. Es así como las claves de lecturas para la tesis, y que abrieron tránsitos para la investigación doctoral, retoman un posicionamiento que ya había encontrado en mi propia vida, dando lugar a la construcción de un dispositivo de investigación que, tras su logro de marcha autónoma, produce la tesis que se presenta. ¿Cómo recuperar el conocimiento encarnado y experiencial de niños, niñas y adolescentes sobre las experiencias? Sobre el entendido de que la dimensión subjetiva a la que hacemos referencia no remite a un sujeto individual, sino a un proceso colectivo, ¿cómo dar cuenta de un pensamiento complejo donde las conexiones entre familias, política y subjetividad se entrelazan? ¿Qué herramientas teórico-metodológicas son necesarias para dar lugar a una investigación académica implicada? ¿Cómo producir conocimientos tentativos para comprender las realidades sociales? En otras palabras, la elección de tomar el punto de vista

de los/as adolescentes se apoya en la constatación de una desigualdad, y se sustenta en un posicionamiento ético-político de revalorizar a este grupo poblacional como sujetos sociales, con poder para producir conocimiento legitimado. Por otra parte, la perspectiva de las epistemologías feministas retoma el carácter transformador, sosteniendo la importancia de un conocimiento situado y comprometido con el propio tiempo en que se produce. Desde esta perspectiva, son varios los puntos que articulan con los postulados del método cartográfico y que procuré poner en diálogo con las perspectivas feministas.

El estudio fue diseñado siguiendo una metodología cualitativa por considerarse la más adecuada para lograr los objetivos propuestos. Se definió que la población del estudio serían adolescentes mujeres y varones entre 14 y 18 años, jerarquizando su lugar de actores y agentes de producción de conocimiento. La metodología cualitativa permitió armar un diseño flexible, y generar condiciones para la emergencia de los fenómenos a estudiar, articulando la técnica de historia de vida (Bassi, 2014) con el enfoque cartográfico (Deleuze y Guattari, 2004). Durante el período entre los años 2017 y 2018, se trabajaron seis historias de vida en base a un total de once entrevistas realizadas en diferentes espacios de la ciudad de Montevideo y en Ciudad de la Costa. Estas entrevistas fueron desgrabadas y transcritas, realizándose sucesivas lecturas que permitieron editarlas e identificar los primeros analizadores. El concepto de analizador (Guattari, 1976, Lourau, 1994) forma parte del conjunto de nociones del campo del análisis institucional y aquí es retomado como herramienta analítica para la producción de conocimiento. Los analizadores fueron emergiendo en la acción investigativa, descolocando el foco de la pesquisa, deslocalizando al sujeto analizador (Manero, 2015) y, en definitiva, produciendo el análisis. Esta estrategia se combinó con las técnicas de análisis de contenido categorial, que fue utilizado en la etapa de sistematización del material de las entrevistas, donde los objetivos fueron la guía para identificar códigos iniciales que permitieron su procesamiento a través del software Atlas.ti.

Se realizó un uso básico de esta herramienta, facilitando el manejo del volumen de información obtenida en las historias de vida. Esta fue una etapa de mucha producción, asumiendo el desafío metodológico de articular y combinar técnicas y procedimientos analíticos. El análisis se produjo también en una escritura reflexiva sobre el uso del lenguaje académico, su fundamento epistemológico y el proceso de creación de pensamiento y conocimiento que se produce al escribir (Cubo, Puiatti, Lacon, 2014).

La tesis se encuentra organizada en cinco capítulos y la tabla de contenido ofrece un mapeo lógico, y no cronológico, de la investigación realizada. El primero de los capítulos desarrolla el problema de investigación, articulando elementos de contexto socio-histórico y conceptual que conciernen a la tarea de problematizar el campo de las familias. El propósito fundamental en este capítulo es mostrar los anudamientos a partir de los cuales comenzamos a investigar, exponiendo la deconstrucción del problema inicial de la monoparentalidad, provocada por el encuentro con los entrevistados, así como por una primera revisión de antecedentes realizada en torno al tema. En el segundo capítulo proponemos algunas pistas teóricas y metodológicas que refieren a la posición de la investigadora en el campo de estudios. Al decir de Passos, Kastrup y da Escóssia (2010, p.13) las pistas nos guían en el trabajo de pesquisa, sabiendo que para acompañar procesos no podemos tener predeterminada de antemano la totalidad de procedimientos metodológicos. Las pistas que guían al cartógrafo son como referencias que concurren para mantener una actitud de apertura a lo que se va produciendo y de calibrar el camino en el propio curso de la investigación, el *hodos-meta da pesquisa*. Al término del segundo capítulo se presentan los procedimientos metodológicos empleados, así como las características de los participantes y de las entrevistas realizadas, haciendo una breve presentación de cada uno de las/os adolescentes. En los capítulos tercero, cuarto y quinto, trabajé con los analizadores para presentar los planos de una cartografía. En ese sentido, el tercer capítulo aborda las ficciones y sentidos de familia que los/as

adolescentes construyen, evidenciando la importancia de la convivencia y los lazos afectivos, así como su carácter dinámico y procesual. En el cuarto capítulo se desarrollan las articulaciones entre familias, parentalidades y prácticas de cuidado, atendiendo a las desigualaciones que se producen entre género, generaciones y medio social. Se mapean las prácticas de reproducción de la vida en los hogares de los/as adolescentes, procurando identificar los atravesamientos sexo-genéricos en la organización doméstica y en las prácticas parentales. La constatación de la ampliación y diversificación de los cuidados más allá de las familias deja planteadas preguntas acerca de la subjetivación de los niños, niñas y adolescentes. También en este capítulo, a partir de una historia en particular, se trabajan los atravesamientos del Estado en la producción de los cuidados. El quinto capítulo presenta los tránsitos y circulación de niños, niñas y adolescentes luego de las separaciones conyugales, mostrando distintos paisajes móviles.

Finalmente, el último capítulo de la tesis presenta las consideraciones finales a las que arribamos y que se constituyen en un aporte al estado de la cuestión.

La culminación de la escritura de tesis se produce durante la pandemia por COVID -19 en Uruguay y en el mundo, durante los meses de marzo a julio de 2020. A fines de junio, con el reintegro parcial escolar de mi hija a la escuela pública, me dispongo a realizar los últimos nudos, puntadas y terminaciones en esta trama escrita. Han sido meses de sobrecarga de cuidados, tareas en el hogar, contención y calma para transitar las incertidumbres. Asediada en un inicio por demandas laborales de adecuación al teletrabajo y al dictado de clases virtuales, una atmósfera de atemporalidad iba instalándose en la casa, abriendo un mundo familiar paralelo donde las tensiones, la alegría, el arte, las comidas caseras, las angustias y los desafíos por venir transcurrían día a día.

Una mañana fría de mayo, mi hija se despierta y sube a la cama donde estoy trabajando en la tesis. Se sienta a mi lado —despeinada igual que yo—, comienza a leer la

pantalla y le digo “¿vamos a desayunar?” Me responde que quiere leer, asiento, y lee algunas líneas. Esa misma tarde, tiene videoconferencia con su maestra, siendo acompañada en las clases escolares por su papá, quien prepara cuidadosamente el espacio y el tiempo para que Francesca se encuentre dos veces por semana, a través de la pantalla, con su maestra y algunos compañeros. Esa tarde, la maestra pregunta si leen y qué leen, a lo cual Francesca responde que sí, que lee todos los días, y que esa mañana leyó una *cosa* en la computadora de su madre, que se trataba de adolescentes. A la maestra de mi hija le ocurre lo mismo que a mí, en sus clases aparecen sus hijos y la intimidad de su hogar. La escuela está en casa y las familias de los niños ingresamos a la casa de la maestra. Las fronteras entre familias y escuela se vuelven porosas; maestras y familias nos vemos e interrelacionamos de nuevos modos en la virtualidad. Ellas y nosotras sabemos que durante la pandemia han quedado con mayor crudeza y al desnudo las desigualdades preexistentes, las de las violencias cotidianas que explotan dramáticamente, y también otras más sutiles, que siguen ubicando a las mujeres en el lugar de la sobrecarga de los cuidados y de las mayores exigencias en las articulaciones entre cuidados, trabajo remunerado, trabajo académico.

Las mujeres que viven solas con sus hijos, y sin presencia de los padres de sus hijos, vieron cómo sus redes de apoyo para la crianza y los cuidados se derrumbaban: escuelas, clubes y colegios cerrados o suspendidos provisoriamente; sin poder contar con los apoyos de abuelas, tías y otros cuidadores. Escenarios donde se pone de manifiesto la necesidad de inventar, de crear otros cuidados colectivos más allá del Estado, del mercado y de las propias familias.

En otra mañana de julio, más fría, mi hija se levanta y llama desde su cuarto: — Mamá, papá. Estoy en el comedor desde las 6:00 am, aprovechando el silencio de la casa. La pequeña estufa a leña calienta el espacio, y se siente bien aquí. Pasaron dos o tres horas hasta el llamado de mi hija, voy hasta su cuarto y vuelvo a la tesis. Le propongo que la espero aquí,

mientras ella termina de vestirse y lavarse la cara. Acordamos que me va a mostrar las tareas de matemáticas, las que mandó la maestra en el retorno a la presencialidad. Francesca aprovecha a mostrarme todo lo que ha hecho en matemáticas desde marzo hasta ahora, estirando mi tiempo con ella, nuestro tiempo, fuera de tesis. En los meses de pandemia está aprendiendo a dividir y a multiplicar. Y me dice que, para dividir el número, hay que ¡romperlo! Nos miramos ella y yo, un poco espantadas: ¿romper? —¡Ay, pobre número si se rompe! También se puede separar— acoto. Así, intercalo la tesis con el reaprendizaje de las matemáticas, y me asombro de una ciencia tan exacta, tan distinta a la ciencia que practico. Así han sido estos meses de pandemia y tiempo final de tesis. Hasta que una tardecita de fin de semana colgué un marco vacío en una de las paredes del cuarto. —Para que ningún paisaje se agote al fijarse— le dije a mi compañero, parafraseando a Roberto Juarroz (1991) con su poesía vertical. Y frente a su cara atónita y su negativa a colgar ese marco vacío, insistí. Ese día me di cuenta de que la tesis había llegado a su fin, no tanto por la expresión de Pablo, que ya conoce mis desvaríos, sino porque los finales son necesarios para que se produzcan nuevos comienzos. Recordé los cuentos de la infancia de mi abuela paterna en el campo, con muchos hermanos comiendo sandías y frutillas. Recordé las tramas amorosas de mis dos jóvenes abuelas, una viuda y la otra divorciada, que criaron solas a sus hijos e hijas. Recordé a mis padres, que, aún separados forzosamente por la dictadura, lograron sostenerme con sus palabras y en sus brazos fuertes y también amorosos. A mi madre, que nos crio en un hogar monoparental hasta el reencuentro con mi padre ya en libertad. Recordé a mi primera hermana con quien completamos el cuadro de la primera familia que tuve, la del *Todos para uno y uno para todos*. ¡Cuánta vida! diría Francesca. Había terminado de escribir la tesis.

CAPÍTULO I.

Anudamientos: acerca del problema de la investigación.

1.1. Consideraciones sobre el escenario nacional en relación a los cambios en las familias hoy

El escenario político en Uruguay, al cierre³ de la investigación, es muy distinto al del comienzo, donde no se avizora la proyección que la temática de familias iría adquiriendo para los nuevos gobernantes que —en formas más o menos descarnadas, y en otras subrepticamente— van ubicando a la temática como un eje del nuevo gobierno. Esta insistencia en dotar a las familias de consistencia moral y de un regreso a la fuente de todos los valores como garantía de paz y tranquilidad social, se inscribe en el singular proceso sociopolítico que ha vivido la sociedad uruguaya producto de quince años de gobiernos progresistas. Durante estos años, se impulsaron con mucho énfasis, no solo cambios en la normativa jurídica, como veremos más adelante en forma detallada, sino que, también, numerosas políticas públicas sociales, que impactan en los relacionamientos y dinámicas entre generaciones, y en el orden sexo-género, desplegando diversidades amorosas, eróticas, sexuales y también diversas performances para las parentalidades. Pero veamos cómo se resignifica este anudamiento del problema de investigación, en una perspectiva socio-histórica, que nos permita comprender el proceso de transformación y de enunciación política.

Hay consenso en afirmar que las transformaciones en las familias adquieren mayor visibilidad en el mundo occidental a partir de las décadas de los ochenta y los noventa, siendo retomadas como objeto de estudio por parte de las ciencias sociales y la demografía. Es también por estos años que en Uruguay se comienza a producir investigación científica al respecto, relevándose estudios sociológicos y socio-demográficos que describen dinámicas de

³ El 1º. de marzo de 2020 asume en Uruguay el presidente Luis Alberto Lacalle, representante de una coalición de partidos políticos. El cambio de gobierno marca un giro radical en las políticas económicas, sociales y de derechos que venían llevando adelante los sucesivos gobiernos progresistas desde el año 2005 hasta el 2020.

población y los grandes flujos en materia de conformación y disolución de hogares. Plantean hipótesis explicativas acerca de los cambios, así como permiten conocer esferas de la vida familiar que comprometen el cuidado de niños y adolescentes. El equipo uruguayo, conformado por Bucheli, Cabella, Pieri, Piani y Vigorito (2001, 2002), señala el carácter global de las transformaciones en las familias, marcando ciertas regularidades que se expresan en lo global y en lo local. Las autoras llaman la atención sobre cómo, en el Uruguay de las décadas de los sesenta y setenta, coinciden las mismas variaciones que en los países desarrollados, posiblemente asociado a la propia conformación de la sociedad uruguaya donde la inmigración europea jugó un papel clave. El equipo de investigadoras señala las relaciones y componentes que integran esa dinámica, entre los cuales están la caída de la fecundidad, el descenso de la nupcialidad, el aumento de las uniones consensuales y de los divorcios, entre otros. Por otra parte, el cambio demográfico en Uruguay es relevante por su magnitud y porque habría comenzado con anterioridad a otros países latinoamericanos. Varios autores y estudios coinciden en que las últimas décadas del siglo XX fueron, y son, claves para comprender estos cambios.

El sociólogo uruguayo Carlos Filgueira (1996) propone la tesis acerca de la existencia de una “revolución oculta” en las familias uruguayas, que se expresa en los años noventa y que marca el pasaje de un modelo familiar hacia otro. ¿Podemos pensar que en los noventa se catalizan procesos que venían gestándose décadas atrás? ¿Podemos identificar elementos de contexto socio-político que estarían desbordando en las familias?

en el mundo pasan cosas muy trascendentes: la implosión del socialismo existente en casi todas sus versiones, la globalización de la economía, la revolución científico tecnológica, y la dominación política y militar por parte de los Estados Unidos... esa nueva situación en el ámbito de América Latina tuvo efectos letales en la mayoría de la izquierda histórica. Los años noventa ofrecen un panorama de derrotas, fracasos y

divisiones haciendo posible una hegemonía de la nueva derecha como desde hacía tiempo no se lograba. (Portillo, 2009, p.29)

Son los años en que Francis Fukuyama (1989) proclama el fin de las ideologías y de la historia, fundamentando que, a partir de ese momento, el vencedor eterno sería el liberalismo. Según su planteo, no solo habría terminado la guerra fría, sino que la humanidad había evolucionado hacia la democracia liberal como fórmula exitosa de gobierno humano. Los fenómenos de conmoción, perplejidad e incertidumbre, que se viven a escala mundial, se expresan en el espacio social y, en particular, en la institución familiar. Desde la sociología, autores como Anthony Giddens (1992) llaman la atención sobre los cambios revolucionarios que afectan a las vidas privadas, en la sexualidad, en el matrimonio y en la familia. Dice el autor que esto supone una revolución sobre cómo nos concebimos a nosotros mismos, así como en las relaciones y lazos que construimos con los demás. Es una revolución, continúa diciendo, que se produce a escala mundial, instalando preguntas acerca del destino de la familia, la igualdad sexual y la regulación de la sexualidad; y explicando que donde no hay discusión es porque grupos fundamentalistas o regímenes autoritarios no lo permiten. Giddens (2000) habla de una democratización de las relaciones entre hombres y mujeres, entre adultos y niños, como democracia de las emociones en la vida diaria.

Volviendo al trabajo de Filgueira (1996), el sociólogo plantea una hipótesis acerca del sistema familiar dominante en Uruguay, ligado al modelo occidental que imprimió las mismas expectativas a los países subdesarrollados. Dice al respecto de esto:

una familia nuclear constituida por los dos padres biológicos y sus hijos, en la cual el padre es el sostén económico básico de la familia, que obtiene sus ingresos del trabajo realizado fuera de la unidad familiar, y con una madre que dedica la mayor parte de su tiempo a las tareas intradomésticas y de cuidado de los hijos. Se asume también que otras características asociadas a esta percepción estarían igualmente presentes: por

ejemplo, la percepción de que la autoridad familiar está representada por la figura del padre, de que hay una intensa frecuencia de contactos cotidianos entre los miembros de la familia- en particular de los padres con sus hijos-y la idea de que existe una natural complementación de ambos cónyuges en sus respectivos ámbitos de acción: el público en el hombre y el privado en la mujer. (p. 9).

En el escenario de posguerra, este modelo resurge en los EEUU e inunda los procesos latinoamericanos, erigiéndose la familia como construcción y poniéndose en evidencia como campo de conflictos y disputas por parte de diferentes actores sociales (Estado, Iglesia, entre otros).

Filgueira (1996) concluye que, a mediados de los sesenta, este modelo tiene su declive estrepitoso con su colapso también en Uruguay. Señala diferentes elementos para considerar la ruptura de este modelo tradicional, denominado de aporte único (hombre proveedor), que en clave sociológica “implica la erosión de las bases normativas de la familia sustentada en sistemas valorativos prevalecientes que definieron históricamente las relaciones de autoridad, poder y legitimidad de los roles familiares de género” (Filgueira, 1996, p. 15). Enumera cambios demográficos, económicos y socioculturales entre los cuales ubica la revolución sexual, los divorcios y los movimientos por la igualdad de género. Se destaca la “revolución del divorcio” de los años setenta, que conecta directamente con la situación de nuestros entrevistados, algunas décadas a posteriori. El divorcio es un fenómeno que luego se manifiesta en la caída de los matrimonios, ya sea porque las personas divorciadas no vuelven a contraer matrimonio o porque las nuevas parejas optan por la unión libre, sin correlato jurídico-legal.

Isabella Cosse (2010), en su investigación historiográfica sobre cómo se dan estos procesos en las familias en Argentina, reafirma que la caída del ideal conyugal durante las décadas de los sesenta y setenta provoca efectos subjetivos en la matriz moderna de familia.

Hasta mediados del siglo XX, y en pleno auge del familiarismo, el ideal conyugal dominaba la normatividad social y el divorcio era considerado una desviación a la norma, una conducta no deseada y el fracaso del ideal familiar. La salida de la mujer al mundo laboral supuso una serie de conflictos y estrategias para compatibilizar los requerimientos del orden doméstico. Esta suerte de modelo familiar doméstico tuvo un fuerte arraigo en la clase media y se basó en el “compañerismo con inequidad” (Cosse, 2020, p.128). Sin embargo, a mediados de los sesenta y setenta, la familia nuclear tradicional comenzó a verse amenazada, como también los cambios en la sexualidad, la autoridad y en la familia se tornaron amenazadores.

A partir de la contextualización demográfica en el Uruguay, observamos que la práctica de los divorcios aumentó durante los sesenta y setenta, sin perjuicio de que las leyes de su aprobación datan de 1907 y 1913. El restablecimiento de la democracia, en el año 1984, favoreció el movimiento y la apertura de los vínculos familiares (Cabella, 1999), aunque poco se sabe sobre cómo se produjo esta apertura y con qué factores se puede asociar. Sin embargo, Cabella (1999) también señala cómo este hecho podría mantener la asociación entre un régimen democrático y la posibilidad de visibilizar la diversidad de lo familiar. La demógrafa señala que, en el último quinquenio de los años ochenta, la familia uruguaya da un giro que no tiene precedentes en la historia del país. Con esto se refiere al proceso poblacional denominado de “segunda transición demográfica”, donde se pone en cuestión la instalación y expansión de la familia nuclear que caracterizó la primera transición. Esta nominación involucra profundas transformaciones en la formación y disolución de uniones, a saber: una caída en la tasa de nupcialidad donde, por ejemplo, entre los años 1985 y 2000, pasó de 22.000 matrimonios contraídos anualmente a 14.000, y un aumento de la divorcialidad donde de cada 100 matrimonios contraídos en el 2000, es previsible que 60 terminen en divorcios. Por otra parte, un aumento en las uniones consensuales, particularmente en más jóvenes y de nivel educativo más alto, así como algunos cambios en la edad de unión y primer hijo, donde

las mujeres con mayor nivel educativo aplazan las uniones y la maternidad. Estos fenómenos muestran, entre otros aspectos, cómo los vínculos familiares, que antes permanecían abroquelados a la idea de familia nuclear de la modernidad, se desinstitucionalizan.

Cabella (2007) afirma que, a su entender, el cambio demográfico en Uruguay pone de manifiesto cómo se produce un corrimiento en la forma tradicional de hogar nuclear y un aumento del número de hogares extendidos y monoparentales. Sin embargo, señala que, si bien estos hogares generalmente se asocian a la pobreza, no se presentan empíricamente de este modo. Expresa que, aunque el número de hogares monoparentales es prácticamente el mismo en sectores pobres y no pobres, aquellas familias que se encuentran bajo la línea de pobreza son demográficamente más vulnerables. Para la investigadora es importante conocer la estructura de los hogares en tanto muestran cómo se organizan para la reproducción social y biológica:

Es al interior de los hogares que se procesan un conjunto de decisiones que afectan la vida cotidiana y el bienestar general de la población. Por ejemplo, qué miembros del hogar realizan qué tareas domésticas, cómo se comparten las responsabilidades del hogar, quiénes participan en el mercado laboral y cuánto tiempo, cómo se distribuyen las tareas de cuidado, especialmente hacia los niños y ancianos...son todas decisiones que son tomadas con consideración del número y las características de los integrantes de los hogares. (Cabella, Fernández Soto y Prieto, 2015, p. 6)

En nuestro país, y de acuerdo a los datos del último censo nacional del año 2011, se registra un aumento significativo en el número de hogares unipersonales y monoparentales; y un descenso de los hogares integrados por parejas e hijos. Cabella y Nathan (2014) llaman la atención acerca de la distribución porcentual de niños y adolescentes en hogares con un solo progenitor a cargo: uno de cada cuatro niños, de entre 0 y 4 años, no convive con sus dos progenitores, aumentando en el grupo de adolescentes, donde esta proporción se eleva a más

de la mitad (53 %). En el Sistema de Información de Género ofrecido por el Ministerio de Desarrollo Social del año 2012, se informa que en los hogares monoparentales el 10,6 % son monoparentales femeninos, mientras que los masculinos representan un 1,6 %.

Los estudios demográficos nacionales son una referencia clave e ineludible para la investigación con familias en Uruguay. Por otra parte, tienen sus limitaciones para comprender los cambios en las familias en relación al parentesco, para conocer las trayectorias familiares, la circulación de los hijos de padres divorciados, entre otros. Los cambios se presentan fenoméricamente en los espacios educativos, en los consultorios y, aún más, en la cotidianeidad de nuestras propias formas de experimentar la familia. Desafían, además, al orden jurídico, a las políticas de Estado de protección a las familias que estaban montadas en el modelo conyugal, abriéndose una brecha entre las prácticas sociales y las normas sociales. Como mencioné en la introducción, durante los años de gobiernos progresistas se concretaron importantes logros en materia de derechos que tienen su correlato en la legislación sobre familias y que ubican al país en un lugar de avanzada en el continente latinoamericano. En materia de políticas públicas, el Uruguay se destaca por la implementación del Sistema de Cuidados (en adelante SC), denominado *buque insignia* del tercer período de gobierno progresista del presidente Tabaré Vázquez. En este sentido, la discusión introducida por la perspectiva de género en la academia, así como la movilización de grupos feministas y de la diversidad sexual, han coadyuvado para visibilizar las desigualdades al interior de las unidades domésticas, priorizando el debate en torno al lugar de la mujer y las inequidades al interior de los hogares. Asimismo, han puesto en primer plano la reproducción social de la vida y el lugar históricamente atribuido a las mujeres como dadoras de cuidados. En este punto vale la pena destacar y reconocer el aporte de la Dra. Batthyány y del equipo de Facultad de Ciencias Sociales, quienes desde 2005 investigan y producen en torno a la distribución y características de los cuidados en Uruguay,

instrumentando el primer módulo sobre cuidado en la encuesta continua de hogares de 2007. En su formulación, el SC busca superar la inequidad de género existente, asumiendo la corresponsabilidad del Estado y de los hombres en las prácticas de cuidados. En su fundamentación se advierte que las familias vienen desplazando el cuidado hacia el mercado, por lo cual la intervención del Estado permitiría, por un lado, regular la actividad privada y, por otro, ofrecer servicios públicos. El SC es una intervención fuerte en materia de políticas públicas dirigidas a las familias, que se basa en el cuidado como derecho y práctica social.

En suma, la diversidad de situaciones familiares es la característica del siglo XXI. En la actualidad, los sectores conservadores vinculan esta diversidad familiar como la decadencia de la familia, y defienden una idea de esta como fundamento natural de la sociedad. Se basan en un orden rígido de géneros que relega a la mujer a la domesticidad y que ubica en los logros y conquista de derechos el punto de partida de la debacle. A pesar de los avances en el Uruguay en cuanto al marco legal de reconocimiento de derechos y a la laicidad del Estado uruguayo, asistimos a un fuerte embate conservador impulsado desde grupos religiosos y algunos sectores políticos que actualmente ocupan lugares en el nuevo gobierno de coalición.

Las condiciones producidas cincuenta años atrás, fueron propicias para el pasaje hacia un modelo familiar donde el divorcio aumentó considerablemente y se convirtió en una de las grandes desestabilizaciones del modelo tradicional de familia. En estos años se procesaron e impulsaron cambios importantes en relación a las conyugalidades, siendo erosionado el ideal conyugal. Las mujeres ganan espacios en lo extradoméstico y en la posibilidad de emanciparse de la figura del hombre-proveedor. Lograron mayor control sobre su capacidad reproductiva y sobre la reproducción biológica, problematizando la naturalización de la maternidad.

Como en tiempos de posguerra, por momentos asistimos a discursos familiaristas que, al decir de Bourdieu (1997), bajo la apariencia de describir una realidad social, lo que hacen

es prescribir un modo de existencia de vida familiar, volviéndose una categoría que es principio de construcción de la realidad colectiva. Una de las claves para comprender los cambios es partir de la base de que el campo de las familias no es un terreno neutral, sino que es eminentemente político. Sin eludir las disputas ideológicas inherentes al campo de las familias, no se puede plantear el debate en términos morales. Como se verá en el próximo capítulo, las marcaciones de género y de generaciones son claves para problematizar el orden social y sexual jerárquico al interior de las familias, y los movimientos iniciados allí, ya no tienen vuelta atrás. Asistimos a un cambio de época donde la familia como construcción socio-histórica se expresa en la pluralidad de universos diversos, abiertos. En estas nuevas configuraciones, las cristalizaciones ceden a la emergencia de nuevas formas y sentidos de habitar las relaciones amorosas, eróticas y parentales. Los cambios en la subjetividad adquieren la densidad de su dimensión socio-histórica y política, y las familias no preexisten a su normatización, sino que son producidas en las nuevas composiciones amorosas entre géneros y generaciones. He allí pues, su potencial de crear y expresar nuevas realidades colectivas⁴.

1.1.1. Los caminos de la monoparentalidad. ¿Familia, hogar o situación? *O que é?*

Dentro del conjunto de los nuevos arreglos familiares que se presentan en el contexto actual en la tesis, opté por investigar aquellas familias donde los adolescentes vivieran con un solo padre o madre. Focalizar en estas configuraciones, trajo consigo conocer la complejidad y diversidad empírica de este fenómeno, observando cómo las situaciones pueden ser variadas y con rutas de entrada diferentes, dando lugar a experiencias singulares que desafían la comprensión y producción teórica, en relación a qué entendemos por la nominación de

⁴ Parte de los contenidos de este capítulo fueron trabajados en el artículo científico *Debates teóricos y políticos sobre familias en Uruguay: conexiones entre los setenta y la actualidad* (2020) En Revista Géneros, v. 27, nro. 27, pp. 125-144

monoparentalidad y cuáles son los efectos de estas nominaciones en las prácticas profesionales cotidianas.

El estudio tomó los hogares monoparentales por su número creciente, en distintos estratos sociales, y porque, además, la gran mayoría de estos hogares tienen al frente a una mujer. A esta situación le dimos inicialmente el nombre de familia monoparental, haciendo un uso indistinto de los términos hogar y familia. Por otra parte, observamos que, en el censo del año 2011 en Uruguay, “la aproximación metodológica al concepto familia se realiza a través del concepto hogar, el cual hace referencia a la persona o conjunto de personas con o sin vínculos de parentesco entre sí, que habitan una vivienda particular y que al menos para su alimentación comparten un fondo común o presupuesto.” (*Consideraciones metodológicas y conceptuales sobre los cuestionarios de población, hogares y viviendas de los censos, 2011*, p. 37). Esta observación alude a cómo en demografía la operacionalización metodológica de familia es el hogar, siendo así su tratamiento en los sistemas estadísticos del mundo. Sin embargo, y como se irá desarrollando a lo largo de la tesis, a los efectos de la investigación psicológica, los términos familia y hogar tienen sentidos diferentes. La elucidación de ambos términos dejó en suspenso la categoría de monoparentalidad como a priori teórico, viéndose desplazada en el relato de los/las adolescentes hacia configuraciones dadas por el divorcio o separaciones conyugales donde, con matices, se asistía a una circulación y tránsitos mediados por prácticas domésticas de crianza y cuidados. No obstante esto, la problematización de la monoparentalidad como categoría teórica permitió deconstruir el problema de investigación inicialmente delimitado y las preguntas de investigación fueron elucidándose. Fue a partir de los primeros encuentros y de la emergencia de los tránsitos y circulación como analizadores, que el foco de la pesquisa se deslocalizó de las familias monoparentales.

Al mismo tiempo, la investigación requirió de ciertas definiciones metodológicas sobre qué entendíamos por monoparentalidad como punto de partida. De esta forma

surgieron los criterios de inclusión para elegir a los futuros entrevistados, definiéndose que ellos debían convivir con un adulto de referencia, sin excluir a quienes se mantuvieran en contacto con el otro progenitor. No se trataba de la inexistencia inicial de otro adulto en el cuidado y en la responsabilidad de los/las adolescentes, como puede acontecer en situaciones donde el proyecto parental es de una sola persona, ya sea por adopción o por el uso de tecnologías de reproducción asistida. Al tomar contacto con los primeros entrevistados, las preguntas empezaron a multiplicarse ya que traían, con mayor fuerza de la esperada, la presencia del progenitor no conviviente, dándole otros sentidos a su ausencia-presencia. Este aspecto nos pareció muy revelador acerca de la naturalización que se produce cuando se utiliza el término de monoparentalidad ya que, inmediatamente, en el imaginario aparece la figura del progenitor ausente, material o subjetivamente, en el desarrollo de los niños, niñas y adolescentes. Por el contrario, en algunas situaciones manifestaron que pasaban la misma cantidad de tiempo con uno u otro miembro de la pareja parental. Estas constataciones me generaron la pregunta acerca de si la idea de monoparentalidad sería apropiada para estas familias en que los adolescentes transitan entre la casa del padre y la de la madre. De algún modo, estos primeros encuentros fueron una exploración acerca de las distintas modalidades y diseños de familias monoparentales, y una afirmación de la necesidad de poner en cuestión la categoría monoparentalidad.

La socióloga Nadine Lefaucheur (2003), refiriéndose a los hogares monoparentales en Francia, expresa:

Actualmente, los niños que viven en hogares monoparentales tienen en su gran mayoría dos padres legítimos vivos: uno, en general la madre, conforma con el niño el hogar monoparental, y otro, usualmente el padre, no convive con sus hijos, pero comparte de todos modos la patria potestad y la obligación de mantenerlos (por lo tanto, aunque sea un progenitor *ausente* en un *hogar monoparental*, sigue siendo

integrante de la familia de sus hijos, es decir, en lo que respecta a los hijos, es una familia monoparental pero a la vez una familia de dos progenitores y dos hogares. (p.66)

Anna Uziel (2009) cita también a Lefaucheur (1991) cuando afirma que los niños que viven con un solo padre o madre tienen una configuración más cercana a la multiparentalidad que a la monoparentalidad. Esta observación resultó muy potente y orientó el sentido de atender a los vínculos afectivos y las redes de parentalidad de nuestros entrevistados. Por otra parte, Uziel (2009) puntualiza que en el debate sobre la categoría de monoparentalidad podemos diferenciar hogar, familia y situación. Esta última referencia se apoya en el planteo que hace Poussin (1993) acerca de que no existe la familia monoparental, sino situaciones de monoparentalidad donde no es igual si esta situación se produce por divorcio, viudez, elección, o si es mujer u hombre quien está a cargo de los niños. En la actualidad, podemos ver cómo muchas de estas situaciones han variado, pero, además, las elecciones de las mujeres en cuanto a tener hijos sin pareja fundante y a través de las tecnologías reproductivas son más frecuentes. La expresión *familia monoparental* (Weissmann, 2008) surge en los escritos feministas de Andrée Michel del año 1975, para reafirmar la legitimidad de estos arreglos donde las jefas de hogar eran mujeres, dando un estatuto de familia y de normalidad, buscando evitar las connotaciones negativas que dicha situación tendría. Desde esta perspectiva Cabruja (2011) señala que

las familias monoparentales pueden ser consideradas como una transgresión a la norma de la familia nuclear burguesa heteropatriarcal. Históricamente la mayoría de los estudios las muestran como carentes de un elemento esencial para el correcto funcionamiento de la unidad familiar y del desarrollo de las niñas y niños, como es el hecho de que haya dos progenitores, preferiblemente hombre y mujer, que cumplen funciones diferenciadas y supuestamente complementarias. La idealidad de la familia

nuclear biparental y heterosexual es impregnada socialmente a través de los discursos, entre los cuales tiene especial relevancia el psicoanálisis que ha contribuido a patologizar las prácticas parentales de las madres que no lo cumplen (p. 185)

Si bien estas situaciones han sido constantes a lo largo de la historia, es interesante la alusión al contexto socio-histórico de surgimiento, así como los cambios y adherencias que este concepto pueda mantener y generar en las prácticas de investigación e intervención profesional. Tomando cuenta de esto, puedo decir que tradicionalmente se ha utilizado para nominar aquellas familias donde el ejercicio de la parentalidad está ubicado en un único progenitor, que en forma solitaria realiza el cuidado de sus hijos dependientes, sea este hombre o mujer (Avilés, 2013). Esta definición no es trivial para las teorías psicológicas (de cuño psicoanalíticas y más allá) ya que han sido construidas siguiendo el modelo de la familia nuclear biparental y heterosexual, donde la triangulación edípica es clave en la estructuración psíquica de los sujetos. Sin embargo, las prácticas de parentalidad que relatan los participantes de nuestro estudio, si bien muestran la predominancia del vínculo materno, no necesariamente suponen la renuncia o inexistencia del lugar parental paterno.

Hasta ahora se ha visto, pues, que el primer movimiento de desestabilización en el proceso de investigación fue el corrimiento de la idea de investigar familias monoparentales. El cuestionamiento de esta categoría dio paso a la complejidad y a un nuevo plano de producción de la tesis, donde las realidades de los entrevistados ya no irían a ser representadas por esta categoría y donde, además, debía suspender la necesidad de un marco donde ubicar las experiencias. En lugar de esto, optamos por acompañar el movimiento de las historias de vida de nuestros entrevistados, y la emergencia de un campo de problemáticas donde el eje estaba en escuchar los sentidos nuevos para esta definición inicial. Tomando algunas de las ideas planteadas por Guattari y Rolnik (2006) en su *Micropolítica. Cartografías del deseo*,

procuramos la singularización de las experiencias relatadas por los adolescentes más que su adecuación o no a las nomenclaturas.

1.1.2. Las primeras revisiones

En una primera revisión realizada en bases indexadas no específicas de psicología, y tomando como palabras clave: familias monoparentales y adolescencia, obtuve un conjunto de fuentes secundarias: libros, artículos y tesis doctorales. Un número importante de trabajos sostienen la emergencia de las familias monoparentales como expresión de los cambios en las realidades familiares y, por otro lado, hay estudios que se preguntan cómo estas configuraciones impactan en el bienestar y desarrollo de los niños, niñas y adolescentes que crecen en estas situaciones.

En el contexto de habla hispana se destaca una red temática internacional en investigación sobre familias monoparentales⁵ que tiene entre sus miembros grupos de investigación, miembros individuales y entidades de familias monoparentales. Conformada en su base por investigadores y grupos de universidades españolas, se integran algunas sedes de universidades en América Latina (Argentina, Colombia). Esta red ha puesto la monoparentalidad en debate a través de la publicación, en el año 2011, de cinco volúmenes donde se presentan trabajos desde distintas disciplinas: sociología, derecho, antropología, demografía, economía, psicología, filología, entre otros. Una de las características interesantes de la red, y que prima en los trabajos relevados, es la perspectiva no androcéntrica (Di Nella, Almeda, Ortiz, 2014) y un planteo acerca de cómo las familias monoparentales desafían en su propia constitución al patriarcado, al régimen de bienestar y la sociedad de consumo (Almeda, Di Nella, 2011). Esto los lleva a plantear a estas familias como agentes de cambio, que desafían a las políticas públicas en tanto estas parten de la idea de una familia biparental, heterosexual. Al mismo tiempo, concuerdan los autores, las familias monoparentales llevan al

⁵ <http://www.ub.edu/tiifamo/miembros/>

extremo las contradicciones en relación a la conciliación de los tiempos laborales, de cuidado y los tiempos personales de los adultos, que ocupan de forma única ese lugar parental. A lo largo de los distintos volúmenes se expone un análisis del contexto español, principalmente, pero que enfatiza la importancia de discutir las nociones, conceptos sobre monoparentalidad, las vías de entrada para esta situación, la importancia de tomar en cuenta la experiencia de los niños y adolescentes, entre otros aspectos. Afirman que:

existe una correlación positiva entre monoparentalidad y pobreza pero que ello no conlleva necesariamente una relación de causalidad entre ambas variables. No solo porque la existencia de familias monoparentales con niveles adquisitivos altos demuestra que no se trata de una realidad inevitable, sino porque no hay ningún aspecto endógeno o atribuible a la estructura del grupo al que pertenecen como factor de explicación de su mayor riesgo de pobreza. Es decir, son otras variables de su contexto social y político las que, impactando negativamente en la monoparentalidad, determinan este mayor riesgo de pobreza. (Di Nella, Almeda, Ortiz, 2014, p. 197)

La red ha impulsado y patrocinado investigaciones y simposios que exceden el cometido de esta revisión, pero entre los cuales se destacan los realizados en los años 2016 y 2017 en Valencia y Viedma (Argentina) respectivamente, organizados en conjunto con la Universidad de Río Negro. El primero de estos simposios se vio materializado en la publicación titulada *Familias Monoparentales en transformación. Monoparentalidades transformadoras*. Colección Familias Monoparentales y Diversidad Familiar. (Obiol Frances, S., Di Nella, D.eds., 2016). También han creado un instrumento de medición cuya sigla es EMODIF que quiere decir *Encuesta sobre monoparentalidad y diversidad familiar* que Di Nella, Almeda y Ortiz (2014) proponen como materialización de la aplicación práctica de una epistemología feminista.⁶

⁶ Para quien tenga interés en profundizar en la producción de esta red, también han coordinado la edición de un monográfico en la Revista de

En el medio francófono surge la reflexión acerca de la monoparentalidad denominada *por elección*, a cargo de un equipo de investigadores en Madrid, que forman parte de la mencionada red y que en algunos aspectos son coincidentes con el propósito de esta tesis. A partir de estudios con familias monoparentales por elección, donde la mujer opta libremente por ser madre soltera, los autores realizan una reflexión crítica sobre la monoparentalidad (Jociles, Rivas, Moncó, Villamil, Díaz, 2008) y buscan conocer los procesos de socialización de los niños y niñas que crecen en esos hogares (Poveda, Jociles, Rivas, 2011). En el primer artículo, trazan una delimitación del término, ubicando su primera aparición en el ámbito de las ciencias sociales, incorporándose luego en las administraciones públicas como categoría estadística para ubicar una zona de mayor vulnerabilidad y, por tanto, objeto de prestaciones sociales. Entre sus resultados afirman la diversidad de situaciones monoparentales tomando criterios para diferenciarlas, por ejemplo: los hechos que generan tal situación y la dimensión temporal en relación a la frecuencia y permanencia de tal situación. También afirman que, a pesar de la importancia que se le otorga a la familia en el desarrollo y socialización de los niños, la investigación sobre el concepto de familia que tienen los niños y las niñas es escasa y discontinua. Siguiendo con el contexto de habla hispana, en América Latina encontramos varios trabajos, ya sean artículos o tesis doctorales, donde el tema de la monoparentalidad es abordado en relación a su desviación de la forma tradicional de familia nuclear.

Encontramos varios estudios en portugués que se focalizan en las consecuencias de crecer en familias monoparentales pobres, considerándose como situaciones adversas, e interesándose por las posibilidades de resiliencia en estas familias (Yunes, Mendes, Albuquerque, 2005, 2007). En esta misma línea se inscriben los trabajos sobre la relación entre las configuraciones familiares y el bienestar de los adolescentes (Wagner, Ribeiro,

Arteche, Bornholdt, 1999), concluyendo que las diversas formas de convivencia no inciden en el bienestar, siendo el mismo resultado en familias que denominan intactas como en las reconstituidas. Resultados de otras investigaciones (Santelices, Besoain, Escobar, 2015) señalan que a diferencia de los niños y niñas que provienen de hogares biparentales, se observa un descenso en el desarrollo psicomotor de niños y niñas que ingresan a servicios de atención a la primera infancia en Chile. Sin embargo, el elemento determinante para valorar el descenso estaría dado por las largas jornadas laborales a las que se ve exigida la mujer a cargo de estos hogares.

Cuatro tesis de posgrado desde contextos diversos nos aportan perspectivas diferentes al problema de investigación inicial: la primera, en el contexto brasileño, la tesis de maestría en derecho de Alves Santos Vivas (2002) titulada *Nuevas familias: del patriarcado a la monoparentalidad*, hace una revisión acerca de cómo el legislador ha contemplado las nuevas formas de familia y concluye en afirmar un retraso importante en la adecuación de la norma legislativa a las nuevas realidades familiares. Este es un aspecto que nos parece relevante de indagar en nuestro estudio para valorar cómo las transformaciones sociales tienen su correlato en el orden jurídico. Y, al mismo tiempo, cómo los cambios en la legislación sobre familia generan impactos en la vida social. La segunda, una tesis doctoral de María Antonia Nardiz (2010) titulada *Nuevas organizaciones familiares: familias de padres homosexuales y de un solo padre*, dirigida por José Marinas y Eduardo Chamorro, desde una perspectiva psicoanalítica, aborda las organizaciones familiares de parejas homosexuales y lo hace ampliando el concepto de familia. El punto de mayor interés, y el cual retomaré en la discusión de los resultados, es cómo en estructuras donde hay una pareja parental del mismo sexo o donde hay un solo padre, se ponen en juego las funciones parentales. Si bien la tesis que me ocupa no parte de un marco teórico psicoanalítico, tomo este corpus como clave para comprender algunos de los procesos subjetivos que los adolescentes viven en el seno de los

hogares monoparentales de este estudio; asimismo porque comparto la pregunta acerca de ¿qué es una familia desde la perspectiva psicoanalítica? y sobre la correspondencia o no entre las funciones maternas y paternas con el sexo/género de quien desarrolle tal función en las nuevas parentalidades.

La tercera tesis doctoral, de Johana Jazmín Zapata del año 2013, de nacionalidad colombiana, dirigida por el profesor Musitu y otorgada por la Universidad de Sevilla, aborda las relaciones entre adolescencia y familias *monomarentales* y monoparentales. La utilización del término monomarental está sustentada en la feminización de las situaciones de monoparentalidad, motivo por el cual Morgade et al. (2013) han comenzado a utilizar este término. En la tesis de Zapata (2013) se sigue el propósito de relacionar el nivel socioeconómico y el sexo con los efectos que pueden tener en las relaciones familiares, y en lo que se denomina ajuste psicosocial y desarrollo de los adolescentes (autoestima, proyecto personal, entre otros).

En términos generales, encuentro mayor número de trabajos desde la perspectiva sociológica, es el caso de Karin Wall (2003), quien se dedica a caracterizar a las familias monoparentales en Portugal. Parte de la distinción del concepto en términos estadísticos y sociológicos, y en su trabajo, da cuenta de la diversidad de formas de familia monoparental, aun cuando prevalece en ese país la existencia de mujeres madres solas con sus hijos.

La revisión realizada inicialmente delineó un mapa heterogéneo de conocimientos disciplinares, provenientes de las ciencias sociales, donde pude observar distintos énfasis en relación a la monoparentalidad, así como reapropiarme del término y constatar sentidos diversos. Sostenida en la multirreferencialidad teórica, esta revisión formó parte de los primeros encuentros con la temática de la monoparentalidad. Los acontecimientos que alteraron la trayectoria posterior y que relaté en la sección anterior, nos hicieron reposicionar en el campo-tema (Spink, 2003), abriendo nuevas derivas y encuentros con otras redes

internacionales y estudios orientados a pensar las transformaciones contemporáneas en las familias, más allá de la monoparentalidad. Sin embargo, este primer tramo de la investigación puso a la vista cómo un conjunto variado de disciplinas construye y regula el *objeto monoparentalidad* movilizándolo distintas estrategias para legitimar acciones materiales, por ejemplo, las políticas públicas en torno a las familias monoparentales.

1.1.3. Reconstrucción de las preguntas de investigación

Siguiendo el método cartográfico, en tanto intervención transformadora de la realidad, (Kastrup, 2013) fui conociendo al *objeto* de estudio como efecto coemergente del proceso de investigar, mientras que se va construyendo y reformulando durante toda la pesquisa.

Recorrimos el desafío de problematizar la *mono-parentalidad*, en tanto el uso del prefijo *mono* indica cantidad de ‘uno’, y vimos cómo lo *uno* se desdibujaba en tanto producción imaginaria para pensar el ejercicio de la parentalidad en las situaciones de los entrevistados. A medida que seguí el contacto con los entrevistados y sus decires, se deconstruyó al objeto monoparentalidad en tanto escurridizo y móvil, desbordando las categorías demográficas de las cuales se había partido. Es posible, sí, nombrar los hogares de los adolescentes como hogares monoparentales, y ver cómo puede haber varios hogares monoparentales. El problema y la pregunta se plantea si equiparamos familia monoparental a hogar monoparental; en ese caso ¿no estaremos excluyendo al padre de la familia?

Galli y Artur (2013) plantean que la consistencia del objeto - problema no tiene que ver con una forma fija, a modo de sustancia o esencia a descubrir. Los autores plantean la importancia de sostener la tensión entre la fluidez del cambio y la permanencia en este proceso. Advierten que la consistencia ontológica de los objetos se produce en una doble operación de la complejidad y de la tensión de relaciones de naturaleza heterogénea, y no de unidad homogénea.

Eduardo Passos y Regina Benevides de Barros (2009) plantean que “A cartografia como método de pesquisa e o traçado desse plano da experiência, acompanhando os efeitos (sobre o objeto, o pesquisador e a produção do conhecimento) do próprio percurso da investigação” (p.18). Desde esta perspectiva se plantea la inseparabilidad entre conocer y hacer, entre investigar e intervenir y, aún más, se sostiene que la intervención se realiza en la experiencia de agenciamiento entre sujeto y objeto, teoría y práctica en un mismo plano de experiencia donde objeto, sujeto y conocimiento “sao efeitos coemergentes do processo de pesquisar” (p.18) En este sentido, conocer es crear realidades y, por tanto, esta primera desestabilización en relación al objeto de estudio se fue transformando y constituyendo, haciendo foco y figura en las transformaciones contemporáneas en las familias como campo de problemáticas. En estas condiciones analizamos el material empírico aportado por los entrevistados, y en la paradoja que supone el análisis, en tanto, al decir de Leticia Renault de Barros y María Barros de Barros (2013, p. 388) ese material es una vía de acceso a la objetividad y un procedimiento para proliferar sentidos y de singularización.

En suma, la tesis partió inicialmente con la formulación del problema de la monoparentalidad y fue aconteciendo como deconstrucción de los modelos de familias e invención de lo que denominé ficciones de familias y paisajes de la parentalidad.

Recapitulando, la monoparentalidad fue el punto de partida que tomé, como aquella situación donde un solo progenitor se hace cargo de los cuidados y crianza de sus hijos. Esta situación puede producirse de distintas maneras y ser vivida de diferentes modos, por lo cual el primer distanciamiento tiene que ver con pensar la monoparentalidad como un fenómeno unívoco o trascendental. Es en la inmanencia del objeto que trabajo, no anulando su potencia, sino llevándola a los extremos del concepto. Porque en definitiva lo que ocurrió en el proceso de investigación fue que la monoparentalidad se volvió multiplicidad de monoparentalidades.

Y, al mismo tiempo, generó condiciones para revisar los modelos de familias internalizados y las nuevas versiones de las parentalidades contemporáneas.

En el diario de campo de la investigación de 2018, pensando con Derrida y Roudinesco (2002), escribo:

No renuncio al problema de la monoparentalidad, sino que lo ubico como uno de los bienes que recibo de herencia y que puedo transformar. La herencia, al decir de Derrida (en Derrida y Roudinesco, 2002) “no solo como reafirmación..., sino a cada instante, en un contexto diferente, un filtrado, una elección, una estrategia. Un heredero no es solo alguien que recibe, es alguien que escoge, y que se pone a prueba diciéndolo.” (p.16).

CAPÍTULO 2.

Tramas: pistas metodológicas y epistémico-teóricas para la investigación con familias

La idea de realizar un estudio cartográfico, en el campo de familias y sus transformaciones, no estuvo planeada desde el comienzo de la tesis, sino que fue tomando impulso a medida que afianzaba mi posición en el campo. Los motivos de la elección de un método de investigación cualitativa, y de la cartografía específicamente, son múltiples y están conectados con diferentes momentos vitales de la investigación y de la propia investigadora. En el capítulo anterior compartí parte del trayecto inicial en torno a la problematización del objeto de investigación y sus categorías iniciales. En este presento algunos elementos del entramado de la tesis, cuyo organizador central es la articulación de las herramientas metodológicas con un determinado lugar epistémico-teórico que hace parte de la investigación. En este sentido se nutre, fundamentalmente, de dos corpus provenientes de la cartografía y de las perspectivas feministas, ya que definen el lugar situado de la investigadora, la posición de sujeto de la investigación.

2.1. Cartografía y epistemologías feministas: *re-haciendo la ciencia*.

2.1.1. Imágenes de pensamiento: el rizoma

El término rizoma aparece en el texto introductorio del libro *Mil mesetas* (Deleuze y Guattari, 2004), y funciona como una matriz de apertura para comprender la trama de pensamiento que instala el libro. En una discusión posterior, la Dra. Esther Díaz (2007) señala la inscripción del término en el debate mayor sobre los modos de concebir la realidad en ciencia y sobre la tan manida relación sujeto-objeto. En este sentido Deleuze y Guattari (2004) arremeten de forma crítica con las formas de pensamiento cartesianas modernas, que los autores grafican en la imagen del árbol, como forma de pensar hegemónica en ciencia. Este modo de pensamiento opera por representación e inscribe la realidad en un a priori signifiante, donde la razón lógica sería la clave para la comprensión de los significados. Desde esta perspectiva-árbol, habría una representación previa que ordena y predetermina las formas de significar la realidad: la imagen del libro-árbol como imitación del mundo. En concordancia con la problematización anunciada en el capítulo anterior, la pregunta que me hice, a medida que fui avanzando en el análisis del material de campo, fue acerca de cómo los fenómenos a los que asistimos requieren de nuevas categorías, cuestionando su inscripción en teorías o formas predeterminadas de interpretar el mundo. En tanto pregunta y elección como investigadora, opté por tomar el sentido en el que actúa el rizoma.

Este pensar rizomático transcurre a partir de una lógica de la afectación y de las intensidades, donde el análisis de la implicación será la clave para la producción de la multiplicidad y también para la identificación de estratos, a modo de analizadores del tema de investigación. Los analizadores operan como herramientas catalizadoras de los procesos de investigación, provocando desplazamientos y nuevos sentidos para la investigación con familias. Ambos conceptos, el del análisis de la implicación y el de analizadores, provienen

del corpus del análisis institucional (Lapassade, 1989, Lourau, 1994) del que abreva el método cartográfico.

La multiplicidad es uno de los principios del rizoma, esta sería *n-1*, donde lo múltiple contiene a lo *uno*. Esto quiere decir que no hay unidad previa de la cual se derivaría en dos o tres, o en forma múltiple. La imagen de rizoma a modo de sistema: "...como tallo subterráneo se distingue radicalmente de las raíces y de las raicillas. Los bulbos, los tubérculos, son rizomas." (Deleuze y Guattari, 2004, p. 12).

Así es que en estos tallos subterráneos están los bulbos, las raicillas, los tubérculos, estando los diferentes puntos conectados unos con otros. A diferencia del árbol, en el que existe un orden, en el rizoma los puntos se conectan e interconectan, siendo, además, eslabones semióticos de distinto orden, actuando los principios de conectividad y heterogeneidad:

En un rizoma, por el contrario, cada rasgo no remite necesariamente a un rasgo lingüístico: eslabones semióticos de cualquier naturaleza se conectan en él con formas de codificación muy diversas, eslabones biológicos, políticos, económicos, etc..., poniendo en juego no solo regímenes de signos distintos, sino también, estatutos de estados de cosas. En efecto, los agenciamientos colectivos de enunciación funcionan directamente en los agenciamientos maquínicos, y no se puede establecer un corte radical entre los regímenes de signos y sus objetos. (Deleuze y Guattari, 2004, p. 13).

Esther Díaz (2007) habla de modulación rizomática para dar cuenta del devenir de lo real y de la cartografía como método que permite —a través del pensamiento rizomático—, producir realidad a través de un mapa. Se mapean líneas de fuerza, que se conectan aún siendo las líneas compuestas de diferentes registros.

Cabe destacar en este punto, que la forma de investigar fue haciéndose rizomática, así como también la familia se fue mostrando de modo rizomático. Un ejemplo de esto, que fue

adquiriendo densidad y consistencia en el análisis, ha sido el plano de las relaciones entre familias y política, tradicionalmente confinadas las primeras al ámbito de la vida privada y la segunda a lo público. Sin embargo, hemos visto la naturaleza recíproca entre familias y política, así como entre género y política, como bien lo ha desarrollado Joan Scott (1996), en tanto el género como forma primaria de relaciones significantes de poder. Este fue uno de los planos en que se fue descomponiendo el análisis de las producciones discursivas de los adolescentes, permeado por el contexto geopolítico en que se desarrolla la investigación, donde amplios sectores conservadores defienden la familia tradicional, heterosexual y nuclear. Esta forma de codificación política del tema familias, en la actualidad, compone toda una micropolítica donde emergen los discursos de los adolescentes entrevistados.

2.1.2 Epistemologías feministas, re-haciendo la ciencia

En relación a las epistemologías feministas, ubicamos a Sandra Harding (1991, 2015) y a Donna Haraway (1991) como dos pensadoras contemporáneas en el ámbito de la filosofía de la ciencia y las tecnologías que forman parte de los feminismos del siglo XXI, y de las cuales tomaré apenas algunos aspectos de su potente y fructífera producción. Siguen el movimiento iniciado por los enfoques feministas sobre los estudios sociales de la ciencia y la tecnología surgidos en la década de los años setenta, y luego por los estudios poscoloniales en la década de los ochenta, que viabilizan nuevos estándares de objetividad, racionalidad y buen método de la ciencia. A partir de la investigación feminista y de los estudios en el campo de las mujeres, ambas fueron planteando desafíos a los supuestos básicos en las instituciones de investigación y educación superior.

En su libro *Objetividad y diversidad*, Sandra Harding (2015) se ocupa del problema de la objetividad en la ciencia y muestra cómo es empleada en muchas ocasiones como *palabra ascensor*, en tanto metalenguaje que da cuenta de *verdad, realidad, racionalidad*. Sin embargo, Harding (2015) puntualiza que la palabra refiere a un conjunto de supuestos que son

utilizados con distintos fines, ya sea para potenciar agendas democráticas como para bloquearlas, por ejemplo. Desarrolla una posición crítica en relación a cómo, a partir de la palabra, se define qué es la ciencia y quién puede producirla mostrando el juego de relaciones de poder y políticas intrínseco a este debate en ciencia. En este sentido denuncia la predominancia de una posición androcéntrica en la producción de conocimiento e incursiona en el punto de la diversidad, ligado a la preocupación de incluir, en la toma de decisiones científicas, a los grupos que hasta ahora habían sido excluidos de participar en estas, siendo que los efectos recaen sobre sus vidas. La objetividad y la diversidad se vuelven asuntos de ética democrática, en tanto la participación en las investigaciones va más allá de la presencia física de los sujetos investigados, sino que —traduciendo a la autora— más bien, lo que se desea es el tipo de diversidad que respeta plenamente los valores e intereses de todos los ciudadanos y protege a los grupos más vulnerables económica y políticamente (Harding, 2015). En su texto hace referencia a diferentes formas de lucha y levantamiento de grupos en distintos puntos del planeta, donde se ponen en discusión las agendas de la ciencia y las tecnologías. Asimismo, muestra el fracaso de las teorías de la modernización que pregonaban cómo la racionalidad científica y la experiencia técnica serían los motores de las políticas de desarrollo y de la superación de las desigualdades sociales de los países subdesarrollados. Realiza una reseña de diferentes hechos socio-históricos para sostener y argumentar la pregunta acerca de si son relevantes para las filosofías de la ciencia.

Se interroga, e interroga a la filosofía de la ciencia, acerca de sus prioridades ideales y prácticas en relación a los tipos de tendencias históricas globales, en una intervención a la interna de su campo de estudios, pero que desborda en otros ámbitos de la institucionalidad académica y científica.

Desde esta perspectiva, las epistemologías y la filosofía de la ciencia feminista desarrollaron argumentos sólidos a favor de la legitimidad y el valor de la investigación de los

estudios sobre mujeres en muchas disciplinas. Harding (1991, 2015) introduce los conceptos de objetividad y reflexividad fuerte, que se convirtieron en términos cotidianos, proponiendo la idea de que *la diversidad permite maximizar la objetividad* como método que responde a una agenda epistémica y política. Siendo que esta agenda va de la mano de una apertura de la ciencia a los cambios emancipatorios de la sociedad, entrelazándose ciencia y política.

Por su parte, Haraway (1991) afirma que la posición de los oprimidos otorga una objetividad privilegiada sobre otras visiones de mundo que responden a interpretaciones dominantes de la sociedad. Aunque en algunos tramos problematiza esta afirmación; cuestionamiento con el que coincido, ya que a menudo esta idea produce, en las prácticas profesionales, frecuentes idealizaciones o negación de aspectos de la alienación que encontramos en los *oprimidos*. En la introducción a su libro *El testigo modesto* (Haraway, 2004) se refiere este como un invisible ventrílocuo que hablaría por los objetos, siendo el sujeto que investiga quién daría palabra al objeto investigado “sin añadir nada de sus meras opiniones, de su corporeidad parcial. De esta manera recibe el extraordinario poder de establecer los hechos. Es testigo: es objetivo; garantiza la claridad y la pureza de los objetos” (p.14).

Harding (2015) discute esto, quiere presentar un nuevo tipo de testigo modesto, más corpóreo, menos elegante, ópticamente denso. Tenemos, entonces, que ambas filósofas son coincidentes acerca de un punto de vista sobre la objetividad en la ciencia, y la importancia de localizar y situar la producción de conocimientos.

La objetividad fuerte insiste en que, tanto los sujetos como los objetos de las prácticas productoras de conocimiento, deben ser localizados. La localización no consiste en una serie de adjetivos o etiquetación de raza, sexo o clase. La localización no es lo concreto respecto al abstracto de la descontextualización. La localización es siempre parcial, siempre finita, siempre juego intenso de primer plano y fondo, texto y

contexto, que constituye la investigación crítica. Sobre todo, la localización no es transparente ni autoevidente. (Harding, 2015, p.29)

Con renovada firmeza, Haraway (1991) reafirma la postura crítica en relación a la producción de un conocimiento androcéntrico y propone el concepto de *difracción* como metáfora para producir modelos de diferencia y diversidad, y que iría más allá de la reflexividad en tanto auto-visión de sí. “La objetividad feminista consiste en conocimiento situado” (Haraway, 1991, p. 324). Dice llanamente, y continúa afirmando, que solo una perspectiva parcial garantiza la visión de objetividad, una perspectiva que asuma la responsabilidad de la posición que ocupa. Es decir, que la ciencia como resultado de prácticas localizadas será objetiva, en tanto el investigador pueda dar cuenta de la posición de sujeto en la que se encuentra.

2.2. El lugar que habito, mi lugar de enunciación. Diálogos en el campo de la psicología social

Haciendo carne el ejercicio del análisis de la implicación y de reflexividad fuerte, propuesto por las autoras mencionadas, bosquejaré un mapa de ruta por el cual he transcurrido como investigadora, puntos de localización temporal y espacial que remiten a singulares condiciones de producción teórica para la tesis. Dejaré contorneadas algunas líneas de entradas al método cartográfico, las que ubico en el campo de la psicología social localizada en Uruguay.

Primera entrada: Un hito desencadenante que motivó el interés por el método cartográfico fue la realización del curso *Aproximación al método cartográfico*, dictado por la Dra. Uziel en el año 2016. Mi formación y trayectoria previa en investigación, así como el trabajo de la Dra. López a partir de metodologías cualitativas de investigación científica, habían marcado tempranamente mi opción por este enfoque. Sin embargo, el acercamiento al

camino de la cartografía, así como algunas de sus premisas fundamentales, resignificaron mi recorrido académico anterior.

Me refiero a la labor sostenida desde fines de los años noventa, con el enfoque de la psicología social comunitaria (PSC), desde mis primeros años como egresada hasta la actualidad. Concebida al amparo del territorio disciplinar de la psicología social, la PSC se constituyó en una de las expresiones de la psicología social crítica en América Latina. En este sentido, el paradigma de la construcción y transformación crítica de Maritza Montero (2004) ha sido soporte para su desarrollo, marcado fuertemente por el componente ético-político.

Así lo expresa la autora:

En 1982 definí por primera vez la psicología comunitaria (la definición fue repetida en 1984) como la rama de la psicología cuyo objeto es el estudio de los factores psicosociales que permiten desarrollar, fomentar y mantener el control y poder que los individuos pueden ejercer sobre su ambiente individual y social para solucionar problemas que los aquejan y lograr cambios en esos ambientes y en la estructura social. (Montero, 2004, p. 70)

Esta psicología procuró el fortalecimiento de sujetos, grupos, organizaciones y comunidades para generar los cambios sociales a producirse en su entorno inmediato. Algunas categorías teóricas le son propias, como la noción de comunidad y sentido de comunidad (Mc. Millan y Chavis, 1986, Montenegro, M. Rodríguez, A. y Pujol, J., 2014), el concepto de participación y procesos participativos (Wiesenfeld, 2015); así como las formas de entender la intervención y el cambio social (Montenegro, 2001). Asimismo, esta psicología recibió una fuerte influencia de la educación popular, la sociología militante y el análisis institucional desarrollado en América Latina y Francia, respectivamente.

Es a través de mi formación y trabajo en este campo de lo social, y desde ese enfoque teórico-práctico, que la ocurrencia de procesos de investigación e intervención a un mismo

tiempo como se retoman en la cartografía, no me eran ajenos. Las metodologías de investigación acción participativa (Fals Borda y Rodríguez Brandao, 1987, Montero, 2006) así como la intervención en procesos sociales y comunitarios, vienen conmigo de la experiencia colectiva de hacer psicología comunitaria en el Uruguay. Es menester señalar que cuando hago referencia a este recorrido, me refiero al tiempo socio-histórico de fines de los años noventa en Montevideo, junto al equipo liderado por Alicia Rodríguez e integrado por Clara Netto, María José Bagnato y Luis Giménez. Las condiciones políticas y económicas que hicieron posible la instalación de este corpus teórico-práctico en la universidad se remontan a un momento en nuestro país donde el neoliberalismo profundizó su apuesta económica y cultural, provocando altos índices de pobreza focalizado en niños, niñas y mujeres. Por lo cual el sujeto de la psicología social comunitaria estaba marcado, fundamentalmente, por el componente de la clase social como determinante de las desigualdades.

El siglo XXI me encontró trabajando en un internado-hogar de adolescentes madres a cargo del Estado, más concretamente del Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay (en adelante INAU) donde mis inquietudes se volcaron hacia las formas del vínculo temprano con la particularidad de los contextos de pobreza donde se desarrollaban. La inserción en un campo profesional tan complejo como el de la niñez y la adolescencia en Uruguay, permitió articular esta práctica profesional con la labor de investigación en la Universidad de la República. En este período profundicé en aspectos vinculados a la subjetivación temprana desde un enfoque del psicoanálisis en articulación con los contextos epocales y geopolíticos. Las respuestas de la psicología social comunitaria que ponían el acento en los aspectos psicosociales no me resultaban suficientes para comprender cómo se producían las subjetivaciones de niños, niñas y adolescentes en estas condiciones. Si bien la psicología social comunitaria problematiza fuertemente la incidencia de las condiciones materiales en la vida de los grupos y comunidades, al mismo tiempo se mantenía como esferas separadas, así

como también los campos de aplicación clínica vs comunidad. Fue a partir de la lectura sobre cartografías y, en particular el estudio sobre las pistas del método cartográfico (Passos, Kastrup, Escóssia, 2010), donde comencé a vislumbrar otras elaboraciones teóricas para comprender las articulaciones entre lo individual y lo social en la producción de subjetividad. La lectura de los sucesivos capítulos del texto permitió afinar la mirada y la escucha cartográfica en cada una de las etapas de la investigación, al mismo tiempo que ir siguiendo algunas pistas epistémicas y éticas para la acción. En ese momento yo estaba preparando y organizando el campo para comenzar las entrevistas con los adolescentes, por lo que enseguida se pusieron en acción las directrices metodológicas. La propuesta de la cartografía balizaba un camino posible, estableciendo su propia paradoja. La paradoja estaba en la invitación a transitar un camino que, en sí mismo, contenía la posibilidad de errar, de andar por desvíos, derivas y tránsitos insospechados en un principio. Los hallazgos de investigación ya no se ubicaban al final del proceso, sino que eran parte de ese camino. Venían a mí, como en eco, las palabras de Nietzsche que una vez la profesora Netto supo darme a conocer: “es preciso tener todavía un caos dentro de sí para poder dar a luz una estrella danzarina”. Y las estrellas danzarinas se tornaban en resultados, agenciamientos, momentos en que la luz se dejaba ver como estrella. Transitar el caos como parte del proceso de investigación se volvía, aunque angustiante por momentos, en una tarea apasionante. Para comprender teóricamente lo que estaba sucediendo, acudían Deleuze y Guattari (2004) con su propuesta de pensamiento rizomático, que instalaba una forma de pensamiento, otra, que se abría paso de forma segura en la investigación. Los hallazgos ya no eran solamente el producto final, sino acontecimientos de los que yo misma formaba parte. Esta forma de incluir lo que Rolnik (1989) refiere como *pensar vibrátil*, se emparenta, o requiere del análisis de la implicación, retomada por los brasileños cuando hacen uso de la cartografía como método de investigación. Tomar en serio el análisis de la implicación me pareció fascinante, ya que, por

primera vez, esta dejaba de ser el extra texto que se presentaba a modo de cumplir con ciertos consensos académicos. El trabajo de análisis de la implicación siempre había sido la clave en mi trabajo institucional y con grupos, ya que mi formación en psicología social comunitaria fue, literalmente hablando, de la mano de la profesora Clara Netto; luego mis estudios sobre lo institucional con Jorge Larroca y el trabajo terapéutico personal por aquellos años con Carlos Saavedra, habían marcado tempranamente mi trabajo en el INAU, donde me desempeñaba como psicóloga por entonces. Integrar el análisis de la implicación me pareció desafiante para la investigación académica, en tanto el paradigma hegemónico en la ciencia sigue sosteniendo la racionalidad moderna donde prima la razón, una racionalidad de coordenadas fijas y estables que marcan, al igual que en la clínica, los componentes de un encuadre también fijo y constante. Desde esa perspectiva, la implicación louraniana (Lourau, 1985) puede ser entendida como aquello del orden de lo irracional o al margen de los productos y procesos de investigación. Es decir, que prescinde del investigador como condición *sine qua non* de la producción del conocimiento. La implicación como concepto llevado a la práctica investigativa tiene un potencial enorme para problematizar las condiciones sociales y políticas en que se produce el conocimiento, siendo necesaria la elucidación del dispositivo de investigación que construimos y del que somos parte.

Si aceptamos que mi primer encuentro con la cartografía supuso un reencuentro con ciertos ejes del modo en que venía ejerciendo la psicología social comunitaria, repasemos dos líneas de fuerza en que se conectaron fluidamente dichos enfoques. Por un lado, el componente ético-político de la investigación cartográfica, que es considerada siempre una práctica de intervención sobre la realidad que se pretende estudiar. Y, por otro lado, desterrar la idea del investigador como sujeto trascendental, volviendo en análisis los atravesamientos de órdenes disímiles como el personal, familiar, institucional, religioso, político, al que algunos autores, a partir de Lourau, han coincidido en llamar implicación.

La segunda entrada a la cartografía la encuentro vinculada a mi práctica clínica y a la atención que la cartografía confiere a las estrategias del deseo en las formaciones de lo social (Rolnik, 1989). Las preguntas que me hice en un comienzo, y a medida que se transcurrió por la investigación, iban dirigidas a comprender cómo los adolescentes viven las transformaciones contemporáneas en las familias y cómo advienen sujetos en estas nuevas composiciones familiares. Son preguntas ligadas a la producción de subjetividad de época y a las familias como espacios privilegiados, pero no únicos, de subjetivación humana. La relectura que hace Deleuze (2018) sobre la subjetivación en Foucault, brindó algunas claves para considerar la subjetividad como “pliegue del afuera en el sujeto”, donde el sujeto-familias no está ni adentro ni afuera. Lo subjetivo se produce en el pliegue, a modo de reflexión, no sobre sí, sino desde el propio mundo. Es decir que la forma de concebir la subjetivación no está referida a la constitución psíquica exclusivamente desde una dinámica intrapsíquica, sino que la subjetivación es entendida como aquella dimensión de lo subjetivo que remite a lo social y que emerge en los procesos colectivos. En este sentido, no es fácil hallar un método de investigar en psicología, los problemas de la subjetividad, que no integre la escucha clínica, ¿de qué otros modos se pueden comprender procesos de esa naturaleza? Sin embargo, los saberes y prácticas que provienen de la clínica se sustentan en la producción de un saber en el encuentro con un otro, que muchas veces se contraponen con la pretensión de una teoría general acerca de los fenómenos. Ana Hounie (2012), desde un psicoanálisis, se pregunta ¿cómo sostener la singularidad, la particularidad de los casos (en nuestra tesis dada por cada uno de los sujetos participantes de la investigación), al mismo tiempo que se piensa la teoría como construcción provisoria? En el encuentro con la cartografía para abordar los temas de familia, encontré una fuerte afinidad con el posicionamiento clínico que asumo en mi labor como terapeuta deviniendo analista de los procesos del deseo.

Suely Rolnik (1989) direcciona al cartógrafo a que vuelque su atención en las estrategias del deseo en cualquier formación de lo social. Por lo cual, no es tanto qué sector o problema de la realidad aborda, sino la atención puesta en las estrategias del deseo. Esto quiere decir atender a las fuerzas productivas de este, un deseo que, más que carencia, es producción de nuevos imaginarios. Las conexiones entre el psicoanálisis y las cartografías me mostraban cómo no se trata de territorios definidos de forma dicotómica, sino que se pueden generar interconexiones entre herramientas teórico-metodológicas.

En un trabajo de Javier Rey y Andrés Granese (2018), acerca de la pertinencia de la cartografía como método de investigación en psicología, los autores reparan este aspecto del siguiente modo:

Son varios los motivos que nos llevan a pensar en la cartografía como un método de investigación válido y necesario para la psicología. Necesario porque la psicología oscila entre la práctica científica y la práctica clínica. Cuando se impone la necesidad de producir conocimiento académico en psicología, la práctica científica ocupa toda la escena, reduciendo la clínica a los elementos que la ciencia imperante puede concebir e incluir en sus métodos de investigación, invisibilizando, cuestiones tales como los acontecimientos, las intuiciones, los devenires, que hacen a la clínica tanto como los estados, los procesos continuos, los datos comportamentales, los resultados psicométricos, etc. (p. 29)

En síntesis, la segunda entrada refiere a una opción metodológica que me resultó apropiada para abordar los fenómenos de la subjetividad desde la disciplina psicológica en la práctica científica. Los conceptos herramientas del análisis institucional se volvieron propicios para la práctica de investigación-intervención en psicología social.

La última entrada, para renovar la opción por este enfoque, me encontró ya posicionada en este mapa de ruta y se fue generando con mayor intensidad y solidez a lo largo

del trayecto. Por lo cual, a medida que avanzaba, fui encontrando que las perspectivas feministas no solo coincidían con muchos de los postulados de la cartografía, sino que, además, introducían elementos que el enfoque no consideraba. Esto supuso una producción nueva, así como un desafío a las referencias previas que me habían provisto los estudios de género. En el primer capítulo del libro *Otras formas de reconocer*, Barbara Biglia (2014), plantea algunos de los avances y dilemas de las perspectivas feministas en la investigación social, en tanto propuesta transformadora de la realidad. Advierte cómo el paso de la teoría epistemológica a las metodologías es un terreno a seguir abonando y que los retos que abren los feminismos son más abarcables en el terreno teórico que en el metodológico:

Por lo tanto, cuando decimos que puede y debe existir una metodología feminista, no nos referimos a que las técnicas de recolección y análisis de la información que se han usado hasta el momento tengan que ser descartadas, sino que apostamos por una práctica investigadora que sea coherente con los postulados feministas y que se repiense y rediseñe de acuerdo con las especificidades de la investigación, su contexto, su finalidad y, por supuesto, el posicionamiento feminista asumido. (p. 26)

La cartografía en clave feminista, pues, nos permitirá situar las enseñanzas feministas en la investigación, apelando a la epistemología del conocimiento situado que plantea Haraway, (1991):

La posición feminista no es única, porque nuestros mapas requieren demasiadas dimensiones para que esa metáfora dé base a nuestras visiones. Pero la finalidad de una epistemología y una política de los posicionamientos responsables y comprometidos que buscan las teóricas del punto de vista feminista siguen siendo eminentemente poderosa. La finalidad es que haya mejores versiones del mundo, es decir, la “ciencia”. (p.338)

Retoma la idea de una visión crítica en el espacio generizado y no homogéneo de la ciencia, parafraseando su planteo, dice la autora que el feminismo ama la ciencia y lo parcialmente comprendido. Esta aceptación radical de la incompletud y de la no totalización del pensamiento nos resulta clave como ethos de la investigación cartográfica. No obstante esto, Haraway (1991) advierte sobre el relativismo y la responsabilidad ético-política de hacer investigación desde estas perspectivas.

Para el caso de este estudio, su localización en el Uruguay 2015-2019-2020 es clave. Estas coordenadas locales y situadas serán referencias a lo largo del análisis del material empírico que aportan los entrevistados, apostando a la multiplicidad de producciones parciales.

El relativismo y la totalización son ambos “trucos divinos” que prometen, al mismo tiempo y en su totalidad, la visión desde todas las posiciones y desde ningún lugar, mitos comunes en la retórica que rodea a la Ciencia. Pero es precisamente en la política y en la epistemología de las perspectivas parciales donde se encuentra la posibilidad de una búsqueda objetiva, sostenida y racional. (Haraway, 1991, p. 329)

Biglia (2014) retoma la intención de difractar saberes metodológicos feministas y para esto invita a reconocer que conocemos a través de nosotras y producimos unas realidades y no otras, que esta producción se realiza a través de representaciones y que debemos asumirlo en tanto al dar voz a los sujetos con que investigamos, también podemos modificar sus propios sentidos y mensajes.

En suma, la perspectiva feminista fue acrecentándose a medida que avancé el camino de la investigación, abriéndose a la posibilidad de un acontecimiento para la cartografía, al develar el campo generizado de la ciencia, los atravesamientos que las relaciones de género hacen a la producción de conocimiento, las relaciones de saber-poder en ciencia y una apuesta fuerte a concebir otras formas de hacer ciencia *objetiva*, pero no neutral. Ambos enfoques se

potencian en su propuesta de otras formas de intervenir, de pensar y experimentar lo social y la investigación-intervención para transformar la realidad. En este sentido, intenté hacer de la cartografía una herramienta útil para los abordajes feministas, sumando al abordaje interseccional la entrevista cartográfica como plataforma para la construcción de las historias de vida, así como su análisis.

2.3 Pistas teóricas sobre familias y parentalidades

2.3.1. Consideraciones sobre familias y psicología social

Aquí intentaré bosquejar el entramado teórico y político en el que fueron reconstruyéndose las nociones de familia y parentalidades, en torno a los enfoques de una psicología social imbuida, fundamentalmente, de las producciones rioplatenses, así como de los aportes feministas en torno a las prácticas de lo común y la naturaleza colectiva de la producción de subjetividades en la contemporaneidad. Por otra parte, los desarrollos conceptuales en torno a familias y psicología social son vastos y diversos, por lo cual la elección se realiza en base al estudio de tesis y a la posición encarnada de la investigadora. Son aportes que transversalizan la investigación sobre familias, recorren un mapa conceptual y dejan al descubierto el lugar itinerante en el que se ubica la pesquisa. Para esto, fui entretejiendo lecturas de autores de diversas procedencias, y construyendo una narración que reconoce estas diferencias y pulsa por la producción de un punto de vista situacional y contingente.

En la búsqueda de las raíces etimológicas de la palabra familia, destaco que proviene del latín y deriva de la palabra *famulus*, que se traduce como sirviente o esclavo. En ese sentido, se ve como en el origen de la palabra se considera la familia como el equivalente al patrimonio del hombre, incluyendo no solo a la mujer y los hijos, sino a los esclavos o grupo de esclavos que residen en la misma casa y están subordinados al *pater familia*. Estas procedencias etimológicas recrean el escenario de producción del vocablo al mismo tiempo

que se reactualizan en los debates contemporáneos. Esta imagen del pater familia remite a la Antigua Roma, donde el poder se concentraba en la figura del hombre, blanco y heterosexual. Bajo este régimen de verdad, la definición de familia aparece asentada en un orden político y sexual donde la mujer, los hijos y los esclavos quedan subyugados ante el poder del hombre.

La historiadora Elizabeth Roudinesco (2003) refiere que, entre fines del siglo XVIII y mediados del XX, se impone la “*familia moderna*”, donde se incluye la afectividad para la elección conyugal, se sanciona el matrimonio, la división sexual del trabajo entre ambos cónyuges y la intervención del Estado como formador del hijo, en tanto ciudadano. Desde el Río de la Plata, la psicóloga argentina Ana María Fernández (1992) señala cómo este proceso provocó la *grupalización* de la familia, pasando de la familia extendida y numerosa, a la reducción numérica de sus integrantes y a la producción de nuevas dinámicas y anudamientos subjetivos entre sus miembros. La transición familiar que se vivió en la modernidad, afirma el uruguayo Alejandro Scherzer (1994, 2003), alteró culturas tradicionales de “auténticas sociedades de familia”, donde la unidad familiar organizaba la vida colectiva y era determinante de la posición social. Se produce el pasaje de las extensas parentelas, que funcionaban como unidades productivas, al grupo familiar constituido por la pareja conyugal con sus hijos. Es un período en que el Estado interviene fuertemente en la formación del hijo como ciudadano, desplazando a las familias en funciones tradicionalmente asignadas a estas, hacia otros espacios o instituciones sociales como, por ejemplo, las educativas. Concretamente, las escuelas se hicieron cargo de la educación de los niños y niñas, ocupando el Estado el lugar social que tradicionalmente habían ocupado las familias, a través de la escolarización de los niños en instituciones.

Entre los nuevos anudamientos subjetivos de los que hablaba Fernández (1992) en materia de familias modernas, uno de los grandes cambios concierne a las uniones conyugales. A diferencia de la época anterior, la naturaleza de este vínculo varió

sustancialmente. Si antes los matrimonios unían a grupos de parientes, en la modernidad, el matrimonio, pasó a enlazar personas, parafraseando a Scherzer (1994,2003). Marcando este pasaje del matrimonio por conveniencia al matrimonio por amor:

El aislamiento de la familia y su desconexión del sistema productivo abrió la puerta a un torrente de emociones. A partir de ese impreciso momento en el que surge la familia moderna, no hay otras figuras que convengan mejor a los lazos familiares que las de los sentimientos...la familia se convierte poco a poco en un círculo cerrado en el que se desenvuelven las emociones más íntimas...bajo estas premisas, la familia es en nuestro mundo una matriz de permanente exaltación de la vida privada, a la que se concibe como un entorno cálido y acogedor, adecuado por ello al desarrollo de la expresividad personal. (p.43)

En la lectura que hace la feminista italoamericana Silvia Federici (2018), este proceso de consolidación de la familia nuclear que adviene con la modernidad de los países occidentales, es considerado un estadio de las relaciones capitalistas y es abordado en tanto producción capitalista de la vida. La organización de este tipo de familia nuclear estableció las bases para la producción capitalista, dice la filósofa, invisibilizando el papel de la mujer como productora de la fuerza de trabajo y quedando en el centro de la reproducción social. La exaltación de la vida privada (Scherzer, 2003) ocurre a partir de la naturalización de desigualdades sociales muy marcadas, estableciéndose una dicotomía entre las expectativas de desempeño en base a la división sexual del trabajo. Es en este período donde se naturalizan las nociones de dominios universales, a saber, la contraposición entre lo público y lo privado moderno, el dominio público-dominio doméstico, dominio del parentesco-dominio político (Yanagisako y Collier, 1994), entre otros. De acuerdo a esta lógica, la mujer estaría confinada al dominio doméstico de los cuidados del hogar y de los hijos, y el hombre sería el proveedor familiar transitando por el espacio público.

Sin embargo, el último tramo del siglo XX nos ubica en un escenario convulsionado, es el periodo de la familia posmoderna o contemporánea, siguiendo a Roudinesco (2003). Si bien esta autora presenta una perspectiva histórica lineal con la que no coincido, sus marcaciones ofrecen pistas para pensar sobre las rupturas o emergencia de nuevos formatos de familias. Con esto hacemos referencia a la posibilidad de pensar en términos de acontecimiento:

Los acontecimientos pertenecen al devenir, lo expresan, son composiciones temporales de múltiples dimensiones en permanente actualización y efectuación. Los acontecimientos se encarnan en situaciones, pero siempre hay algo del acontecimiento abierto a las mutaciones, a nuevas actualizaciones. (Lee Teles, A., 2009, p.30)

Como se veía en el comienzo de la tesis, cuando se presentó el escenario de las transformaciones contemporáneas en las familias, es en el último tramo del siglo XX cuando se producen los divorcios, las separaciones y recomposiciones familiares, poniéndose en cuestión la atribución de la autoridad parental. Se inician los grandes cambios ligados a la disociación entre sexualidad y reproducción, el cuestionamiento del sistema patriarcal, la modificación de las prácticas amorosas y eróticas, los tiempos de duración de los vínculos, entre otros. Con la posmodernidad se ve conmocionado un orden político y sexual de la familia, poniéndose en cuestión los presupuestos que fundaron un modelo, a saber: la unión conyugal y la institución del matrimonio como su base y fundamento, la pareja heterosexual monogámica, la asociación entre pareja conyugal y parental, la biparentalidad y el ejercicio de las funciones parentales de acuerdo a los roles prescriptos por el género, la filiación fundada en el vínculo biológico, la subordinación de los hijos a los padres. La crítica a este tipo de familia ha tenido en la primera trinchera al movimiento feminista, que denuncia los aspectos invisibilizados de la reproducción social que propiciaron un “sujeto femenino” bajo la égida y poder masculino (Gutiérrez, 2015), ya que, así planteada, la familia se erigía como

dispositivo de sujeción de los cuerpos femeninos en relaciones de desigualdad. También los planteos feministas de enfoque interseccional abren a considerar las diferentes desigualdades que están presentes en las familias, pudiendo incluirse, además, el componente etario, de etnia y de clase social.

Las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX han sido pródigas en impulsar cambios revolucionarios en la vida privada y en las formas de producir subjetividad, mostrando que no existe un único modelo de familia, sino modos diversos y singulares de experimentar la familia. En la actualidad hay suficiente evidencia que muestra la diversidad de arreglos familiares como la característica principal de las formas de vida familiar en el siglo XXI. Sin embargo, los términos familia y parentalidades se encuentran en debate, reavivando discusiones teóricas y políticas. ¿En qué familia estamos pensando, practicando, de qué estamos hablando cuando intervenimos e investigamos con familias? ¿Cuáles son las realidades sociales de familias que construimos con nuestras acciones?

En julio de 1980 se publican, en la *Revista Uruguaya de Psicología*, una serie de trabajos presentados en una jornada científica sobre el tema familia. Los autores son los psicólogos Yolanda Martínez, Sylvia Castro, Ricardo Landeira y el Dr. Alejandro Scherzer. Los escritos ubican distintos aspectos en relación al trabajo con familias y, en el caso particular, la psicóloga social Sylvia Castro propone una conceptualización del término, distinguiendo la experiencia vivida en relación a un grupo familiar en concreto, de la familia-institución. Retoma la investigación antropológica y cita la definición de Lévi Strauss para quien la familia es un grupo social con algunas características propias:

- 1) tiene su origen en el matrimonio
- 2) está formado por el marido, la esposa y los hijos nacidos del matrimonio...
- 3) los miembros de la familia están unidos por a) lazos legales, b) derechos y obligaciones económicas, religiosas y de otro tipo y c) una red precisa de derechos y prohibiciones sexuales, más una cantidad variable y

diversificada de sentimientos psicológicos tales como amor, afecto, respeto, temor, etc. (Lévi Strauss en Castro, 1980, p. 50)

En esta definición la primera referencia es grupal, propone una idea universal de la familia donde la división sexual del trabajo estaría en el origen de la institución matrimonial en las sociedades tribales, siendo la prohibición del incesto el punto de pasaje a la exogamia y a la cultura. Sylvia Castro (1980) coloca una pregunta potente acerca de qué material, específicamente psicológico, hay sobre familia, desde el punto de vista teórico, y agrega que dentro del conocimiento psicológico existen divisiones grupales, sistemas de parentesco y, podríamos agregar, linajes. Hace una reseña al respecto, remarcando cómo las conceptualizaciones surgen ligadas a la práctica clínica, siendo, pues, una teoría de la técnica. Ubica tres fuentes en este sentido: la práctica de psicoterapia en hospitales psiquiátricos, el psicoanálisis y la teoría del campo de Kurt Lewin. Esta última perspectiva se inicia en la década del cincuenta en Estados Unidos, en los desarrollos del grupo de Palo Alto, quienes investigan a los enfermos diagnosticados como esquizofrénicos y desarrollan el concepto de *doble vínculo* que se vuelve central en los sistemas de comunicación patogénicos y desde una perspectiva interaccionista. Este enfoque, agregó, ha permitido y sustentado el desarrollo de la práctica familiar sistémica, línea de desarrollo sobre la cual no vamos a extendernos, pero que dejamos señalada en tanto sus desarrollos han impregnado la práctica y formación de muchos psicólogos en nuestro país y de otros operadores, que trabajan con familias, como trabajadores sociales y psiquiatras. Citamos a Sylvia Castro (1980) cuando sintetiza:

Para los interaccionistas, la sintomatología individual aparece sostenida por las pautas de interacción familiar, especialmente a nivel de la comunicación...Este enfoque fue tomado por la corriente antipsiquiátrica en sus investigaciones de las familias de los esquizofrénicos.....Todo esto los lleva a un rechazo de la institución hospitalaria psiquiátrica tradicional, cuyos sistemas vigentes aún en Inglaterra denuncia,

proponiendo una asistencia más personalizada, opuesta a la función meramente represora ejercida por las instituciones clásicas del siglo pasado.(p.56)

Por otra parte, jerarquizo la práctica pionera de Pichón Rivière en Argentina y Uruguay, quien, a partir de la influencia de la Gestalt de las teorías de la dinámica de grupos y del propio psicoanálisis; gesta un proceso *del psicoanálisis a la psicología social* como dice el título de uno de sus libros. Sus intervenciones clínicas y sus elaboraciones teóricas producen un corte en la forma de entender la visión clásica psiquiátrica de la enfermedad mental como individual, para resituarse al paciente enfermo como emergente de un proceso grupal familiar. Describe los conceptos de emergente como portavoz del grupo familiar, de secreto familiar trabajado en el plano de lo imaginario; retoma e integra nociones de Melanie Klein en relación a las ansiedades paranoides, confusionales y depresivas que surgen en la elaboración de situaciones primitivas, la idea de fantasía inconsciente. A partir de estos elementos se realiza un diagnóstico familiar y se monta una propuesta de psicoterapia del grupo familiar, tendiente a modificar la situación en pos de romper con los estereotipos que encapsulan al sujeto en un determinado lugar familiar. Dentro de esta corriente se pliegan otros psicólogos y médicos psicoanalistas en Argentina como Armando Bauleo y José Bleger. En Uruguay menciono las figuras destacadas de Enrique Sobrado, Carlos Saavedra, Alejandro Scherzer, Víctor Giorgi y la propia Sylvia Castro; quienes haciéndose eco de estos desarrollos se iniciaron en las primeras intervenciones, con estas características, en el ámbito hospitalario de los años setenta y en la práctica clínica. Por último, Sylvia Castro (1980) destaca la preocupación por la familia desde el psicoanálisis, ya que sobre el tema familiar se montó la concepción psicoanalítica del Edipo. Menciona el texto freudiano sobre la novela familiar de 1909, como prólogo a un libro de Otto Rank y dice al respecto “la novela familiar termina sirviendo de engarce al mito de Edipo aún cuando, al decir de Deleuze, Edipo se deriva de la novela familiar” (Castro, 1980, p.58). En 1936 comienza a plantearse el abordaje de la familia

en el congreso de Mariembad con la temática *Las neurosis en la familia y la familia de los neuróticos* y es donde Lacan describe el estadio del espejo. Sylvia Castro (1980) puntualiza sobre el texto de Lacan *La familia*, escrito en 1938, remarcando que ha sido el ensayo más serio desde el psicoanálisis acerca de este tema, contenidos que se retomarán en la tesis en el capítulo de análisis vinculado con las parentalidades. Pero aquí es importante remarcar cómo el trabajo de Lacan (1977) es anterior a la psicoterapia grupal, al campo familiar y a la psicología institucional. Para este psicoanalista “se debe comprender a la familia humana en el orden original de realidad que constituyen las relaciones sociales” (p.48) y, en este sentido, no se ocupa de esta realidad desde el psicoanálisis, sino que deja paso a otros saberes como la sociología, por ejemplo, para dar cuenta de la familia. Lacan revisa la teorización acerca del complejo de Edipo en tanto su aporte central está en conceptualizar la constitución narcisista del sujeto en el estadio del espejo. Si Freud situaba en el Edipo y en la prohibición del incesto el elemento psicológico primordial que define la vida familiar en su carácter universal, Lacan pasa a ubicarlo en lo que llama familia paternalista. De esta manera también se abre una línea para pensar como la institución familiar precede a la instancia individual y como el grupo social se organiza de acuerdo a la sociedad y a las normativas que, desde diferentes órdenes, regulan esta actividad: religiosos, políticos, jurídicos, económicos. Esto se veía en el apartado anterior, cuando, a partir de los cambios en el social histórico, la familia se erigió como una institución centrada en la figura del padre-familia como en la Antigua Roma.

Si bien Castro (1980) no menciona la teoría del psicoanálisis de las configuraciones vinculares en esta reseña teórica, queremos enfatizar la fuerte presencia que estos desarrollos han tenido y tienen en el Río de la Plata y en nuestro país. En este sentido, Berenstein (1976) parte de una estructura familiar inconsciente que confiere el lugar de cada sujeto en la estructura y que significa los conflictos, así como las relaciones familiares en general. Un concepto muy potente que propone esta línea teórica es el concepto de *vínculo*, que supera la

relación de objeto, jerarquizando la presencia real externa del otro y no solo su representación inconsciente.

En trabajos posteriores, desde la psicología social en Uruguay, se retoman estos dos planos que Sylvia Castro enunciara en su texto de los años ochenta. Conforme a esto, vemos como el psicólogo Gabriel Eira (2002) distingue el nivel abstracto al entender a la familia como institución y otro nivel empírico donde se ubicaría al grupo humano. Dice Eira (2002): “La Familia es menos un objeto discreto discriminable que un complejo de fuerzas en permanente proceso de transformación. Visto así, la familia no cambia, sino que es el cambio lo que la define como institución” (p.74), y la pregunta a formularse, más que la pregunta esencialista acerca de qué es una familia, debería ser ¿qué viene siendo la familia?

También los trabajos de los años noventa de Alejandro Scherzer (1994) muestran el énfasis que tomaron los estudios de familia en nuestro país, en torno a la idea de grupo familiar para trabajar en la clínica y tratamientos terapéuticos. Basado en la concepción operativa de grupo de Pichón Rivière, estos desarrollos desde la perspectiva grupal fueron acaparando la escena del campo de producción de la psicología social. Señalando cinco elementos constitutivos de lo grupal: un objetivo, un espacio y tiempo determinados, la pluralidad de sus integrantes en tanto sujetos psíquicos y agentes del proceso social y producción de bienes materiales, por último, un contexto social con un modo de producción capitalista. Desde estas perspectivas, las intervenciones en el grupo familiar analizan diferentes variables, tales como la vida cotidiana, las ideologías en función de la clase social, las relaciones de poder. Este planteo de principios de los años noventa permite una ubicación conceptual y teórica de la familia, descentrando el conflicto de la figura del padre o de la madre. Apunta a otros centros como son las relaciones sociales, económicas, ideológicas, etc., de los integrantes de la familia.

La perspectiva anterior en psicología social, apoyada en los postulados pichonianos, desmarca del campo familiar en claves exclusivas de familia fantasmática, de la novela familiar, de las genealogías familiares; para dar paso a su articulación con las determinaciones sociales. Este planteo, de fines de los sesenta y setenta, es sintónico con los movimientos cuestionadores del dualismo sujeto-sociedad en diferentes contextos y es contemporáneo a los desarrollos de la psicología comunitaria que se mencionó al comienzo de este capítulo. En el Uruguay, esto se ve reflejado en la marcada impronta rioplatense, donde priman las articulaciones con el pensamiento psicoanalítico, instalando una fuerte controversia al interior del movimiento psicoanalítico y abriendo una línea fuerte de intervención grupal e institucional, que cobra fuerza y visibilidad ya en la década de los noventa. De hecho, en el texto de Eira (2002), el autor define el nivel abstracto de la familia como institución. Señala que, al igual que el resto de las instituciones de la modernidad, la familia fue dejando de ser un espacio cerrado para volverse “universos abiertos, superpuestos e interrelacionados” (p. 79). Desde la perspectiva institucional, la familia es terreno propicio para estudiar las transformaciones micropolíticas en curso, en las formaciones de sexo y género. Precisamente, son las instituciones en su juego de fuerzas de conservación y cambio, de lucha de poderes, en la dinámica de la cotidianeidad de los intercambios, las que van produciendo subjetividades nuevas. También Fernández y Protesoni (2002) reparan en la familia como institución, y en el componente dado por la regulación jurídica que confiere derechos y obligaciones, que regula el contrato matrimonial y normatiza funciones (reproducción, seguridad, educación), así como valores. A este nivel visible se suman las “formaciones imaginarias que sustentan y convalidan un modelo de familia...cumpliendo una doble función: de reproducción (función conservadora) y de cambio (función instituyente).” (Fernández y Protesoni, 2002, p. 84).

Recapitulando, en una suerte de aproximación a la conceptualización de la familia en psicología, encontramos cuatro grandes vertientes: la teoría sistémica, el psicoanálisis y, más

propiamente, el psicoanálisis de las configuraciones vinculares y la psicología social de cuño rioplatense. En este último campo, y en nuestro país, la familia se ha abordado, fundamentalmente, en el plano de la dinámica grupal-vincular y se ha centrado en la psicoterapia grupal familiar.

La investigación de tesis se ubica en los bordes de las vertientes descritas, las bordea y las recorre en sus fronteras. Se produce en una psicología social situada, que se interroga acerca del problema de la vida en común y del carácter colectivo de la vida, y de la existencia humana y no humana. Asume, teóricamente, que la familia es un terreno fértil para estudiar las transformaciones micropolíticas contemporáneas y apunta a conocer cómo se producen las prácticas que hacen familia y construyen los espacios de lo familiar. En tanto la propia noción de familia está atravesada por las referencias a las relaciones de poder que coexisten en su seno, se propone una analítica para comprender las desigualdades entre generaciones, las diferencias acerca de sexo y género, sobre la tensión de considerar el parentesco y los lazos sanguíneos como determinantes para las parentalidades y las familias, las diferencias en relación al enclasmamiento social si las hubiere, entre otros. Siguiendo a Foucault (1993), hacemos referencia a una analítica del poder entendido como “la multiplicidad de las relaciones de fuerzas inmanentes y propias del dominio en que se ejercen, y que son constitutivas de su organización” (p. 112). Estas relaciones, advierte Foucault (1993), no son de exterioridad a los procesos económicos, de conocimiento o de las relaciones sexuales. Así entendido, las relaciones de fuerza que se producen en las familias son producidas y productoras de una socialidad más amplia. Siguiendo esta línea de pensamiento, no se trataría de buscar la esencia de la familia, sino de rastrear sus modos de composición actuales. Como veremos en la familia rizomatizada, la tesis se ubica en comprender familia como rizoma, en el sentido de dar cabida a la complejidad y diversidad de estas composiciones. Donde los planos institucional y grupal-vincular son interdependientes, modulados por condiciones

socio-históricas y formando parte de una red más extensa. Interesa remarcar pues, que las definiciones de familia no son fijas ni estables, sino que están asentadas en regímenes de verdad que privilegian un determinado orden político y sexual. En este sentido, han sido los movimientos feministas, y de la diversidad sexual, quienes han puesto en cuestión este orden, promoviendo una crítica al esencialismo de la familia y relaciones más igualitarias a su interior.

2.3.2. Familias en tensión y nuevas parentalidades

Hasta ahora, se ha venido desarrollando teóricamente el constructo familia y bordeando el concepto de parentalidad. En un trabajo publicado en el transcurso de la investigación ahondamos en las relaciones que se generan entre ambas categorías, en el campo de la política pública y su agenda, impregnando el discurso de profesionales y promoviendo redes y debates académicos en Uruguay y otros países de la región. Hacemos referencia al término parentalidad, cuyo uso, desde el sentido común, se realiza como sinónimo de paternidad, o como sufijo o prefijo para nombrar la monoparentalidad, la homoparentalidad, entre otros. Aquí se toma en su calidad de sustantivo y, fundamentalmente, se remarca el surgimiento del término como un analizador de época, en tanto abre visibilidad sobre un aspecto central que hace al cuidado hacia los niños, niñas y adolescentes por parte del mundo adulto y, en definitiva, a la relación entre generaciones y género en las familias. Se subraya aquí la idea de evitar el plural o la diversidad en lo masculino, ¿qué sentido tendría referirse a paternidad cuando las responsabilidades y tareas femeninas son mucho mayores en las familias? También en este sentido, la invención y el uso del término son analizadores.

Se entiende la parentalidad como el ejercicio de las tareas relacionadas con la crianza, cuidados y educación de los hijos, las cuales estarían tradicionalmente asignadas a los padres biológicos o legales, pero sobretodo a las madres. Asimismo, este ejercicio es la manifestación de una disponibilidad afectiva y emocional de parte del adulto, que le permite

un estar presente, material y afectivo, de acuerdo a las necesidades de niños y adolescentes. Su enunciación “ nombra y renombra antiguas y nuevas formas de lazo entre generaciones, otorgando sentido y direccionalidad a las intervenciones en lo social” (De Los Santos, Di Fabio, Marotta, Pierri, 2018, p. 78). Como decía, es un concepto que aparece intrínsecamente conectado con la noción de cuidados hacia los niños, niñas y adolescentes y con el sostenimiento de la vida.

Mencionaba en el apartado anterior que, a partir de la década de los sesenta, hay una mayor visibilidad y crítica acerca del lugar de la mujer en las familias, transformándose, asimismo, las formas de subjetivación femenina. Esto se materializa en la desnaturalización de la función maternal, en el control sobre la natalidad y en el alto número de divorcios que ponen en cuestión la institución del matrimonio. Con estos movimientos se produce una crítica a la familia burguesa y patriarcal, transformándose, asimismo, el lugar de la niñez y las formas de concebir al sujeto-niño, quien pasa a ser considerado sujeto de derecho. Los estados marcan fuertemente un orden jurídico, en tanto se proclaman los derechos del niño entre los cuales se consagra el derecho a vivir en familia, como contexto considerado ideal para su desarrollo. Sin embargo, su materialización en la normativa legal no es universal y tiene efectos diversos según la ubicación geopolítica en que se aborde su consagración y ejercicio.

La aparición del término parentalidad ¿podría entenderse como un movimiento solidario con este nuevo status jurídico que adquiere el niño? Pero no solo eso, ¿también se puede pensar como un movimiento de cambio en las prácticas de cuidado por parte de mujeres y hombres adultos hacia los niños y niñas?, ¿cuestiona de este modo a la propia institución familiar moderna? Al decir de Claude Martin (2003), hablar de parentalidades es un recurso de nominación para ir más allá del modelo original basado en el parentesco, mostrando que hay otras personas que pueden jugar un rol parental sostenido, que no tienen un status legal y tampoco vínculo de filiación biológica. En las prácticas profesionales

observamos que la parentalidad se dispone a modo de red donde confluyen, no solo figuras ligadas por vínculo biológico, sino también por los afectos y la coresidencia. Asimismo, están presentes otros actores corresponsables en el cuidado como el Estado, a través de sus planes y programas de asistencia; el mercado a través de su oferta variada; e, incipientemente, otras comunidades de cuidado donde se juega la dimensión de lo colectivo (Vega, Martínez, Paredes, 2018). También existen otros espacios sociales como los grupos de pares, las tecnologías de comunicación, el lugar de los especialistas, entre otros, todo lo cual configura un escenario donde se ve descentrado el papel privilegiado de las familias en la parentalización. Todo esto muestra como las parentalidades, como espacio social, también constituyen un terreno propicio para la regulación y normatización de niños, adolescentes y adultos, desde distintos saberes y poderes.

Por otra parte, los desarrollos desde diferentes psicoanálisis remarcan el carácter de constitución subjetiva de la parentalidad en tanto disposición no innata y que requiere un trabajo muchas veces invisible en relación a la disponibilidad del adulto para con el niño. Esta disposición singular donde se pone en juego el deseo parental se presenta de modos diversos y como desafíos clínicos en los abordajes familiares. María Elena Lora (2003) expresa del siguiente modo una perspectiva en psicoanálisis que toma a la familia como estructura significativa:

Más allá de las atribuciones familiares en la crianza y la socialización de los niños, hay algo que es esencial en la función de la familia y es hacer del viviente un sujeto de deseo, darle un lugar simbólico, un lazo de parentesco, una posición en las generaciones y una identidad civil. Esta función de la familia permite lo irreductible de la transmisión de un deseo que no sea anónimo y su efecto es el paso de un organismo a un sujeto. Así, la familia es una encarnación histórica en cada momento de la

estructura del ser de la palabra, este Otro donde el sujeto debe advenir para constituirse como tal. (p. 25)

Esta perspectiva se enfoca en los procesos de orden inconsciente más allá de la socialización y la crianza entendidas como prácticas del cotidiano. En el texto *La familia*, uno de los primeros textos de Lacan (1977) mencionado anteriormente, plantea que la familia aparece como estructura significante que trasciende las diferentes formas y, en ese sentido, atemporal. La noción de significante es clave en la teoría lacaniana en tanto alude al orden simbólico del discurso a partir del cual emerge el sujeto como efecto de este. Se refiere al *sujeto del inconsciente*, sujeto hablado por el inconsciente estructurado como lenguaje.⁷

Susana Balparda y Damián Schroeder (2014) reconstruyen históricamente la aparición del término parentalidad en el campo del psicoanálisis, dando cuenta de un proceso psíquico diferente al parentesco y a la reproducción biológica. Asimismo, dicen los autores

abordamos los conceptos de parentalidad y parentalización, no solo en relación con el ámbito familiar, sino también con las intervenciones institucionales de los equipos y organizaciones que atienden a familias, y/o niños y adolescentes (hogares de tiempo completo, clubes de niños, CAIF, etc.). (p. 123)

Señalan que fue acuñado por Racamier, en 1961, como una función que incluye las funciones materna y paterna, las que serían independientes del sexo biológico y aluden a las funciones de sostén (materna) y de terceridad (paterna), manteniéndose en el marco de un paradigma binario. Los desarrollos a partir de este enfoque conceptual son abundantes, resultando un terreno prolífico en producciones (Rotenberg, 2014, Burin y Meler, 2001) que son de gran utilidad para el trabajo clínico y terapéutico con niños, adolescentes y familias.

⁷ Se sugiere la lectura del texto *El parentesco está en la lengua* de Norberto Gómez, para repensar el parentesco desde esta perspectiva, en el link <http://biopoliticaestadosdeexcepcion.blogspot.com/2012/09/el-parentesco-esta-en-lalengua-norberto.html>

Refiriéndose a las situaciones donde las mujeres eligen y aceptan proseguir con sus embarazos, Rotenberg (2014) plantea:

La parentalidad comienza con la concepción y el nacimiento de los hijos, uno hace al otro, nacen juntos simbólicamente...el ser humano nace en estado de indefensión, con la potencialidad virtual de contar con recursos propios para su desarrollo subjetivo, pero, para que esto se concrete en un proceso de armado psíquico, necesitará de otro. Ese Otro/otros es lo que constituye la función parental. (p. 40)

2.3.3. Familias y parentalidades en el horizonte de lo común

Se cierra este apartado planteando una última clave de problematización sobre familias y parentalidades que ubican a esta tesis en unas formas de hacer psicología social en el horizonte de lo colectivo y de las prácticas de lo común. Desde la posición situada asumida, entendemos la subjetividad como producción colectiva, haciendo énfasis en la naturaleza colectiva de la vida, humana y no humana, en el entramado de interdependencias en que se constituyen las familias, así como las prácticas que se requieren para ese sostén. ¿Cómo inscribir, pues, familias y parentalidades en un horizonte político de producción subjetiva de lo común?

La idea de lo común surge luego de que los zapatistas, en 1993, protestan por la disolución de los ejidos como espacios de tierra de uso colectivo y el concepto de *lo común* impregna como idea que supera el binomio Estado/mercado, Estado/propiedad privada, como elementos excluyentes y por los que uno puede optar (Federici, 2018). Desde las perspectivas feministas, el principio de lo común busca encauzar un proyecto político de izquierda radical y encuentra en el aire, las tierras comunes, el agua e incluso derechos adquiridos, las lenguas, entre otros, continúa diciendo Federici, la constitución de lo común. Parafraseando a Guattari (1991), el capitalismo es una instancia de poder que actúa en un plano visible y en otro, invisible, el de la producción de subjetividad. Este último aspecto ha sido descuidado en las

perspectivas críticas marxistas, expresa el autor, que ha priorizado la dimensión de la infraestructura y relegado a un segundo plano la producción de subjetividad que se realiza en los diseños colectivos como pueden ser la familia, la escuela, entre otros. En este capitalismo posindustrial, los núcleos de poder se deslizan de las estructuras de producción de bienes materiales hacia las estructuras de producción de subjetividad. Caffentzis y Federici (2015), así como Raquel Gutiérrez (2017), hablan de bienes comunes y de lo común como práctica de lo político. A partir de sus lecturas nos preguntamos si es posible pensar la infancia, la niñez y las adolescencias, como bienes comunes. Aquí se compone un plano que entrelaza familia y parentalidades en una política relacional afectiva, de creación de nuevas formas de vida comunitaria (Teles, 2012) y de cuidado colectivo de la vida. Recapitulando y retomando el intercambio con Federici (2018), hay aquí una advertencia acerca de cómo se trató a la reproducción humana como un trabajo colectivo, compartido por familias y comunidades y luego este trabajo fue progresivamente privatizado en el capitalismo.

Desde la psicología social comunitaria, y de la mano de Bader Sawaia (2003), se propone tomar la familia como espacio de acción e intervención para potenciar lo común y contrarrestar un modo de vida individualista que propaga el neoliberalismo, dejando desamparada a las familias. Sawaia (2003) entiende que las familias son espacios de resistencia y cita a Negri (2001) para decir que la resistencia frente a la globalización es el deseo de construir juntos y la pasión por lo común. Propone una praxis ético-política basada en la acción sobre los afectos en la familia, retomando también a Spinoza (1957) para jerarquizar el valor de los afectos alegres, que son potencia para la acción y expansión de vida. De esta manera nutre un plano de análisis que refiere a entender las familias como espacios de subjetivación de los sujetos y de construcción de realidades colectivas. En Uruguay, las psicólogas Sandra López y Ana Carina Rodríguez (2017) retoman los aportes de Sawaia (2003) y jerarquizan la familia como potencia; proponen pensar *lo familiar* para

nominar de otra manera aquello que una estructura familiar tradicional dejó atrapado como definición de familia. Desde allí, López y Rodríguez (2017) sostienen la importancia de generar condiciones para nuevas formas de convivencia en el encuentro con otros, donde sea posible delinear proyectos compartidos con dimensión de futuro, pero sin quedar atrapados por lo eterno. Con este planteo dejan formulados varios problemas, a mi entender. Uno que coincide con el tratamiento que venimos dando en este apartado acerca de la conexión entre el espacio familiar y la construcción de lo colectivo, y otro, que refiere a la importancia de tomar los afectos como elemento clave en la praxis ético política con familias.

2.3.4 Conexiones y deslizamientos: La familia rizomatizada

es necesario subrayar que la especificidad metodológica de la indagación de lógicas colectivas y sus estrategias concomitantes se organiza desde criterios un tanto diferentes a los cánones establecidos tradicionalmente en la investigación de las ciencias sociales. No reduce su universo, sino que le es imprescindible amplificarlo. No busca lo idéntico que se repite sino la diversidad en que se rizomatiza. (Deleuze y Guattari, 1994) Fernández, Borakievich, Cabrera, 2012, p.119.

De las conexiones realizadas entre la cartografía y la invitación feminista a pensar otro modo de hacer ciencia surgen algunos problemas que dejamos aquí planteados. Es importante dejar en claro que no son problemas a ser resueltos en el sentido de eliminarlos, sino que en su devenir se tornaron preguntas de pesquisa.

La perspectiva ontológica y epistemológica asumida en la tesis sostiene que la familia no puede ser pensada desde un único modelo-árbol, es decir, desde un punto único. Por el contrario, y en el escenario de la contemporaneidad, observamos que la familia se compone a partir de una multiplicidad de prácticas amorosas y eróticas entre géneros y generaciones. Los organizadores tradicionales de familia codificaban el mundo a partir de determinados presupuestos que planteaban líneas de normatización y normalización, por ejemplo, la pareja

heterosexual monogámica, la filiación dada por el componente biológico, entre otros puntos que sobrecodificaban a las familias y que todavía persisten en algunos discursos. Un pensamiento árbol nos llevaría a analizar y pensar estas formaciones contemporáneas en función de estos ejes. A esto se refieren Deleuze y Guattari (2004) cuando aluden a la idea de calco en contraposición al mapa, en tanto el calco como producción gráfica reproduce un modelo y sobrecodifica a partir de una estructura previa. Sin embargo, el enfoque cartográfico de pensar el mapa y dar cuenta de este, se basa en una experimentación con lo real por parte de quien investiga, y lo que se busca es componer un plano de fuerzas; hacer visibles las fuerzas que operan en el mapa. La tesis toma este enfoque ya que, precisamente, interesa ver y analizar las alteraciones, los deslizamientos, la diversidad en que se producen estos vínculos, y cómo es la familia experimentada y relatada por los adolescentes.

Explorando los procesos de singularización de los entrevistados fuimos encontrando planos de problemas en torno a la familia-rizoma. Distintos tipos de líneas: las ficciones y sentidos de familia en torno a los vínculos biológicos, sociales, vinculares; los tránsitos y circulación de los adolescentes por diferentes hogares; las prácticas de parentalidad y cuidados; las relaciones con el progenitor no conviviente, entre otras. Es difícil organizar el material de las entrevistas en función de la articulación rizomática del tema y de las vidas en tránsito de los adolescentes, por lo cual la escritura es un intento por delinear algunas fuerzas identificadas en la escucha de las historias de vida, algunas más definidas y normatizadas, otras más erráticas y singulares.

En otro orden, son los mismos autores quienes alertan sobre el riesgo de plantear una dicotomía calco-mapa y quienes proponen que el calco y sus puntos fijos se abren en líneas de fuga a través de los mapas. Deleuze y Guattari (2004) plantean que el rizoma actúa con los principios de conectividad, heterogeneidad y multiplicidad del pensamiento, así como introducen el principio de ruptura asignificante, que es productor de lo nuevo. En ese sentido,

nos proponemos mirar problemas viejos desde la vivencia adolescente: ¿qué elementos definen familia: la sangre, la biología, el afecto? ¿Cómo se da la presencia paterna en la monoparentalidad? En torno a esta última pregunta veíamos que las categorías demográficas, al operacionalizar familia, la homologan a hogar, y pueden generar como efecto la equiparación de ambos términos. Al igual que con la categoría de género, en las estadísticas se lo ha operacionalizado como sexo binario y, desde hace algunos años, se han comenzado a buscar otras formas para que las encuestas y censos contemplen otras expresiones sexo-genéricas; por lo cual, se pone de manifiesto la dificultad para encontrar categorías que reflejen la diversidad y multiplicidad de expresiones de lo familiar, de lo sexo-genérico, entre otros, que tienen las estadísticas.

En estos hogares, la evidencia marca que es la mujer quien está a cargo de los niños y niñas, y poco se sabe sobre la relación o vínculo con el otro progenitor, que en los casos de nuestros entrevistados son todos hombres. Desde el punto de vista de la psicología contamos con profusa teoría que sostiene la importancia de la figura paterna, la conflictiva edípica y sus efectos en la constitución psíquica. Esta situación abrió interrogantes a medida que fui conociendo las historias de los entrevistados. ¿Será que la convivencia en forma predominante con las madres anula el vínculo o determina la no presencia afectiva de los varones-padres? Esta forma de pensar también obtura el rizoma, lo bloquea y confina a una forma-árbol. Quiero remarcar, como se viene haciendo en diferentes tramos de la tesis, que estas afirmaciones están basadas en una idea de familia donde ambos padres conviven con sus hijos, donde la conflictiva edípica se juega en tanto mujer-madre y hombre-padre, es decir, que son teorías cuyo sustento es la familia heterosexual patriarcal donde se convive en una misma casa. Sin embargo, los hogares de nuestros entrevistados no tienen estas familias, por lo que investigar sobre ellas es dar una nueva mirada, echar un vistazo para comprender qué

subjetividades se producen en estos grupos familiares, cómo se juega el deseo en las prácticas parentales.

En otras palabras, si bien las épocas históricas y las construcciones disciplinares territorializan unos saberes acerca de las familias, otras líneas desterritorializan las interpretaciones y dejan perplejos a los investigadores, son las familias rizomatizadas.

Así, a menudo, uno se verá obligado a caer en puntos muertos, a pasar por poderes significantes y afecciones subjetivas, a apoyarse en formaciones edípicas, paranoicas, o todavía peores, como territorialidades rígidas que hacen posibles otras operaciones transformacionales. Hasta es muy posible que el psicoanálisis sirva, muy a pesar suyo, claro está, de punto de apoyo. En otros casos, por el contrario, habrá que apoyarse directamente en una línea de fuga que permite fragmentar los estratos, romper las raíces y efectuar nuevas conexiones. (Deleuze y Guattari, 2004, p. 20)

Trazamos algunas líneas de coincidencia con las perspectivas feministas enunciadas en el apartado anterior, en tanto asumen una crítica desde la filosofía de la ciencia al modo de la ciencia moderna cartesiana. En este sentido, estas epistemologías feministas dan un paso más en aras de contribuir a la ruptura de los dualismos occidentales graficados en las divisiones mente-cuerpo, razón, emoción, público-privado (García Dauder, Ruiz Trejo, 2019). Plantean reconfiguraciones entre la razón, el afecto y las emociones, así como la importancia de la posición del sujeto que investiga. Haraway (1991), desde su objetividad encarnada, dice: “Lucho a favor de políticas y de epistemologías de la localización, del posicionamiento y de la situación, en las que la parcialidad y no la universalidad es la condición para que sean oídas las pretensiones de lograr un conocimiento racional” (p.335).

Este carácter político de la proposición que realiza el pensamiento feminista pone el eje en la necesidad de generar nuevas formas de conocer que permitan intervenciones transformadoras de la realidad social. En este sentido, las decisiones metodológicas que fui

tomando abrevan de estas perspectivas de pensamiento y tienen puntos de contacto en cada fase o etapa de la investigación de tesis.

a.- A saber, la elección del punto de vista de los adolescentes como grupo de escasa presencia en las investigaciones, pero con una posición epistémica privilegiada por el hecho de estar situados en los márgenes (Biglia, 2014). La ecuatoriana Moscoso (2009) se pregunta si es posible establecer un vínculo entre las teorías feministas y la infancia, respondiendo afirmativamente, ya que, como grupo poblacional, no están dentro del sujeto masculino de la ciencia; a partir de cuya posición de poder se elaborarán las construcciones teóricas disciplinares.

Desde la posición que asumo como investigadora, entiendo que los adolescentes desarrollan modos de subjetivación singulares en las familias, a partir de un lugar generacional diferente al de los adultos, dado por sus fechas de nacimiento y el tiempo epocal en el que crecen. Asimismo, por la etapa evolutiva en la que están, tienen condiciones para confrontar generacionalmente y con la sociedad en la que viven. En esa confrontación cuentan con un repertorio de recursos nuevos para aventurar modos de codificación de los vínculos, en el sistema sexo-género, en el tipo de sensibilidad y modos de relación con los otros. Por estos motivos, me interesé por captar esas tentativas de singularización adolescente que no siempre logran visibilizarse por el *todo social* ya que escapan a la lógica androcéntrica y adultocéntrica. Tal vez también sea porque allí se juega, a mi modo de ver, algo del orden de la transformación social en un mundo de producción capitalística, al decir de Guattari (2006), que anula formas de vida alternativas y promueve un solo sentido para la realización humana caracterizada por la opresión, el consumo, la destrucción de los recursos naturales y la marginalización o exclusión de grandes masas humanas. Dice: “Es preciso que cada uno se afirme en la posición singular que ocupa, que la haga vivir, que la articule con otros procesos de singularización y que se resista a todas las tentativas de nivelación de la subjetividad...”

(p.65). En otras palabras, las feministas hablan de conocimientos situados y de la autoría que los sujetos de la investigación como actores y agentes producen en torno a los conocimientos objetivos. En este sentido, los aportes del pensamiento interseccional (La Barbera, 2016) de las académicas feministas se vuelven soporte para comprender y atender distintas desigualdades que se ponen en juego en las situaciones en concreto de los adolescentes.

Pensando rizomáticamente la familia, consideramos el género como un marcador de la desigualdad existente, pero no en modo esencialista, sino en conexión con otras desigualdades presentes en las familias donde intervienen la posición socio-económica, lo etario, lo étnico, entre otros. Moscoso (2009) desarrolla la importancia de que los niños —nosotros podríamos agregar, aquí también, los adolescentes— puedan ocupar un lugar para pensar en nuestros estudios, marcando un punto en relación a la generación “las diferencias de generación son diferencias en el ‘modo de generación’—es decir, en las formas de producción— de los individuos” (p. 6).

b.- Otro punto de contacto es el plano de articulación entre familias y política. Donna Haraway reafirma que producir conocimiento es siempre un acto político. Este enunciado tiene un anclaje muy fuerte en la investigación que nos ocupa, porque se parte de una idea previa de familia tradicional donde las formas de codificación política del campo de problemas responden a una micropolítica de la familia nuclear heterosexual y ligada al patriarcado como sistema de poderes. Como se viene insistiendo en la tesis, los organizadores tradicionales de familia codificaron el mundo a partir de axiomas normatizadores y normalizadores de un orden político centrado en la figura del poder masculino. Pensar familia rizomáticamente es adentrarnos en la conexión de puntos que se conectan e interconectan, siendo, además, eslabones semióticos de distinto orden:

En un rizoma, por el contrario, cada rasgo no remite necesariamente a un rasgo

lingüístico: eslabones semióticos de cualquier naturaleza se conectan en él con formas

de codificación muy diversas, eslabones biológicos, políticos, económicos, etc... poniendo en juego no solo regímenes de signos distintos, sino también estatutos de estados de cosas. En efecto, los agenciamientos colectivos de enunciación funcionan directamente en los agenciamientos maquínicos, y no se puede establecer un corte radical entre los regímenes de signos y sus objetos. (Deleuze, Guattari, 2004, p. 13)

Si bien las construcciones disciplinares territorializan unos saberes acerca de las familias —como por ejemplo el psicoanálisis, la pedagogía, la pediatría—, y se ubica la desigualdad con preeminencia en el género, existen otras líneas de fuga dentro del propio movimiento que desterritorializan las interpretaciones y retoman marcadores anteriores al género, como la clase o la etnia, de forma articulada en miradas diferentes.

Un pensamiento rizomático se acerca al enfoque interseccional feminista (La Barbera, 2016) en el tratamiento de las desigualdades, donde, para cada situación, deberá atenderse al modo en que las fuerzas actúan como multiplicidad que se constituyen unas a otras simultáneamente. La puesta en cuestión que los nuevos arreglos familiares traen consigo deja en evidencia que lo familiar se juega en el plano de la inmanencia y que el *objeto* familia no existe a priori, sino en la coemergencia del acto de investigar o intervenir con familias. En este sentido, y siguiendo las epistemologías feministas, más que cerrar, se intentará generar condiciones de visibilidad y posibilidad.

Habiendo transitado por estos caminos de reflexión teórica, dejo planteada la idea transversal acerca de cómo pensar una política hacia los niños y adolescentes donde los cuidados no queden exclusivamente en las familias, el Estado o el mercado, sino que podamos proponer o crear nuevas formas colectivas de cuidados. En la tesis estos problemas serán retomados en el análisis, en tanto aquí se juega el plano de las articulaciones entre familia y política que se mencionaba al comienzo. A sabiendas de que el abordaje de lo común desborda la capacidad de desarrollo de la tesis, no obstante, ocupa un lugar clave en el campo

político actual. Por lo que, pensar familias y parentalidades en el horizonte de lo común, inaugura un plano posible para la discusión contemporánea.

Dice Agamben (2018):

La contemporaneidad es, entonces, una singular relación con el propio tiempo, que adhiere a él y, a la vez, toma distancia; más precisamente, es aquella relación con el tiempo que adhiere a él a través de un desfase y un anacronismo. Aquellos que coinciden demasiado plenamente con la época, que encajan en cada punto perfectamente con ella, no son contemporáneos porque, justamente por ello, no logran verla, no pueden tener fija la mirada sobre ella.

2.4. De caminos y de encuentros

Como se viene desplegando desde el comienzo, la tesis se sostiene en un entramado cuyo organizador central es la articulación de las herramientas metodológicas con un determinado lugar epistémico-teórico del cual parte la investigación. Se trata de un quehacer procedimental centrado en el análisis de la implicación como premisa indispensable para investigar en el campo de problemas de la subjetividad. Asimismo, se nutre de dos corpus provenientes de la cartografía y de las perspectivas feministas, ya que definen el lugar situado de la investigadora, es decir, la posición de sujeto de la investigación.

El uso del método científico en el abordaje de los fenómenos subjetivos permite generar conocimientos teóricos, los cuales, la mayoría de las veces, se plantean como resultados de los procesos de investigación. Sin embargo, insisto nuevamente en que la tesis propone la elucidación del dispositivo teórico-metodológico como un constructo que se despliega todo el tiempo, y que destella —en diferentes momentos del proceso investigativo— producciones de sentidos que llamaremos saberes, intuiciones, pensamientos. Desde esa perspectiva, la producción teórica no se ubica como marco, antesala o resultado de

los procesos de investigación, sino que voy presentando las reflexiones teóricas junto con el material de campo y su análisis.

Siguiendo esta estrategia metodológica, fui planteando algunas hipótesis y preguntas iniciales, que luego fueron cuestionadas y produjeron saberes tentativos acerca de los fenómenos que estudiamos. Al mismo tiempo, hacer entrar en análisis la implicación como herramienta metodológica, permitió reconocer las afectaciones que se producen al investigar con seres humanos y en particular adolescentes. Estas afectaciones fueron puestas a trabajar al servicio del proceso de indagación, de modo recursivo y tendiente a problematizar las propias categorías teóricas con las que fui pensando. El análisis de la implicación ha sido fuente inagotable de vías para construir y deconstruir el problema de investigación y encontramos uno de sus puntos de expresión más notorio en el plano entrelazado de familia, política y subjetividad.

En síntesis, se desarrolló una investigación en el campo de estudios sobre familias y parentalidades y se buscó captar la perspectiva subjetiva de los adolescentes acerca de las transformaciones contemporáneas en las familias, focalizando en aquellos adolescentes que viven en hogares donde conviven con un único progenitor a cargo. El estudio fue diseñado siguiendo una metodología cualitativa por considerarse la más adecuada para lograr los objetivos propuestos. Se definió que la población del estudio serían adolescentes mujeres y varones entre 14 y 18 años, jerarquizando su lugar de actores y agentes de producción de conocimiento. Inicialmente se asumió un enfoque biográfico (Bassi, 2014) y se escogió la técnica de historias de vida.

La metodología cualitativa permitió armar un diseño flexible y la emergencia de los fenómenos a estudiar. En este sentido, nos asistió la cartografía como método que, al decir de Kastrup (2013), compone un plano de experiencia que acompaña los efectos del proceso de investigación. Desde el punto de vista teórico-metodológico se buscó un diálogo entre los

postulados del método cartográfico y las perspectivas feministas, las cuales construyeron el lugar de la investigadora para la realización de las historias de vida y su tratamiento.

Acerca de los adolescentes entrevistados

Se entrevistó a mujeres y varones adolescentes, residentes en Montevideo y una en ciudad de la Costa, entre 14 y 16 años y que conviven en hogar monoparental al momento del estudio. Se planteó una convivencia de al menos cinco años con uno solo de los progenitores, ya que se consideró que este tiempo caracterizaría una rutina consolidada. No se excluyeron adolescentes que mantuvieran vínculo con el otro progenitor, y lo que definió su inclusión es el mayor tiempo de convivencia con uno solo de ellos porque el foco de atención pasó a ser el hogar o la situación de monoparentalidad. Se excluyeron adolescentes con discapacidad física, psíquica o intelectual.

Se conformó una muestra por conveniencia siguiendo los criterios de inclusión mencionados y por técnica de bola de nieve.

Encuentro con los participantes

Para la selección de los participantes se realizó una nota de presentación del proyecto, la cual fue difundida entre posibles referentes de contacto. Llamo referentes de contacto a personas que por sus inserciones laborales tenía la expectativa de que pudieran facilitarnos el acceso a la población de estudio. Dentro de este grupo se incluyen profesores de educación secundaria y colegas que trabajan con adolescentes. A partir de las respuestas obtenidas en esta etapa se tomó contacto con cinco adolescentes y sus madres.

Estas primeras comunicaciones comenzaron en mayo del 2017 y la primera historia de vida se concretó dos meses después. En los primeros seis meses se concretaron un total de tres historias de vida, llegando a finales del año 2017.

Por diversas razones ocurría que algunos de los adolescentes, si bien se mostraron interesados inicialmente en participar de la investigación, luego, cuando estábamos a punto de

coordinar el encuentro, desistían de hacerlo. Por otra parte, algunos referentes de contacto de instituciones privadas, si bien se mostraban entusiastas con el tema de estudio, planteaban distintas dificultades de tipo burocrático o desestimaban que hubiera adolescentes en esta condición de monoparentalidad por lo que fueron intercambios infructuosos a los efectos de concretar las historias de vida, pero que aportaban información empírica acerca del objeto de estudio.

Este enlentecimiento inicial generó nuevas estrategias para ampliar la difusión del estudio a través de redes personales, profesionales y familiares que dieron mayor fruto y permitieron culminar el trabajo de campo. En el último tramo, la invitación a posibles interesados se realizó a través de las redes personales y profesionales, de personas que se desempeñan en proyectos socio-educativos que atienden población vulnerable y en instituciones de enseñanza media en sectores socioeconómicos medio-alto.

Los casos fueron incluidos tomando en cuenta la heterogeneidad en cuanto a las edades de los adolescentes, y la accesibilidad estuvo dada por la disposición de los adolescentes y, en algunos casos, por los equipos de trabajo para dar viabilidad a la propuesta de investigación.

En el caso de los equipos de trabajo de las organizaciones que hicieron el nexo con los adolescentes, se tomó contacto telefónico a los efectos de presentar las características del proyecto y se concretó, en una oportunidad, un encuentro con los jóvenes que asisten al centro juvenil, donde se dieron a conocer los objetivos del estudio, así como los aspectos éticos de la investigación. Se compartieron dudas y preguntas que surgieron previo a la realización de las entrevistas. En cuanto a los aspectos éticos, se elaboró una carta de consentimiento informado que fue firmada por las madres de los adolescentes. Asimismo, se elaboró el asentimiento informado para ser firmado por los propios entrevistados. En dicha carta se presentó el proyecto y se explicitó que la investigadora se hacía responsable de mantener la

confidencialidad en relación a la información aportada y que se tomarían los recaudos necesarios para proteger el anonimato de los participantes del estudio. Se entregó una hoja informativa del proyecto a los participantes. En todos los casos tomamos contacto con las madres y, en un caso, con la tía, quedando a disposición para conversar acerca de dudas o preguntas sobre la investigación.

Perfil de los participantes

Nombre	Edad (años)	Escolaridad	Núcleo de convivencia	Barrio de residencia	Nivel educativo madre/ padre	Ocupación madre/padre
Pedro	16	4° año, liceo privado.	Madre y hermano mayor.	Reducto	Madre: profesorado IPA. Padre: 3° de liceo.	Madre: Docente de educación secundaria Padre: técnico.
Lucas	16	4° año, liceo privado.	Madre y hermana menor.	La Blanqueada	Madre: estudios universitarios de posgrado Padre: liceo o UTU sin finalizar. No sabe con precisión.	Madre: profesional y docente universitaria. Padre: joyero.
Antonio	16	2° año, liceo público.	Madre y dos hermanos varones; uno mayor y otro menor que él.	Nuevo París	Madre: estudios secundarios, hasta 2° año, pero no sabe. Padre: no sabe.	Madre: empleada en una casa de salud. Padre: no sabe.
Patricia	14	3° año, liceo público.	Madre	Peñarol	Madre: estudios secundarios 3° año Padre: estudios secundarios, cursando 4° año.	Madre: limpiezas, vendedora de productos. Padre: puesta de escenografías en eventos.
Camila	15	4° año, liceo privado.	Madre y hermano mayor.	Ciudad de la Costa	Madre: no sabe. Padre: estudios universitarios de grado concluido.	Madre: distribuidora de productos alimenticios. Padre: profesional.
Sofía	15	2° año Formación profesional básica (FPB) UTU	Madre y cinco hermanos menores; cuatro mujeres y un varón.	Santa Teresa	Madre: no sabe. Padre: no sabe.	Madre: changas. Padre: vendedor ambulante.

De las historias de vida

Pedro

Pedro es el primer entrevistado, nos encontramos dos veces en la Facultad de Psicología. La primera vez lo espero en la puerta de la facultad, aparece demorado y sonriente. Cumplió 16 años luego de la primera entrevista, y también realizó un paseo al exterior con su grupo de compañeros de liceo en ese lapso de tres semanas, que medió entre un encuentro y otro. Sus padres se separaron cuando él tenía tres años, en un momento en que vivían en una casa que era de su abuelo paterno, y que sus padres estaban reformando. Recuerda que habitaron la barbacoa mientras hacían la reforma. Tiene un hermano tres años mayor, y una novia desde hace dos años, aproximadamente. Cuando los padres se separaron, su madre se mudó con los hijos a otra casa, alquilada. Dice que no tiene idea de cómo hizo su mamá para armar la nueva casa, solo recuerda haber separado unos platos que les regalaron en el casamiento, unas “cositas para poner cazuela...de esas que tienen los dos, son iguales”. Agrega que con su hermano “vivieron con los dos...porque siempre viví unos días con uno y otros días con otro”. El padre permaneció en la casa de su propiedad hasta hace dos años, y su madre se ha mudado dos o tres veces asociando las mudanzas con las mejoras laborales y logros profesionales. En la actualidad, vive con su madre en una casa grande, y a dos cuabras está la casa de su padre. Eso le facilita, porque dice ser muy despistado, y cuando olvida algo ya sabe que está en la otra casa. Si bien el padre mantuvo la casa de su propiedad, durante uno o dos años se radicó en otro departamento, al que Pedro y su hermano iban todos los fines de semana. Menciona que hubo “dos reparticiones de semana” para organizar la convivencia entre la casa del padre y la de la madre, que fueron variando según distintas circunstancias (mudanza del padre, trabajo de la madre, entre otros). A partir de tercer año, empieza a ir solo a la escuela, ya que su hermano inicia el liceo, y recuerda que primero estaba asustado, pero luego se acostumbró y ahora viaja en ómnibus a diferentes lugares. A la salida de la escuela,

lo iba a buscar una señora que lo cuidaba, y a quien le llama *abuela del corazón* por los lazos de afecto contruidos. Recuerda mucho las comidas de esta señora, y cómo lo mimaba a través de sus elaboraciones culinarias. Sin embargo, dice que siempre cocinaba su madre en la casa, quien sabe como le gusta comer a él y a su hermano “y eso es un punto a favor de ella”. Las referencias a las comidas son geniales en el relato de Pedro; cuenta que su padre cocina “cosas excedidas” y que se comen una vez al mes (asado, guiso, gramajo) y que la tía es quien prepara las comidas diarias. La convivencia del padre con la tía paterna, su esposo y la hija de ambos se produce al regreso del padre a Montevideo. Menciona algunos recuerdos de cómo era la vida cuando vivían sus padres juntos: uno, cuando sus padres no le querían dar el chupete y otro cuando su hermano lo molestaba con un burro inflable que a él le daba miedo. Y cuando su hermano rompió un vidrio, luego, dice, que vino “el lapso mental” en que ya no recuerda. Recuerda esta etapa feliz “Yo creo que feliz, yo nunca fui alguien triste. Nunca me sentí *tipo* solo o... siempre estuvieron mis padres, cuando los necesité, estuvieron; nunca les tuve que reclamar nada, ni nada, ni: “Nunca estuviste” ni nada.” Comparte distintas situaciones donde los padres están presentes de acuerdo a sus necesidades, y agrega que discute más con su madre, quien es “sobreprotectora y muy exagerada”. Con respecto a las vacaciones las reparten del mismo modo, los primeros quince días de enero con la madre y con el padre los segundos, un mes en total, hasta febrero. Como se ha dado así por años, dice que le gusta, porque se encuentra con los mismos amigos, se juntan con la familia del socio de su padre y arman una gran familia, dice. En su rutina diaria, se levanta solo, aunque le cuesta y llega tarde al liceo muy seguido. Cuando está en la casa de su madre, ella lo llama por teléfono para confirmar que se levantó, y en casa de su padre también confirman que se despierte. Cuando se enferma, generalmente va a la casa de la tía, donde también está su padre, porque hay gente todo el día. Pero si son pocos días, se queda en lo de la madre.

Casi al final de la primera entrevista, comenta que la señora que lo cuidaba se trasladaba de una casa a la otra con él. La había contratado su padre y hasta hace un año y medio trabajaba con ellos. Dice que igual se siguen comunicando, y que ahora tiene la expectativa de hablar con ella, al día siguiente, por ser su cumpleaños. Antes, el cumpleaños lo festejaban todos juntos, las dos familias, ya que se llevan bien. Pero ahora prefiere juntarse a jugar al play o con sus amigos en el depósito de la casa de su padre, donde dice tener más libertad. Aunque luego aclara “no siento ni que tengo más libertad con uno ni con otro, sé que hay cosas que no puedo hacer en lo de uno, que sí puedo en lo del otro, y al revés”. También habla de las distintas costumbres, dice que él tiene distintas costumbres según la casa y también que se adaptó a la mudanza. Recuerda la casa de propiedad del padre con afecto y dice que llegar a ella, era como llegar al paraíso; esa era SU casa. Y haciendo alusión a cuando su padre se mudó al interior dice: “me sangró, porque no podía creerlo” esto fue cuando su padre decidió ir a otro departamento. Pero ahora está contento, porque van a poder regresar, porque estaba alquilada y está por vencer el contrato.

Sobre la situación de sus padres dice que se ubica con ellos “separados” y que sería el peor desafío de su vida vivir con los dos. Que se acostumbró a tener dos Navidades, dos cumpleaños, dos todo, todo doble, en menor cantidad, pero es todo doble. Dice que uno se acostumbra a vivir con los padres separados, que cuando era chico le parecía distinto, especial, pero a medida que fue creciendo se dio cuenta de que es más común de lo que pensaba. Me sentía “un poco tocado” cuando la maestra preguntaba: “¿Con quién vive tal?” “Todos decían papá y mamá, yo decía papá O mamá, y esa era la diferencia, ahí sí me sentía un poco tocado”.

Cuando retomamos, en la segunda entrevista, me dice que es importante remarcar, de su historia de vida, el hecho de que sus padres no lo distanciaron del otro, que el padre se mudó cerca para estar más cerca. Y pone ejemplos de otras situaciones que conoce donde sus

amigos pasan muy poco tiempo con el padre. E, incluso, de situaciones, dice, donde las madres distancian a los hijos de los padres. Por lo cual considera que las situaciones familiares cuando hay una separación son distintas, “totalmente distintas”, dice. Ya casi al finalizar, cuenta que está muy contento con las entrevistas ya que lo hizo para probarse a sí mismo que podía hablar de todas estas cuestiones de su familia, y que quedó muy conforme consigo mismo.

Lucas

Lucas tiene 16 años, y la entrevista también se realiza en facultad, a la que llega por sus propios medios. Al preguntarle cómo es su familia responde que está integrada por su madre y su hermana, con quienes convive. Y que lo importante es trabajar en comunidad para atender todas las cuestiones domésticas, de la limpieza y el orden en la casa. Este tema ocupa un lugar importante en las entrevistas, donde aparecen negociaciones entre los tres y diversas formas de resolver las tareas cuando los padres convivían. En la actualidad, él y su hermana participan activamente en las labores domésticas. Dice “siempre solemos estar los tres, y en lo posible, siempre es estar unidos para seguir adelante”. Al preguntarle si siempre ha sido así, o cómo ha ido variando su familia a lo largo del tiempo, Lucas menciona a una tía y a un tío, así como a su abuelo paterno. La muerte del abuelo, hace dos o tres años, aproximadamente, ha sido un evento significativo en su familia, siendo además una figura de referencia material y afectiva para su mamá y para ellos.

Sus padres se separaron hace siete años y la mamá quedó con los niños en la casa. El padre, al comienzo, venía todos los días, pero a medida que pasó el tiempo las visitas del padre empezaron a ser intermitentes: “hubo un momento en que desapareció por un año, después volvió a aparecer un tiempo, después se volvió a ir”.

Menciona a una *abuela del corazón* que vive a tres cuadras de su casa, una señora que lo cuidó desde sus tres meses de edad, y que cuidaba, al mismo tiempo, a otra niña de su edad.

Luego él y la niña fueron teniendo hermanos y llegaron a ser cuatro niños al cuidado de la abuela del corazón. Tiene recuerdos de salidas con la señora, por ejemplo, cuando iban a la feria. Al comenzar la escuela primaria se iba por las mañanas a la casa de esta abuela, donde almorzaba. Luego de la escuela volvía a la casa de la señora, hasta que sus padres lo pasaban a buscar. A partir de cuarto año escolar, comenzó a ir solo a la escuela, mientras que su hermana seguía yendo en camioneta.

Lucas vivió todo el periodo escolar con estas rutinas, mientras que los otros niños dejaron de ir a la casa de la abuela cuando estaban en quinto año. Cuando comenzó el liceo sintió el cambio, pero siguió manteniendo el vínculo con la señora y pasaba a charlar con ella en las vacaciones o cuando la abuela lo invitaba a almorzar. Lucas sabía que la señora tenía un hijo y nietos, pero que su esposo había muerto hacía unos años. Un dato curioso para él, era que su cumpleaños coincidía con la fecha de cumpleaños de la madre de la abuela. Al terminar la escuela, Lucas comenzó a ir a buscar a su hermana a la escuela y al regreso pasaban a saludar a la abuela.

También menciona al abuelo materno como una figura a la que recurría, las casas estaban pegadas, y Lucas golpeaba y pasaba a quedarse con el abuelo. Las casas comparten un mismo padrón y las familias siempre vivieron allí. Cuando muere el abuelo pasan a vivir en su casa, se distribuyen los cuartos y él se queda en el altillo, desde donde puede mirar y “vigilar” la casa y sus movimientos.

Le pregunto por los encuentros con su papá y dice que cuando se separaron, el padre se fue a vivir con su abuela, con su tía y un primo. Después, el padre y la abuela se mudan a otra casa, teniendo, además, taller de joyería aparte, junto con otros compañeros. Con el paso del tiempo, su papá fue teniendo nuevas parejas y, al morir la abuela, se fue a vivir con su novia. El padre, en estos años, ha mantenido un local comercial por algún período, así como su taller en la casa de la abuela por un tiempo. Durante todos estos años su aporte económico

ha sido irregular para con la manutención de él y de su hermana, motivo por el cual Lucas comenta que la madre trabaja mucho para sustentar los gastos que requiere la educación, por ejemplo.

Se entusiasma cuando habla de las tareas que el padre le permite hacer en el taller desde pequeño y que se divierte mucho y disfruta de la experiencia. Vuelve a repetir que se divierte y muestra la medalla que se ha hecho con la ayuda de su padre, un amigo de su padre y sus propias manos. En la actualidad va todos los jueves a verlo; se quedó una vez en la casa de la pareja de su padre, que es donde vive; lo acompaña en algunas de sus actividades. Cuenta que participó en un asado con amigos del padre donde comieron, cantaron y se reían mucho.

A diferencia de su hermana que “no quiere saber de nada” con el padre, Lucas lo visita y comparte momentos y experiencias. Su hermana iba a verlo cuando las visitas estaban pautadas por juez, pero siendo “preadolescente”, ya no quiere ir más y tampoco hacer muchas cosas con la madre. Se llevan bien con la hermana, tiene recuerdos de juegos de niños, y dice que son compinches en planes y cómplices también frente a la madre.

De su infancia recuerda que la mamá lo llevaba a los controles médicos y cuando tenía que ir o venir a los cumpleaños. En la casa era el padre quien cocinaba y estaba más tiempo con ellos, siendo que su mamá trabajaba muchas horas afuera. El padre se hacía cargo, mayoritariamente, de la limpieza y otras tareas domésticas, además de que, en algunos momentos, iba la prima de su mamá a realizar la limpieza del hogar. Asimismo, para llevarlo al psicopedagogo o psicomotricista, se organizaban con el abuelo, la tía paterna y el padre, existiendo una red de cuidados cuando sus padres vivían juntos. Cuando se enfermaba se quedaba con el abuelo, que estaba todo el día en la casa y vivía al lado.

Lucas concurre a un colegio privado y disfruta de las actividades artísticas; participa en el coro y en un taller de poesía. A la segunda entrevista trae textos de su autoría: cuentos,

cartas, frases, y hasta un lenguaje propio denominado lenguaje *enoquiano*. Me comenta que la primera entrevista le dio la posibilidad de ver su vida en perspectiva, como en un tobogán, dice, que sube y baja de acuerdo a las distintas situaciones por las que vivió él y su familia:

me di cuenta de que, aunque no parezca, mi vida fue como un sube y baja, porque pasan un montón de cosas raras, que si yo te cuento sin que me conozcas, por ejemplo, queda como raro, porque es muy inconsistente en ciertas partes. Porque, ponele; mis padres están juntos, no sé qué, y se separan, eso es normal. Pero después mi padre se queda, se va, después vuelve, y parece raro...

Lucas dice que al hablar parece que estuviera inventando, y reflexiona sobre los eventos de su vida y la realidad actual, donde ya no hay juez que decida si ven al padre o no, sino que es una decisión de ellos. Comenta que, en estos días, luego de la primera entrevista, fue recordando muchas anécdotas con la abuela del corazón y comparte algunas de ellas.

Antonio

La entrevista se realiza en las instalaciones de la asociación civil que gestiona el centro juvenil donde se estableció el contacto con Antonio. Unas semanas atrás yo había concurrido a conversar con el grupo de adolescentes acerca de la investigación y, desde allí, la psicóloga se comunica para manifestarme el interés del adolescente en participar. Cumplió 16 años y vive a dos cuadras de allí, junto a dos hermanos y a su mamá. En este momento la señora tiene una pareja que pasa algunos días en la casa. Dice que, durante su vida, la familia no ha cambiado, más allá de que sus hermanos y él fueron creciendo, siempre se mantuvieron junto con la mamá, así, como cercanos a las tías y primos. Cuenta que hace un mes falleció una prima de seis años, de un paro cardíaco, aparentemente, quedando “todos devastados”. La familia vive una fuerte conmoción ante la noticia, siendo que la niña era sana y llevaba una vida normal. Por eso Antonio dice que le quedaron dudas sobre lo sucedido, pero que prefirió no preguntar por temor a la afectación que podían generar sus preguntas a la madre de la niña.

Menciona que su mamá tiene varios hermanos, tres hombres y una mujer fallecida, así como muchos primos y primas, entre las cuales se encontraba la niña.

Antonio tiene un hablar pausado y un poco triste y menciona como un hito en su vida el momento en que quiso conocer a su papá. Se lo comenta a su mamá, lo cual genera toda una serie de eventos y situaciones que aún hoy se mantienen y que le preocupan. En primer lugar, porque la mamá lo lleva con el padre, lo que no resulta una buena experiencia según él, dadas las diferentes costumbres y porque, además, su relación no era fluida y prácticamente no habían convivido. Dice que su mamá le recrimina la actitud de querer conocer al padre y que la señora lo sintió como un abandono de su parte. Sin embargo, en la entrevista, Antonio se explaya explicando que no era su deseo abandonar a la madre, sino conocer al padre. Se lamenta por la reacción de su mamá y siente que su padre “tampoco lo quería”, ya que no se pudo sostener la permanencia en la casa del padre con su nueva familia, constituida por otras hermanas menores.

Han vivido siempre en el mismo barrio, y se mudaron de casa a pocas cuadras una de la otra. Su mamá siempre ha trabajado muchas horas al día y por la noche también, en algunos momentos. Los padres están separados y él nunca preguntó cuándo fue la separación, pero tiene idea de que al poquito tiempo de nacer él, su padre se fue de la casa. Los encuentros con él fueron escasos durante su infancia, ya que el señor ponía excusas para ir a buscar a sus hijos. El hermano mayor ha sido su padre, dice Antonio, y también el de su hermano más chico y a pesar de haber existido peleas entre ellos, eso parece haber quedado en el pasado. En la casa han convivido con parejas de su mamá, y salvo la pareja actual, las experiencias no han sido buenas. Observaba de niño que su madre tenía discusiones y problemas con sus parejas, llegando incluso a tener problemas con él.

De su vida cotidiana cuenta que la señora es la encargada del trabajo doméstico, mientras que ellos ayudan con el aseo de los cuartos y demás tareas de limpieza y orden de la

casa. Impresiona que no hay mayores conflictos en ese sentido, dado que cada uno hace su parte en las tareas domésticas. Sin embargo, del corto tiempo en que vivió con su padre, comenta que el señor era muy estricto en cuanto a los hábitos y costumbres de comidas, desconociendo los gustos y preferencias del niño, además de tener menores recursos para la manutención. Sus recuerdos de infancia son de haber estado mucho tiempo solo, o acompañado por su hermano mayor, por ejemplo, para ir a la escuela, o cuando se enfermaba, era su hermano quien lo cuidaba, ya que su mamá trabajaba mucho. Comparte momentos, mates, charlas y música con sus primos y primas. Actualmente pasa muchas horas al día dentro de la casa, a diferencia de sus hermanos, aclara, y colabora con su madre haciendo los mandados que necesita. Dice que la pareja actual de su madre le cae bien, y que ha notado que su mamá se ríe mucho más de cuando estaba sola con los tres hijos.

Conoce y se mueve por el barrio, aunque no sabe el nombre de las calles, utilizando como referencias la escuela, unas palmeras, entre otros elementos. Se desplaza al liceo en dos líneas de ómnibus que combina, y ese es el recorrido que conoce. En el centro juvenil participa de espacios educativos, pero, en relación al liceo, dice que le resulta complicado el pasaje de año, aunque reconoce que le gusta la informática y que le va bien. Su hermano mayor está en cuarto año de liceo y trabaja en *McDonald's*, tomándolo como un ejemplo a seguir.

En la segunda entrevista retoma la molestia de su mamá frente al deseo de conocer al padre, y surge espontáneamente la pregunta acerca de cómo habría sido la relación de la madre con su abuelo o si convivieron, buscando una explicación al hecho de que la señora no fue “comprensible con él”. Sin embargo, Antonio repite varias veces a lo largo de las dos entrevistas que él no pregunta sobre algunos temas: sobre la separación de los padres, sobre la muerte de su prima, sobre la relación de su madre con los padres. Siente que sus preguntas podrían afectar a los demás, a su madre, a la madre de su prima, entre otros. Al finalizar, le

pregunto cómo se sintió en las entrevistas y dice que las preguntas llevaban a los diferentes temas, que se supone, que los psicólogos te ayudan con estas cosas, aunque a él le incomoda hablar con personas que no conoce sobre su vida. “Todo eso pasó en mi vida, todo lo que sé y lo que soy”, expresa casi de despedida, a lo cual le agradezco. Dice que conversar le sirvió “en formas de verlo, de mi madre y de mi padre”, y que quizás en algún momento le dé el “valor” para volver a conversar con su mamá sobre todo eso.

Dado que por algunos momentos en las entrevistas se lo vio angustiado a Antonio, a los días de finalizados los encuentros me comuniqué con la psicóloga del centro para preguntarle cómo lo veía y acerca de lo beneficioso que podía ser generar un espacio de acompañamiento personalizado para el adolescente.

Patricia

La entrevista con Patricia se realiza en la facultad, donde es acompañada por su tía. Cuenta que vive con su madre y que visita al padre un fin de semana por medio. Alterna también con las visitas a la tía. Los padres viven en barrios distantes y luego de la separación de ambos, a la edad de sus tres años, siempre ha visitado a su padre cada quince días. Sabe que vivió en muchos lugares previo a la separación, en un campo de su abuelo, en la casa de la abuela, donde actualmente vive su papá, y en un apartamento de su tía abuela, hasta llegar a Playa Pascual, donde sus padres alquilaron una casa que le parecía enorme a sus ojos de niña. Luego, cuando se separan, su mamá se va a la casa de los tíos, que viven en Montevideo, por un tiempo, hasta que logran alquilar otra casa, y luego se mudan a otra, donde viven en la actualidad. Durante todos estos años han ido a vivir a su casa otros tíos y tías por breves períodos, siendo que su familia materna es de un departamento alejado de la capital, cuando vienen a Montevideo, o cuando, por alguna razón tienen dificultades de vivienda, se reúnen todos en su casa.

Recuerda que siendo niña se aburría en las vacaciones en su casa y prefería ir a la casa del padre donde estaban sus primos también, o de paseo con la tía a diferentes lugares. El padre siempre ha vivido en la casa de la abuela y esto le permite disfrutar de los almuerzos y reuniones familiares allí.

Su mamá ha tenido varias parejas, pero nunca se han quedado a vivir con ellas, sin embargo, no ha conocido ninguna pareja de su papá, por lo que supone que no las ha tenido.

Patricia comenta que su mamá tiene muchos hermanos, muchísimos; cree que son siete en total y todos tienen varios hijos. Su papá tiene dos hermanos de la misma pareja parental, y otros dos hermanos que son de diferentes madres. Además, la abuela paterna tiene varios primos y eso agranda la familia, dice Patricia. No ha conocido a sus abuelos maternos y tampoco al abuelo paterno, ya que todos son fallecidos. Sin embargo, dice que su abuelo es la persona con quien la abuela estuvo casada durante muchos años, y que siempre se preocupaba y ayudaba económicamente a la mamá con cosas que precisaba para la escuela o el liceo. Por otra parte, sabe que su papá le pasa una pensión a la mamá, pero no sabe mucho más sobre este tema.

Sus dos padres han tenido diferentes trabajos; su papá trabajaba actualmente armando escenografías y su mamá siempre ha trabajado con limpiezas, como empleada de tienda, tirando el tarot. De pequeña, se quedaba luego de la escuela en la casa de sus tíos o con una señora que la cuidaba algunas horas. En quinto año ya comienza a ir y venir sola, así como a quedarse en la casa sola, además. Se comunica telefónicamente con su mamá en estas circunstancias, y comienza a reunirse con amigos en las plazas y también encontrándose en casas de amigos. Recuerda que a las fiestas y kermeses de la escuela iban su madre y su abuela paterna y, a veces, el padre. También que hacía dos cumpleaños, uno con su madre y amigos y otro en la casa de la abuela con familiares. Los padres se hablan para coordinar cuando la viene a buscar el padre, o cosas relacionadas con las visitas.

Sus amigos son figuras muy importantes y se han mantenido de la escuela al liceo, ya que están muy cerca y son del mismo barrio. Algunos también tienen a los padres separados, por ejemplo, una amiga vive con la madre, pero ve al papá muy poco. Otra que vive con los dos padres y el hermano, otra que vive con la madre y no quiere ver al papá. Otro amigo vive con la madre y no sabe dónde está el padre, y otro vive con los padres.

A ella le gusta ver al padre fin de semana por medio, porque le da la posibilidad de quedarse en su casa otros fines de semana, o aprovechar para ir a lo de su tía. Y en el día a día convive con su mamá. Comenta que hasta el momento de la entrevista no se había dado cuenta de que la madre resolvía la mayor parte de sus cosas en la infancia. Ahora se lleva mejor con el padre dice, porque a la madre la ve más seguido y los cambios de humor se notan más. Con el padre siente que comparte el gusto por el dibujo, que a ella le gusta mucho dibujar y su padre la deja que lo haga. Su mamá, por otra parte, le insiste con el orden en el cuarto, o es a quien le pide permiso para ver a sus amigos en la plaza. Patricia algunas veces se ha cocinado cuando su mamá llegaba tarde del trabajo y en la casa de la abuela paterna ha aprendido a cocinar.

En relación a sus gustos y preferencias, manifiesta que le gusta mucho el dibujo y que ha comenzado a realizarlo desde hace cinco años aproximadamente, que su madre guarda en una carpeta sus dibujos. No es que le guste la materia dibujo del liceo, a ella le gusta dibujar más libremente.

Cuando nos vemos en la segunda entrevista le muestro la entrevista desgrabada y pasa largo rato leyendo las veinte páginas. Se concentra y se abstrae en la lectura. Cuando termina le pregunto qué le pareció y me dice que no se acordaba de todo lo que habló. “Pensé que iba a estar más tímida, porque yo soy bastante tímida, pero no...”, expresa. Repasamos algunas de las cosas que conversamos, su acostumbramiento a las mudanzas con la madre, el ir y venir a la casa del padre los fines de semana, su gusto por vivir en el barrio donde vive, los amigos

cerca, el almacén, la escuela y el liceo cerca también. La estabilidad de la casa de su abuela paterna y de su tía materna, la cantidad de primos por parte de las dos familias que le dan idea de una familia gigante. Porque, sobre todo, considera que su familia son las personas con quienes se crió, y hay amigas que para ella son como hermanas, así como su abuelo que no es de sangre. Conversamos al final de sus dibujos, de cómo son, de cómo los va creando y quiere mostrarme algunos, pero se le apaga el celular.

Camila

Cumplió 15 años el año pasado y la entrevista se realiza en la casa de un amigo de ella, que es hijo de una prima mía. Camila manifiesta interés y luego de conversar con su mamá sobre la investigación, la llamo y acepta conversar sobre su familia. Dice que vive con su mamá y su hermano y que el padre los visita en la casa. El diálogo con Camila por momentos es entrecortado, o será que las entrevistas anteriores habían sido de una conversación fluida (me pregunto). En este caso, la adolescente va respondiendo a las preguntas en forma sucinta y muchas veces cerrando la posibilidad de seguir profundizando en algunos tópicos. Dice que desde que tiene recuerdos sus padres son separados y que nunca ha preguntado al respecto de cómo fue la separación. Su papá siempre la ha visitado y la lleva a hacer mandados, a comprar cosas que necesita, a los cumpleaños. Por su parte, la mamá es quien la lleva al colegio todos los días y también a las consultas médicas. Pasa muchas horas en el colegio donde tiene amigos desde preescolar, y aunque ha vivido en barrios distantes, ha cursado siempre allí. Sus padres vivían juntos en un barrio cercano al colegio y, al separarse, su mamá se mudó al mismo barrio del centro educativo. Luego se mudaron en dos oportunidades más. La madre siempre ha sido quien ha tomado las decisiones al respecto de las casas y mudanzas, y su papá se ha mantenido en el mismo apartamento viviendo solo. La mamá ha tenido otras parejas, pero nunca han convivido con ella y su hermano, por lo que no los considera de la familia. Sobre su papá dice que no ha conocido pareja alguna. Le pregunto

cómo es esto de que no vaya a la casa de su papá y ella comenta que siempre ha sido así y que nunca ha preguntado al respecto, como tampoco acerca del arreglo entre sus padres en relación a las visitas, o el tema de cómo resolvieron los aspectos económicos. Dice que prefiere no hablar de temas económicos porque es asunto de los padres. Comenta que vive en el colegio y que a la salida algunas veces se reúnen con amigos en las casas o que van a comer al centro del barrio. Tiene una posible salida al exterior con un grupo de su generación, pero comenta que no se siente cómoda fuera de su casa y en lugares desconocidos. Ella vive con su mamá y su hermano, y tienen una convivencia armónica, en la que ella colabora en las tareas domésticas con su mamá, quien organiza la preparación de la comida, lava los platos, ordena la casa, etc. Tiene como proyecto ser abogada y se inspira en una serie donde la protagonista es abogada, además de que le gusta mirar series y películas donde cuentan historias que tienen que ver con las leyes y la abogacía. Por su parte, el papá es profesional y la mamá tiene una empresa distribuidora, que es continuación de una empresa familiar del abuelo. Patricia dice que no tiene primos y que tampoco tienen mucha relación con otros integrantes de la familia materna o paterna. Los abuelos maternos son viejos y no se frecuentan, así como una tía que vive con ellos y es soltera. La madre tiene amigas y una pareja, y su papá tiene un amigo que tiene hijos chicos y a quienes conoce. Sin embargo, Patricia dice que su hermano comparte muchas más cosas con su papá por ser varón, por ejemplo, el ir al fútbol, pero que tampoco va a la casa del padre. Se lleva bien con su mamá, aunque se pelean bastante y lo atribuye a sus cambios de humor.

Comenta que conoce situaciones familiares distintas, amigos que viven con los abuelos, otra que vive con el padre y un hermano, otra que vive con la madre y un hermano. Que ella no ha preguntado acerca de ninguno de los motivos por los que ha llegado a estas circunstancias y que lo ve como algo natural sin importarles los motivos. Asimismo, reconoce que hay una interna en las familias que no son asuntos suyos.

La entrevista con Camila dura aproximadamente una hora y se desarrolla en un clima donde, como decía al principio, la adolescente respondió entrecortadamente. Sin embargo, se había mostrado afín a la entrevista y en el diálogo telefónico con su mamá el único inconveniente que plantea es la imposibilidad de la hija para trasladarse. Por lo cual sugiere la posibilidad de que la entrevista sea realizada en la casa de su amigo, quien es mi familiar.

Al comunicarme a los quince días para concretar el segundo encuentro Camila plantea dificultades de distinto tipo, estar muy ocupada con el estudio y luego de esto cuando vuelvo a comunicarme me plantea que viene una semana de vacaciones. Ya habiendo pasado más de un mes de la primera entrevista vuelvo a comunicarme con Camila quien vuelve a plantear evasivas para concretar el segundo encuentro. A lo cual le comento que es opcional, que ella puede comunicarse cuando sienta que tiene ganas de volver a conversar, cosa que finalmente nunca realiza.

Sofía

Sofía tiene 15 años y vive en un barrio de la periferia de Montevideo. El contacto para la investigación lo proveyó un colega que trabaja en el Centro Juvenil al que concurre Sofía por la tarde. Además, está realizando su formación en educación formal por las mañanas, a través de un sistema de UTU. Cursa segundo año y planifica continuar sus estudios.

La concreción de la entrevista llevó más tiempo comparado al resto de los adolescentes ya que su madre insistió para que fuera a su domicilio, manifestando interés en recibir asistencia social. Fue preciso clarificar los objetivos de la entrevista, pero, aun así, la insistencia se mantenía, ¿cuál era la demanda? me pregunté. Conversamos con el equipo del centro juvenil a propósito de esto, quien nos sugirió recibir a la mamá en el espacio del centro. Hecha la propuesta y confirmado el encuentro, me hago presente en el centro, pero no concurren ni se comunican espontáneamente. La educadora referente de la adolescente me plantea el interés de Sofía por concretar la entrevista, e insiste en lo beneficioso que podría

resultar para ella concretar el encuentro. Asimismo, comparte dificultades de relacionamiento entre madre e hija. Luego de esta situación decidimos, junto al equipo del centro, que la coordinación de las entrevistas se realice a través de la educadora referente, obteniendo buenos resultados.

En los encuentros con Sofía, se muestra a gusto y contenta en los dos. Cuenta que vive con su madre y cuatro hermanos, tres mujeres y un varón. Salvo ella y la hermana que le sigue en edad, el resto de sus hermanos son hijos de diferentes padres. En principio dice que no tiene claro quiénes son los otros padres, pero luego deja entrever que uno podría ser una pareja de su madre con quien convivieron durante varios años. Por otra parte, en la segunda entrevista comenta que su madre se casó la semana anterior, y que este podría ser el padre de la hija menor, pero que no tiene certeza.

Se ha mudado varias veces de casa y de localidad. Dice que a sus doce años ocurrió “un problema” del cual, inicialmente, no da mayores explicaciones, pero que denota su importancia en la actualidad. En ese momento tanto ella como sus hermanos, se van junto a su madre a vivir fuera de Montevideo (Ciudad del Plata). La chica relata que, en ese lugar, ocurre *otro* problema, llevando a la madre a cumplir prisión domiciliaria. En ese momento regresan al barrio actual, donde su madre tiene a la familia de origen. Le cuesta establecer una línea temporal cronológica para precisar los años o el tiempo en que se fueron dando los acontecimientos, es *mucho* o *poco* según el tamiz subjetivo de la adolescente, haciendo que la experiencia temporal sea confusa.

Sobre la relación de sus padres, comenta que se separaron en sus primeros años de vida, quedando al cuidado de la madre y perdiendo contacto con el padre. Sin embargo, hay un momento en que la niña pasa a vivir con el padre por orden judicial, que se suscita a partir de la denuncia de Sofía hacia la pareja de su mamá. En relación a ese momento que le tocó vivir, la chica describe el clima de violencia doméstica reinante y el sustento familiar dado

por la venta de drogas, ambas situaciones que se extendieron por un tiempo importante a lo largo de su vida. Hace dos años que este señor es detenido (cuando ella tenía 13 años, aproximadamente) y también su madre a quien se le dictamina prisión domiciliaria. Es allí cuando vuelven a Montevideo y al barrio donde residen actualmente.

No recuerda mucho del período de convivencia con su padre, describiendo condiciones de precariedad dadas por el empleo y la vivienda. Frente a la imposibilidad de sostener esta situación, Sofía vuelve con su madre aun cuando se mantienen las circunstancias adversas que había denunciado. Aparentemente, luego de un tiempo detienen y encarcelan a este señor lo que permitió que su vida, la de su madre y hermanas cambiara positivamente, según sus palabras.

Actualmente viven en la casa de un tío que está preso, al igual que otros tíos maternos que también están presos.

Tiene novio y está contenta con su relación, lo conoció en el barrio en un momento en que es apuñalado por un incidente del cual no da mayor información. En ese momento ella lo acompañó y cuidó en toda la atención de salud, lo que, si bien no era del agrado de la madre, la señora termina aceptando.

Un aspecto que llama la atención es la relación que Sofía mantiene con su mamá, ya que en más de una oportunidad manifiesta querer ayudarla, ya sea en el cuidado de sus hermanos como con el ingreso económico del hogar. Su mamá, que antes era obligada por el padrastro a vender drogas, en este momento hace feria y no tiene una fuente laboral estable, así como tampoco un ingreso económico más allá de las ayudas del Estado. Frecuenta una iglesia donde encuentra apoyos de distintos tipos, ya sea de orden material, como en relación a la vinculación social, conociendo allí a la persona con quien se casa en el período entre una entrevista y la siguiente. Durante las entrevistas, Sofía mantiene una postura de apoyo y ayuda hacia su madre, quien impresiona en una posición de vulnerabilidad frente a la adolescente.

Lo que resulta muy llamativo es que durante el periodo entre una entrevista y otra se produce una fuerte discusión y pelea entre ambas, llegando Sofía con marcas de golpes al centro juvenil. Sin embargo, esta información que nos aporta el equipo no es compartida en la segunda entrevista. Por el contrario, su mamá siempre aparece fragilizada en su discurso y, al mismo tiempo, se silencian los elementos de control y violencia entre ambas.

Acerca de las entrevistas

Se realizaron seis historias de vida y dos entrevistas por cada una de las historias salvo, como veíamos en el caso de Camila, con quien no se concretó el segundo encuentro. Estas entrevistas fueron grabadas y luego transcritas. El tiempo entre el primer y segundo encuentro fue, promedialmente, de quince días entre una y otra instancia. Si bien se les planteó que podían incluir documentos que consideraran relevantes a los efectos del tema de investigación, no se incorporaron otros materiales. Las entrevistas se realizaron siguiendo la perspectiva del método cartográfico, orientadas por un *ethos* cartográfico como orientador (Tedesco, Sade, Vieira, 2013), sin pautas preestablecidas para la conversación, sino llaves de apertura a la experiencia de la entrevista. Esto es a sabiendas de que no solo se intercambia información de contenidos y de representaciones vividas por los adolescentes, sino que en los encuentros va coemergiendo un plano en común, donde la escucha se amplió para considerar las pausas, las intensidades, las repeticiones, los afectos en la tonalidad de la voz, que indicaban la experiencia, en el decir de los adolescentes.

Siguiendo el manejo cartográfico de la entrevista y su carácter de intervención, optamos por compartir la información obtenida en la primera entrevista con los adolescentes, ofreciendo el texto escrito para su lectura al comienzo del segundo encuentro. Compartir la transcripción de las entrevistas se constituyó en un momento privilegiado para que los adolescentes se reencontraran con sus palabras, revisitaran sus historias y comentaran sobre los efectos de las primeras entrevistas; cosas en que se habían quedado pensando, que querían

agregar o enfatizar. Aquí dejamos hablar a los adolescentes y esperamos el momento propicio para intervenir, si lo veíamos necesario, y en el sentido de potenciar la experiencia del decir, más que de obtener información.

Para la realización de las entrevistas se ofreció el espacio de Facultad de Psicología, siendo utilizado para tres encuentros, en dos casos el adolescente concurreó solo y en una tercera historia la adolescente fue acompañada hasta facultad. Las demás historias se realizaron en los locales brindados por los servicios socioeducativos que oficiaron de nexo con las adolescentes y, en un caso, en la casa de un amigo que había sido el contacto para la entrevista.

La duración de la primera entrevista fue entre una hora y una hora y media. En todos los casos las segundas entrevistas fueron más breves, no llegando a la hora de duración.

Se elaboró una ficha individual con datos sociodemográficos básicos que contemplaron barrio de residencia, nivel educativo y ocupación de madre y padre.

¿Cómo y cuándo analizamos?

“Analisar é, assim, um procedimento de multiplicacao de sentidos e inaugurador de novos problemas” (Renault de Barros, L., Barros de Barros, M., 2013, p.375)⁸

El análisis comenzó en el encuentro con los adolescentes, los sujetos de la investigación. La validez interna del estudio está dada por la emergencia del sentido, a partir del decir de los participantes, acompañada de una revisión de los saberes producidos por otros investigadores. La discusión en torno al sentido que tiene el *dato* para la cartografía es relevante en este punto para esclarecer, una vez más, qué se analiza en la cartografía. La experiencia con los sujetos de investigación es clave en tanto el procedimiento analítico se produce en la relación y, al decir de Renault de Barros y Barros de Barros (2013) *“o metodo*

⁸ “Analisar es así, un procedimiento de multiplicación de sentidos e inaugurador de nuevos problemas” (Traducción: Cecilia Marotta)

analítico consiste, entao, em dar visibilidade as relacoes que constituem uma dada realidade, na qual o pesquisador se encontra enredad” (p.376).

Hay otra validez que es revisada en los estudios, donde se problematiza el lugar del sujeto en tanto posibilidad de generalizar, es decir, si se puede trasladar a contextos similares. En otros términos, allí se habla de un saber que se construye en el caso. Si tomamos cada una de las historias de vida como casos, coincidiremos en que estos son “existencia singular, habilitante de la producción de novedad en el terreno de pensamiento y la construcción de saber” (Hounie, 2012, p. 25). En la investigación que nos ocupa, no hablamos de casos al modo de los que ofrece la clínica, pero sí se retoma la idea que sostiene un pensamiento clínico donde los relatos de vida de los participantes se tornan narrativas que juegan al límite de lo que se dice *sin decir*. Por esa razón, optamos por presentar en el análisis una sección que toma en cuenta esta construcción singular de cada uno de los entrevistados, donde sostener la paradoja de un decir, diría Hounie (2012), imposible de decir. (p. 27)

Desatar el pensamiento en este sentido, tiene al menos dos consecuencias: la primera, el múltiple desdoblamiento de la subjetividad concernida en el acto de escritura que habilita a la reinvención de las historias y nuevos modos de pensar, la segunda, la recreación singular de la existencia de quien por ese acto se sabe habitante de un mundo en el que se ha involucrado sino por su propio deseo. (Hounie, 2012, p. 31)

En este sentido, la entrega de la transcripción de las entrevistas a los adolescentes y la posibilidad de un otro decir, estuvo orientada por el método cartográfico y la intencionalidad de generar un espacio de encuentro con los entrevistados que permitió acompañar los movimientos que ellos quisieran dar, enfatizando algún aspecto, aclarando otros. Renault de Barros y Barros de Barros (2013) expresan que el análisis tiene una dimensión clínica-política en tanto posibilita un reposicionamiento subjetivo, en este caso, de los adolescentes y de la propia investigadora. Desde el lugar asumido, traté de suspender mi punto de vista como

observadora (Passos, Eirado, 2009) y que ellos participaran en la composición del análisis de sus historias, así como de la construcción de los problemas para el análisis.

Al finalizar las segundas entrevistas, el primer tratamiento hecho fue leerlas y releerlas luego de su desgrabación. Luego volví a escuchar los audios buscando aquellas inflexiones o gestos y matices de la voz. Tomando las experiencias de las entrevistas, realicé una primera escritura a modo de edición de las historias de vida, donde emergieron analizadores que iban descolocando el problema de investigación inicial centrado en la monoparentalidad. Como lo hemos visto en los capítulos anteriores, el análisis me fue permitiendo develar el objeto que aparece como dado y con carácter de evidencia, para acceder a la singularidad de los procesos.

También se utilizaron las técnicas del análisis de contenido categorial, que fue utilizado para la etapa de ordenamiento y sistematización del material de las entrevistas. Aquí, los objetivos de la investigación fueron la guía para identificar códigos y subcódigos que permitieron su procesamiento a través del software Atlas ti. Se realizó un uso básico del software en cuanto permitió agrupar citas y códigos, facilitando de este modo el manejo del material producido en las historias de vida.

De acuerdo a la metodología escogida, más que inscribir el análisis en un a priori teórico, realizamos una lectura del material empírico que permitió el diálogo teórico entre las referencias previas y las emergentes. En este sentido, más que colecta de datos, se resuena con la idea de *cosecha de datos* (Kastrup, 2009), en tanto supone un trabajo laborioso que comienza desde el inicio de la investigación. Transcurre por la selección y búsqueda de participantes, en las formas de contacto con los adolescentes, a través de las primeras comunicaciones con sus madres o referentes, la sucesión de encuentros. La palabra cosecha se utiliza en la agricultura para referirse al “Conjunto de frutos, generalmente de un cultivo, que se recogen de la tierra al llegar a la sazón; como de trigo, cebada, uva, aceituna, etc.”

(Diccionario Real Academia Española). También se refiere al tiempo de actividad o a la ocupación de cosechar por parte del horticultor que, antes, preparó, sembró, alimentó y cuidó la tierra antes. Aquí utilizo la misma idea de producción del dato cualitativo desde el comienzo de la investigación, pero, en especial, el análisis produce datos que tienen el sentido de la cosecha y la puesta en circulación en la comunidad académica.

El enfoque cartográfico marca un camino de interpretación que tiene sus implícitos epistemológicos y sus modos de hacer específicos. Desde esta perspectiva, toda investigación es intervención (Passos y Benevides de Barros, 2009), por lo cual se fue considerando en la producción del dato cualitativo: *“os efeitos do processo do pesquisar sobre o objeto da pesquisa, o pesquisador e seus resultados”* (p.17).

A cartografia como método de pesquisa é o traçado desse plano da experiência, acompanhando os efeitos (sobre o objeto, o pesquisador e a produção do conhecimento) do próprio percurso da investigação. Considerando que objeto, sujeito e conhecimento são efeitos coemergentes do processo de pesquisar, não se pode orientar a pesquisa pelo que se suporia saber de antemão acerca da realidade: o know what da pesquisa (Passos y Benevides de Barros, 2009, p.18)

A lo largo de las entrevistas y de las sucesivas lecturas fueron emergiendo analizadores que, por su recurrencia, regularidad y interrupciones en el decir de los entrevistados, iban produciendo el análisis del material y mapeando un plano de composición. Dice Lourau en su obra *El análisis institucional* (1994) que se denominará analizador “a lo que permite revelar la estructura de la institución, provocarla, obligarla a hablar” (p.282). El analizador funciona como provocador institucional y como articulador de sentidos diversos, siendo un concepto bisagra que nos permite un itinerario de investigación procesual. Entre los primeros analizadores identificados en la lectura de las entrevistas encontré: la recurrencia de nominar familia a las personas con quienes conviven y los lazos de afecto como

organizadores de las ficciones de familias; los tránsitos de los adolescentes por diferentes hogares; el despliegue de prácticas de cuidados hacia niños, niñas y adolescentes, llevadas adelante por diferentes actores y en diferentes espacios extrafamiliares; la organización del trabajo doméstico en los hogares; los procesos de autonomía de los adolescentes; la presencia-ausencia del progenitor no conviviente en los relatos. Estos analizadores fueron transversalizando el campo al mismo tiempo en que se iban editando las historias de vida. Permitieron entrever la singularidad de cada historia, los puntos de conexión y coincidencias entre ellas y también los de divergencias.

Por otra parte, y como resultado del uso de las técnicas del análisis de contenido, se confeccionó un listado de códigos y subcódigos que daban cuenta de distintos temas, así como sus correspondientes citas:

A. Modos y sentidos de los lazos familiares.

A.1. ¿qué es lo que hace *familia*?

A.1.1. Corresidencia.

A.1.2. Lazo consanguíneo.

A.1.3. Familia del corazón.

A.1.4. Asignación de atributos: unión, comunicación, alegría, afectos, ayuda mutua, permanencia.

A.2. Configuraciones familiares.

A.2.1. Familia - grupo.

A.2.2. Familia -red (extensa, ampliada).

A.3. Pareja conyugal/pareja parental: cambios y permanencias.

A.4. Presencias y ausencias del padre.

B. Tránsitos de hijos de padres separados.

B.1. Continuidades y cambios a lo largo de la vida del adolescente.

B.1.1. Separación parental como ruta de entrada para la monoparentalidad.

B.1.2. Hitos significativos referidos por los adolescentes.

B.1.3. Movilidad residencial.

B.1.4. Trayectoria educativa.

B.2. Dinámicas cotidianas de circulación.

B.2.1. Organización de tiempos y espacios (la casa de la madre, la casa del padre).

B.2.2. Espacios de socialización.

C. Dispositivo de la parentalidad.

C.1. Escenarios/redes de cuidado.

C.1.1. Adultos significativos a cargo de los cuidados.

C.1.2. Instituciones.

C.1.3. Estado.

C.1.4. Mercado.

C.1.5. Comunidad: el barrio.

D. Interseccionalidad.

D.1. En clave de género.

D.1.1. Orden sexual atribuido a las tareas de cuidado.

D.1.2. Organización del trabajo doméstico.

D.1.3. Representaciones de género en el grupo familiar.

D.2. En clave de generaciones.

D.2.1. Construirse una historia.

D.2.2. Procesos de autonomía.

Secuencias de composición

Los diferentes momentos y movimientos de la estrategia cartográfica de análisis fueron abriendo paso a problemas de diferente orden. ¿Cuáles son las relaciones entre estos

temas, códigos y subcódigos, con los analizadores? Si bien algunos de ellos, como el tránsito concretamente, emergieron en el comienzo del campo, y los fuimos reconociendo por su poder de desestabilización, otros aún estaban por venir. La sistematización del material a través del análisis de contenido nos permitió lidiar con un volumen importante de material aportado por los entrevistados. Asimismo, hicieron que estos temas y códigos fueran reagrupándose en torno a los nuevos analizadores: las parentalidades y las prácticas de cuidados. Esta etapa se convirtió en un acontecimiento donde primó el desafío metodológico de articular herramientas de distinto orden y procedencias. Al decir de Rolnik (1989):

Por isso o cartógrafo serve-se de fontes as mais variadas, incluindo fontes não só escritas e nem só teóricas. Seus operadores conceituais podem surgir tanto de um filme quanto de uma conversa ou de um tratado de filosofia. O cartógrafo é um verdadeiro antropófago: vive de expropriar, se apropriar, devorar e desovar, transvalorado. Está sempre buscando elementos/alimentos para compor suas cartografias. Este é o critério de suas escolhas: descobrir que matérias de expressão, misturadas a quais outras, que composições de linguagem favorecem a passagem das intensidades que percorrem seu corpo no encontro com os corpos que pretende entender. (p. 65)

De este modo fueron considerados diferentes estímulos que, parafraseando a la misma autora, oficiaron de operadores conceptuales y se articularon con el discurso de los adolescentes en un régimen de afecciones e intensidades. Tanto el análisis de la implicación (Lourau, 1991) como los conceptos de objetividad y reflexividad fuerte, propuestos por Harding (1991, 2015), fueron piezas claves en esta etapa.

Ficciones y sentidos de familias, tránsitos adolescentes, parentalidades y prácticas de cuidados fueron construyéndose como analizadores que favorecieron el pasaje de intensidades, descolocando los temas estudiados y resignificando el campo de investigación.

Manero (2015) recapitula el tratamiento que hace Guattari sobre el concepto de analizador, acentuando cómo tiene la posibilidad de crear o producir un análisis de la situación:

No se puede analizar sin intervenir. La descolocación y deslocalización del sujeto analizador no solo refieren a una manera de mirar al mundo, de entenderlo, sino también a una forma de estar en él, de transformarlo. El analizador solo se puede constituir en la acción. (Manero, 2015, p. 16)

¿Cómo presentar el análisis?

El momento de la escritura, dice Kathy Araujo (2014), es la última fase del análisis, luego de la multiplicación analítica que ofrece el enfrentarse al material empírico. Y se pregunta: “¿Cómo presentar lo encontrado? ¿Qué definir como el hilo conductor argumentativo? ¿Cuál es el tono y el estilo a privilegiar? ¿Cuánto y cómo mostrar el material?” (p.71).

Opté por una enunciación en tres capítulos que retoman los analizadores: ficciones de familias; familias, cuidados y parentalidades; y, por último, tránsitos luego de la separación parental. Esta composición en tres planos pone en evidencia elementos que componen lo familiar como acontecimiento. La combinación de las técnicas de análisis descritas permitió agrupar lo semejante y articular las diferencias en una totalidad abierta y caracterizada por la provisionalidad. La idea es mostrar un mapa en movimiento que se aproxime a la experiencia relatada por los adolescentes y a la escucha que la investigadora realizó, a partir de sus historias de vida. ¿Cuáles son los elementos que se actualizan en el discurso de los adolescentes y que conforman los planos de la producción de lo familiar? De esto intenta dar cuenta el análisis presentado.

Cabe recordar que, parafraseando a Alicia Stolkiner (2004), el método de análisis para investigar las familias y sus transformaciones requiere de una multirreferencialidad teórica, buscando articular diferentes dimensiones: macro, meso y micro sociales de análisis para

comprender la producción subjetiva. A partir de una heterogénesis del marco conceptual, parafraseando a Rolnik (1989), iré articulando los materiales de campo con los aportes teóricos de otros investigadores que han incursionado en los temas aquí desarrollados.

CAPÍTULO 3.

Ficciones y sentidos de familia.

La Real Academia Española define a la ficción como acción y efecto de fingir, como sinónimo de invención y para referirse a las obras literarias o cinematográficas que tratan de sucesos y personajes imaginarios. En este apartado llamé ficciones de familia a los relatos que los adolescentes hacen de sus familias, discursos cargados de sentidos y que se sostienen en entramados imaginarios y simbólicos.

Bourdieu (1997) utiliza el término *ficciones de familia* para resaltar cómo la ficción construye la realidad que dice describir. Conforme a este planteo, la ficción como acto de nominación es una operación social a través de la cual se realiza una construcción social, que, por otra parte, resulta eficaz a la hora de construir sentidos. Siguiendo al autor, las ficciones se realizan de acuerdo a “una especie de ideología política que designa una configuración valorada de relaciones sociales” (Bourdieu, p. 127) que, en el caso de las familias, se refiere, por ejemplo, a la ilusión de la naturalidad y universalidad de la familia como base de cualquier sociedad humana. Quienes investigamos e intervenimos con familias recibimos como herencias las ideas vinculadas a la institución matrimonial como fundante y sostén, el parentesco biológico, el lugar de la mujer en tanto esposa y madre, entre otros.

La separación o el divorcio de parejas con hijos dependientes se observa desde hace ya varias décadas, pero las experiencias y el modo en que los adolescentes las viven y transitan ha sido escasamente analizado. Por eso, abordar viejas cuestiones desde miradas nuevas y con nuevas metodologías, puede arrojar nuevos resultados. La elección por el punto de vista de los adolescentes está sostenida, justamente, en esa posición, en tanto los adolescentes son un

grupo con menores privilegios y escasa presencia en las investigaciones sobre este asunto. En esta ideología política de la que hablaba Bourdieu (1997), podemos decir que los adolescentes están situados en los márgenes y, por eso mismo, al decir de Biglia (2014) tienen una posición epistémica privilegiada.

¿Cómo viven estos cambios y cómo los significan? En esa confrontación generacional que el adolescente realiza, tienen un repertorio de mejores recursos para aventurar nuevos modos de codificación de los vínculos; en el sistema sexo-género, en el tipo de sensibilidad y modos de relación con los otros. Por eso me interesé en conocer las ficciones que los adolescentes realizan, como modo de captar sus versiones, en tanto tentativas de singularización que no siempre logran visibilizarse por el *todo social*. Guattari (2006) dice: “Es preciso que cada uno se afirme en la posición singular que ocupa, que la haga vivir, que la articule con otros procesos de singularización y que se resista a todas las tentativas de nivelación de la subjetividad...” (p.65).

He aquí una paradoja de la que el mismo Bourdieu (1997) advierte: ⁹

este principio de construcción ha sido socialmente construido, y que es común a todos los agentes que han sido socializados de determinada manera. Dicho de otro modo, es un principio de visión y división común, un *nomo* que todos tenemos en el espíritu, porque nos ha sido inculcado a través de un trabajo de socialización operado en un universo que estaba, en sí mismo, organizado según la división en familias. (p.138)

Sostiene Bourdieu (1997) que el campo de las familias es un campo extendido, reconocido y naturalizado en tanto diferentes agentes y discursos hacen su trabajo de producción. Aludiendo a su forma de entender el espacio social como

⁹ A sabiendas de que Bourdieu y Guattari tiene procedencias distintas, enfatizamos aquí su crítica coincidente a la visión cartesiana del sujeto y a una racionalidad científica objetivista y positivista.

un campo de fuerzas, cuya necesidad se impone a los agentes que se han adentrado en él, y como un campo de luchas dentro del cual los agentes se enfrentan, con medios y fines diferenciados según su posición en la estructura del campo de fuerzas, contribuyendo de este modo a conservar o a transformar su estructura. (p. 49)

Se verá a continuación cómo los adolescentes ficcionan a sus familias, cuáles son los sentidos que le atribuyen, a quiénes integran en ellas, y de acuerdo a qué criterios. La palabra de los adolescentes muestra cómo el primer organizador conceptual al que aluden es la convivencia y seguidamente aparecen los lazos afectivos, que problematizan la sangre como elemento principal de cohesión e identificación familiar. Durante el proceso de análisis emergió la categoría de unidad doméstica, que no fue contemplada inicialmente en los objetivos de la investigación, y que cobró relevancia a partir de las entrevistas con los adolescentes y sus definiciones de familia, así como a la relevancia de los asuntos domésticos y a la organización del cotidiano.

3.1 Lugares y espacios de lo familiar: casa y convivencia

La entrevista comenzaba con una pregunta abierta donde les pedía que me contaran sobre sus familias. En la mayoría de las respuestas, los adolescentes respondieron haciendo referencia a las personas con quienes viven. Dado el perfil de los sujetos que se procuró entrevistar, en la totalidad de las situaciones viven con sus madres como adulto referente, conformando hogares monoparentales. Salvo en uno de estos hogares donde la adolescente es hija única, todos tienen hermanos por lo cual, además de vivir con sus madres, los adolescentes viven con sus hermanos y, ocasionalmente o en diferentes momentos de sus vidas, también con parejas de sus madres.

Yo vivo con mi madre y mi hermano...y mi padre nos visita... a veces, y ta. (Camila)

O en palabras de Patricia que dice:

Bueno, yo vivo con mi madre y un fin de semana de por medio voy a ver a mi padre,

que vive con mi abuela; y después, otro fin de semana, voy a ver a mi tía o me quedo en mi casa.

Advierto que en las situaciones donde mantienen contacto frecuente con sus padres lo incluyeron de diferentes maneras, pero cuando no tienen contacto, la referencia al padre no surge espontáneamente. Solamente uno de los entrevistados menciona a su padre y a su madre en primera instancia y es la situación donde el padre está presente casi del mismo modo que la madre. En el resto de las situaciones, los contactos y el intercambio afectivo con el padre aparecen de modo secundario o no existen.

En todos los relatos la casa es el lugar de la convivencia y en donde se desarrollan las relaciones familiares. En la respuesta de Camila se pone de manifiesto cómo la relación familiar con su padre se construye a partir de las visitas realizadas en el espacio del hogar materno. Es decir que la relación familiar con él, está mediada o facilitada por las condiciones que provee el lugar de la vivienda donde convive con su madre. Llama la atención cómo se refiere a estos encuentros con su papá, siendo, además, la única situación de todos los adolescentes entrevistados donde el padre ve a sus hijos en el hogar materno. Sin embargo, en el transcurso del diálogo se ponen en evidencia otros encuentros con el padre: momentos en que la lleva o la trae de los cumpleaños de quince, o cuando necesita algún material para el colegio. Aquí hay una modalidad de relacionamiento familiar donde los encuentros son puntuales y con metas u objetivos predefinidos. Es interesante, además, destacar que esta forma de relacionamiento surge por una práctica naturalizada a través de los años, pero que no tendría un sustento jurídico, por ejemplo, en relación al régimen de guarda o visitas. Por otra parte, Camila no dice acerca de cómo era la relación con su papá antes de la separación, por lo que no contamos con esa información.

También en la respuesta de Patricia: “yo vivo con mi madre”, aparece la referencia de *mi casa* y otras casas de fines de semana, entre las cuales se encuentran la casa de su padre y su abuela o la de la tía.

Conforme a que se alude a la convivencia en un *continuum* con la idea de casa y familia, nos preguntamos: ¿cuáles son los aspectos de *la casa* que los vinculan con los sentidos de familia? Por un lado, decíamos que mencionan la convivencia y, por otro lado, observamos la asociación que establecen entre la idea de *casa* como imagen asociada a familia. En este sentido, es coincidente con la investigación de Backman (2013), realizada con niños en Río de Janeiro donde se indagaron las concepciones de familia en niños y niñas, encontrándose esta relación entre casa y familia. Entre sus hallazgos se afirma un más allá de la materialidad física de la vivienda, donde la casa evoca ideas de protección y abrigo (Castro, 2004 citado en Backman), siendo el lugar donde habita el mundo familiar más allá de conflictos y tensiones. La casa aparece como territorio marcante y significativo para la construcción de la idea de familia, siendo, además, pieza clave de la modernidad para construir la identidad. De hecho, en el pasaje a la modernidad es cuando se acuña la idea de dominio público - dominio doméstico (Yanagisako y Collier, 1994), quedando la familia asociada a este último, con asiento en la casa y en un conjunto de significaciones que —como veíamos en capítulos anteriores— exaltan la vida privada a partir de la instauración de determinadas desigualdades en su seno.

Por su parte, también Lucas expresa con claridad cómo la convivencia es el elemento que prima para conformar su idea de familia, poniendo de manifiesto la diferencia entre convivencia y consanguinidad. Asimismo, la referencia a otros familiares con quienes mantiene un lazo biológico nos lleva a pensar que, si bien la consanguinidad no aparece en la descripción inmediata de familia, sí es un determinante en relación a qué entiende por familia. Así se expresa:

Por un lado, está mamá, Marcela (hermana) y yo... es que solemos ser nosotros tres siempre, porque a pesar de que está el hermano de mi madre, no lo vemos mucho; y de qué está mi tía por parte de padre, la vemos muy de vez en cuando, que llamamos y decimos si podemos ir y vamos. Pero siempre solemos estar los tres y, en lo posible, siempre es estar unidos para seguir adelante.

A partir de las respuestas de los adolescentes advierto que la idea de familia está asociada a la casa en tanto materialidad física, pero fundamentalmente para hacer referencia al espacio de la convivencia como práctica de vida cotidiana en común. Encuentro que la convivencia, dada por la coresidencia, y la cotidianidad como práctica de los quehaceres diarios, son los elementos asociados —en primera instancia— con la idea de familia que aportan los entrevistados. Y salvo en el caso de Pedro, que veremos más adelante, todos los adolescentes mencionan en primer lugar las casas donde moran con sus madres.

Las diferencias entre lugar y espacio que propone De Certeau (2000) en la invención de lo cotidiano, nos permite inteligir cómo las respuestas de los adolescentes se expresan. Un lugar es un orden, dice De Certeau (2000), según el cual se establecen relaciones de coexistencia entre elementos que ocupan un único lugar, que le es propio a cada elemento y que establece una *configuración instantánea de posiciones* estables. A diferencia del lugar, el espacio es inestable y está animado por el movimiento; son móviles que se entrecruzan, tomándose en cuenta vectores de dirección, cantidades de velocidad y la variable tiempo. En suma, dice que el espacio es el lugar practicado. ¿Qué aportan sus reflexiones al respecto de nuestro estudio? Parafraseando a De Certeau (2000), los lugares en las familias estarían dados y matizados por el árbol genealógico. En esta suerte de representación de la familia, el parentesco dado por la consanguinidad sería el marcador principal para nombrar lugares en las familias. Posiciones y lugares que son atribuidos y adjudicados en las familias y que no permitirían el movimiento ni la posibilidad de ser ocupados por diferentes personas a lo largo

del tiempo. Esta idea de familia con lugares y posiciones definidas, a priori, no es la que prevalece en las respuestas inmediatas de los adolescentes. La referencia a la casa, a las personas con las que se convive y comparte un mismo cotidiano, son una muestra de cómo se abren paso sentidos de familia, como espacios de prácticas cotidianas y de convivencia, en los que se mantiene la tensión entre los agentes que componen los lugares adjudicados en una familia tradicional: madre, hermanos, tíos, abuelos, y que no necesariamente conviven juntos. La idea de espacio familiar permite ver cómo se pone en juego el *estar y hacer familia* en el encuentro, en el verse, y, al decir de Lucas, “estar unidos”. Los relatos, volviendo a Certeau (2000), muestran el trabajo incesante del pasaje de los lugares en espacios y de los espacios en lugares.

Al respecto del lugar de la casa como componente determinante de la definición de familia, también Bourdieu (1997) la menciona en su libro *Razones prácticas*:

La definición dominante, legítima, de la familia normal ... se basa en una constelación de palabras, casa, ocupantes de la casa, *house, home, household*, que, bajo apariencia de describirla, construye de hecho la realidad social. Según esta definición, la familia es un conjunto de individuos emparentados vinculados entre sí ora por alianza, el matrimonio, ora por filiación, ora más excepcionalmente por adopción (parentesco), y que viven todos bajo el mismo techo. (p.126)

¿Cómo se ha producido esta definición dominante? Aquí encontramos la relación entre la nominación de familia y las condiciones socio-históricas en que fueron acuñadas, conformando (para decirlo en la nomenclatura de Bourdieu) un *habitus* en las respuestas de los entrevistados. En un trabajo clásico de Flandrin (1979) acerca de los orígenes de la familia moderna, el historiador se detiene en definir el concepto de familia. Si bien plantea que define realidades diversas, alude al sentido estricto de considerar como tal a las personas que tienen un parentesco entre sí y que viven juntas, resumiéndose en padre-madre-hijos. Pero se

pregunta si entre los siglos XVI y XVIII se pensaba del mismo modo. De la búsqueda y lectura en los diccionarios franceses e ingleses, deduce que las definiciones estaban repartidas entre la coresidencia y el parentesco. Dice que “la palabra familia evocaba mucho más frecuentemente a un conjunto de parientes que no tenían residencia común, pero también a quienes coresidiendo, no estaban necesariamente ligados por vínculos de sangre o de matrimonio”. La primera idea que enuncian los diccionarios en inglés es la coresidencia, que aparece también en el francés de los siglos XVII y XVIII, mostrando fenómenos sociales específicos como pueden ser las formas premodernas de organización de las familias.

Flandrin (1979) reseña cómo las definiciones dadas en los diccionarios de la época varían, pasando por una definición donde se incluían, no solo los parientes por lazos biológicos, sino todos aquellos domésticos que, estando bajo un mismo techo, refieren a una misma autoridad

lo que unía en una "familia" a los miembros del grupo doméstico - parientes y servidores- era una dependencia común respecto del "padre de familia"; y que, en los dos países, la tríada padre-madre-hijos ha ido adquiriendo cada vez mayor independencia en relación al linaje y en relación a los sirvientes, para convertirse en el siglo XX en la célula básica de nuestra sociedad. (Flandrin, 1979)

Es decir que, tanto en Francia como en Inglaterra, en la segunda mitad del siglo XVIII, los miembros de la familia eran, no solo los parientes, sino también todos aquellos domésticos que dependían de un mismo jefe de familia, que era el hombre de la casa. La reducción del número de integrantes y su materialización en la imagen de la Sagrada Familia, la ubican en la tríada padre-madre-hijos como el recinto de lo privado, la intimidad y *lugar privilegiado de la felicidad* (Flandrin, 1979). Es interesante como este autor remarca que las relaciones entre los esposos y la de estos con los hijos es tema de investigación a partir de los siglos XIX y XX, ocupando el centro de las preocupaciones contemporáneas, parafraseando al historiador.

En nuestro país, Barrán (1994) realiza un estudio sobre la historia de la intimidad encontrando que es alrededor de 1860 que se construye la idea de intimidad ligada al espacio de la casa y el hogar, a resguardo de la vida pública y como sitio donde se tejen las relaciones familiares.

Si por una parte vemos cómo las realidades familiares de las que hablan nuestros entrevistados concuerdan con las asociaciones entre familia-casa y convivencia, por otra parte, no hablan de una única casa, sino que hacen uso de esta imagen de un modo diferente, no necesariamente anclada a una materialidad física, sino a un espacio simbólico, inmaterial. Es decir que, si bien la imagen de casa se mantiene en las ficciones de familias, no se sostiene desde los valores de la intimidad o desde un lugar de autoridad dada por el padre, o definida a través de contornos fijos o estables a lo largo del tiempo. En otras palabras, no hablamos de un regreso a siglos pasados, y el trabajo de Flandrin (1979) permite desnaturalizar concepciones y conocer sus versiones a lo largo de la historia. El trabajo de Bourdieu se produce en el contexto de los años noventa, que comienza a experimentar las mudanzas provocadas por el VIH, que apuntaba a la conyugalidad homosexual. De esos años, hasta la actualidad, también la dinámica afectiva que imprimen las separaciones y divorcios se han modificado, así como las legislaciones sobre el divorcio. Esto impacta no solo en el mundo adulto, sino en cómo los hijos se afectan por estas situaciones.

Pedro tal vez retrata bien este aspecto de los cambios y sus respuestas son muy elocuentes en este sentido, mostrando el ejercicio de una práctica cotidiana, que es también imagen en movimiento entre dos casas: una en la que está con su madre y su hermano, y la otra casa, a donde va con su padre. Es importante decir que es el único adolescente que menciona la casa del padre con este término, y esto lo atribuyo a que mantiene una convivencia más intensa con el padre, ya sea por la frecuencia de los contactos, como por la intensidad afectiva de estos.

Hay días que estoy con mi madre y mi hermano y ponele... que dos o tres días a la semana me voy con mi padre. (Pedro)

Esta afirmación, reiterada por Pedro, resalta el tránsito entre dos casas-familias-convivencia, que muestran, más allá de los lugares y posiciones en las familias, el movimiento y las prácticas que conforman el espacio familiar (De Certeau, 2000). Vemos cuán lejos estamos de la idea de una autoridad familiar única encarnada en el hombre que mencionan las definiciones de familia de otrora, lo cual es un elemento común para todos los entrevistados. En el caso de Pedro, la constante parece ser el movimiento entre una casa y la otra, de circulación permanente, lo que caracteriza la práctica de su espacio de lo familiar. Es una experiencia que nos acerca al concepto de desanclaje que plantea el sociólogo inglés Anthony Giddens (1997) cuando aborda las transformaciones de la modernidad y sus connotaciones en la constitución del yo. Si bien, como decíamos al comienzo del análisis, la familia habría sido circunscripta al espacio privado de la casa en tanto hogar, en la segunda modernidad —así denominada por Giddens (1997)— se genera una transformación en los vínculos y relaciones entre sus integrantes, donde se produce lo que él denomina *desanclaje* para dar cuenta de la superación de las constantes de tiempo y espacio en las experiencias de vida social. Las sociedades modernas fijaron sus relaciones a través de lazos territoriales y también políticos, donde, por ejemplo, la familia fue una pieza clave para las políticas del Estado-nación. La familia moderna, al igual que otras instituciones, —como decíamos en los primeros capítulos— fue pensada como espacio cerrado, de lo privado, a partir del cual se erigieron determinados lugares generadores de desigualdades, especialmente, para las mujeres y para los niños. En la modernidad, la familia está asociada a un lugar que es la casa. En otra exploración acerca de los sentidos de espacio y lugar, dice Giddens (2000), concuerda en las sociedades modernas con el espacio: “no hay más espacio real que el lugar”. El autor introduce el elemento de tiempo y marca cómo en la segunda modernidad se separan tiempo y

espacio, es decir, que las actividades sociales se reconfiguran más allá de un espacio y tiempo determinados. Este, podríamos decir, que es uno de los componentes que hacen a las transformaciones contemporáneas en las vidas privadas de las que habla el autor y que incluyen a la familia cuando pensamos la vida amorosa de las parejas, la sexualidad y la relación con los hijos. Las palabras y la experiencia de Pedro son muy elocuentes en este sentido, ya que la familia parece ser, parafraseando a Giddens (2000), una actividad social, que incluye a la residencia y al lazo biológico, pero que también la supera.

Las experiencias y prácticas cotidianas de familia, relatadas por los adolescentes, dan cuenta de cómo, si bien la casa es referida en sus respuestas como el lugar de la vida en común, no estaría siendo utilizada en el mismo sentido en que fue acuñada como lugar de construcción de lo privado, en contraposición con el ámbito de lo público. A las ideas tradicionales de familia como grupo de personas que viven juntas, los/las adolescentes añaden otros sentidos relacionados con una práctica del cotidiano, más que al lugar concreto donde se desarrolla.

Otro aspecto a considerar, y que se destaca en algunas de las respuestas, es la forma en que son incluidos diferentes integrantes de la red de familia extensa, como tíos, tías y primos, con quienes comparten espacios de alimentación, esparcimiento, recreación y compañía. Esta red, que aparece con mucha potencia en Antonio y Patricia, por ejemplo, es incluida en sus definiciones de familia cuando hacen parte de la convivencia.

En el caso de Patricia, vemos la plasticidad y viabilidad de su red, la que se modifica ampliándose y restringiéndose según momentos distintos de su vida, pero siempre presentes. Observamos cómo se arman configuraciones transitorias para dar respuesta a las actividades comunes ligadas al mantenimiento cotidiano y de orden material principalmente. Refiriéndose a las casas donde vivió con su madre la adolescente expresa:

Patricia: *Uno de mis tíos, creo que no encontraba casa para alquilar, que se había separado*

o algo así, no me acuerdo muy bien, vivió un tiempo ahí también. Vivieron varios en el garaje, y se armaban bastante la casa: arreglaban el piso, ponían luz y cosas así y les quedaba como una casa....

Cecilia: *¿Y después compartían con ustedes cosas así de la vida cotidiana?*

Patricia: *Sí, comíamos juntos... Vivían en esa casa con nosotros, solo que a la hora de dormir y eso iban ahí. También vivió otro de mis tíos con mis primos y mi tía un tiempo ahí cuando no encontraban casa; y ta, y también viví un tiempo con ellos.*

Por su parte, Pedro presenta a los diferentes integrantes de su familia extensa en relación a la convivencia y al compartir la cotidianeidad.

Mi madre, mi hermano, mi padre, mi tía, mi tío y mi prima. Ellos tres —se refiere a tíos y prima— son para mí familia de toda la vida, porque, cuando no vivíamos juntos, todos los domingos nos juntábamos...si no nos invitaban ellos, los invitábamos nosotros. Y ahora que vivimos juntos fue como que nos potenciamos por decirlo de alguna forma. (Pedro)

Antonio describe, a partir de un gráfico, la red familiar extensa por vía materna:

Antonio: *Mamá acá y tiene tres hermanos más: mi tío DD, mi tío MM y después está mi tío PP....*

Cecilia: *Todos varones los hermanos de tu mamá.*

Antonio: *Sí, y después estaba abajo las sobrinas de mi madre, DD, MM y PP; que vendrían siendo LL, NN, y AA.*

Cecilia: *¿Son hijas de tus tíos?*

Antonio: *No, es hija de una hermana de mi madre que falleció hace mucho tiempo ya, y ellas quedaron... Y después está mi primo ZZ que es hermano de ellas; pero ellas son mayores, ellas tienen entre veinte y eso de años. Está ZZ, y después está ella que es la madre de RR, RR*

es la que falleció, después tiene otra hija que se llama HH, que ahora está allá. Y ella fue la que falleció.

Esta es la red que prevalece en el relacionamiento familiar de Antonio, mencionando cómo las circunstancias de la muerte de su prima estrecharon los lazos familiares. De esta manera, la red familiar se reactiva frente a la resolución de problemas y frente al fallecimiento de una niña actúa como agente de ayuda (Sluzki, 1996). Es decir que, además de configurar relaciones recíprocas para la resolución de aspectos de la convivencia familiar, también operan como redes de ayuda mutua y, en este sentido, afianzan la definición de familia.

3.2 Como de la familia: los lazos del corazón/lazos de afectos

Otra de las formas en que se presenta la familia, en el habla de los entrevistados, es a partir de los lazos afectivos. Si en las primeras respuestas los adolescentes mencionaron la casa y la convivencia, veíamos como, luego, se presentaba a su padre —cuando había relacionamiento con él—, así como tías, abuelas, abuelos y demás integrantes de la red familiar biológica. A medida que avanzamos en la conversación, mencionan a otras personas con quienes han generado vínculos afectivos durante la infancia, donde se mezclan emociones, recuerdos y anécdotas de vida compartida. Las prácticas cotidianas muestran, una vez más, cómo se establecen relaciones con otros referentes adultos con quienes no tienen lazos de sangre, pero que marcan lugares y espacios de lo cotidiano durante la infancia. ¿Son consideradas de la familia para los adolescentes?

Cuando me dicen familia yo pienso en la gente que te dije; si me dicen toda tu familia pienso en otra gente; y si me dicen familia más como mía, de corazón, pienso en ella.

(Pedro)

El concepto de familia “toda” aparece complementado por aquellas personas con quienes se producen relaciones afectivas próximas y que son denominadas como “familia del corazón”, refiriéndose del siguiente modo a ellas:

Era alguien que me iba a cuidar, pero como me cuidó desde que yo nací hasta hace un año y medio... O sea, no cuidaba, me cuidaba y también limpiaba en la casa.

Entonces para mí es como mi abuela, para mí si es como mi familia, pero no tan familia. (Pedro)

Es un vínculo que se mantuvo a lo largo de toda su vida, donde los cuidados estaban dirigidos hacia él durante la infancia y hasta hace un año y medio. La posición que ocupa la palabra *me* en la oración le confiere un uso gramatical de pronombre personal, no es que la señora cuidaba en general, “*me cuidaba*”. La acción de los cuidados dirigida hacia él durante tantos años le da una connotación de relación familiar. Sin embargo, luego de afirmar que era parte de su *familia de corazón*, acota “es como mi familia, pero no tan familia”. Nos preguntamos ¿Será que la ficción que prevalece es la de familia como vínculo de sangre? Es interesante ver cuál es el cuestionamiento implícito que se hace para definir el gradiente de *como mi familia, pero no tan familia* ¿Será que el hecho de no contar con la misma sangre pone en cuestión este aspecto de la integración familiar? ¿O las diferencias pueden pasar por la clase social o por cuestiones culturales, que no permiten pensar en ella como las otras personas de su familia? Resulta notable la denominación de familia del corazón, y se puede decir que la presencia sostenida de una práctica de cuidados durante años, va generando una intimidad afectiva al punto de otorgarle un lugar en su genealogía afectiva, un afecto que Pedro dice: “Yo lo sentía y ella lo manifestaba”.

También Lucas habla de su abuela del corazón, que reunía a un número pequeño de niños en su casa, al modo de las antiguas nodrizas o de las actuales casas de cuidado comunitario que se impulsan desde el Sistema Nacional de Cuidados (2014) en nuestro país. En los casos de Lucas y Pedro, ambas mujeres cuidadoras son llamadas abuelas del corazón, recordando con afecto y ternura situaciones de la vida cotidiana donde fueron sostenidos y acompañados en distintas actividades. La expresión abuelas del corazón habla directamente

de la fuerza del afecto y del amor, nombrándolas abuelas, que es el lugar que ellos conocen, mujeres que han estado presentes en sus infancias y con quienes convivieron intensamente, y a quienes ubican como abuelas en sus genealogías. Con ellas mantienen vínculo hasta la actualidad, en el contacto por fechas especiales como el cumpleaños, o mencionan visitas esporádicas a sus casas. El abuelazgo es el nombre que le confieren en el sistema de parentesco, el cual se construye a partir de la carga afectiva puesta sobre los cuidados recibidos a lo largo de un período de sus vidas. Un punto interesante es observar cómo la composición familiar autoidentificada por el adolescente puede variar a lo largo de la vida, mostrando un carácter dinámico. No solo abuelas y abuelos biológicos son mencionados en algunas respuestas, sino que también sus exparejas, con quienes han establecido lazos de afecto. Esto pone de manifiesto cómo en la línea generacional anterior a la de sus padres se han producido rupturas matrimoniales. Es coincidente con la información demográfica con la que contamos acerca de las rupturas y separaciones conyugales, que adquieren una dimensión importante en la década de los ochenta (Cabella, 2007).

Patricia y Pedro mencionan, al respecto, que conservan un vínculo de afecto con quienes compartieron tiempos de sus infancias.

Así lo expresa Patricia:

Sí. Y mi abuela estuvo casada con un hombre que es como mi abuelo, que es el que es el dueño del campo allá en xxx, donde yo vivía; que vivía cuando estaba mi abuela, estaba mi padre, y uno de mis tíos, que vivían ahí para trabajar. Y después creo que cuando se separaron yo me mudé o no sé cómo fue. Pero igual es como un abuelo para mí.

Este abuelo de Patricia, además de ser referencia en lo afectivo también era un sostén de apoyo económico:

Por ejemplo, yo necesitaba algo para la escuela o para el liceo y mi madre no lo

podía comprar y lo compraba él... Para mí la familia son las personas con las que me crié, hay amigas que son como hermanas. Y mi abuelo este, no es mi abuelo, pero es como mi abuelo, entonces ta.

Por otra parte, llama mucho la atención que, si bien en algunas conversaciones mencionan espontáneamente a las parejas de sus madres o padres, no los integran a sus familias y nos preguntamos a qué se debe esto. En algunos casos, como en los de Antonio y Sofía, existe una connotación negativa en el relacionamiento que podría estar justificando su no referencia. Pero en otras situaciones, ¿a qué se debe la omisión? ¿Qué nombres tendrían estas parejas dentro de la terminología que ofrece el parentesco tradicional? La nominación tradicional de estos lugares fue madrastra y padrastro, con la connotación negativa que conllevan. Esto se fue transformando en “la pareja de...”, es decir, el vínculo es con el padre o la madre, pero no con ellos. Hay un pasaje de la nominación tradicional a otra que da cuenta de cierta ajenidad en el vínculo para quien la nombra. La pregunta que se plantea es si el hecho de contar con una palabra para designar a este abuelo no biológico ¿facilita su integración? y también ¿Qué nuevas palabras o nuevos sentidos a viejas palabras se están produciendo en estos arreglos familiares?

Cuando a Camila le pregunté por la pareja de su mamá, ella respondió:

¿Si considero a las parejas como parte de la familia? Sí, pero no... bueno por un lado los considero, pero no son como...como no conviven no lo considero como una familia, pero obvio, tengo muy buena relación también.

Si bien fue una pregunta abierta acerca de la relación que ella establecía con las parejas que había tenido su mamá, la respuesta de Camila es dubitativa, ella habla de buena relación, pero no de afecto y marca la diferencia con la familia de sangre. Por otra parte, es la

misma adolescente que menciona el vínculo de padrinazgo como parte de lo familiar en tanto relación de cercanía y proximidad en la relación afectiva:

Luego, por ejemplo, el ahijado de mi hermano es el hijo de una que trabaja ahí. ¡A esa relación llegamos! ...es hijo de una de las que trabaja ahí, es una funcionaria.

Aquí vemos cómo el repertorio de palabras, para nombrar a diferentes personas que integrarían lo familiar, requiere, no solo descifrar los nuevos sentidos otorgados a viejas palabras, sino también de la invención en tanto forma de nombrar relaciones familiares. En este caso, para hacer referencia a las personas con las que convive en el colegio al que concurre desde edad preescolar y donde pasa más de ocho horas diarias desde ese momento de su vida.

3.3. Ideales y sentidos de familia

¿Y qué te parece a vos que constituye una familia?... ¿Qué es importante que haya en una familia? ¿Qué cosas tienen que haber en una familia para decir: esto es una familia?

Frente a estas preguntas, los adolescentes responden con la referencia a distintos afectos, emociones y estados de ánimo que responden a una ficción de *familia buena*, producto del ideal social y cultural acerca de las bondades de la familia. Es importante diferenciar las primeras respuestas que ofrecen acerca de cómo son sus familias, a estas respuestas que muestran aspectos relacionados con la subjetivación que realizan acerca de ellas y que hacen parte del modo en que nuestra sociedad organiza los sentidos y significaciones en torno a las familias.

Y si una persona está contenta con otra, y no importa si es el padre, el primo o el tío... Si yo viviera por ejemplo con mi tío, mientras yo estuviera contento en ese lugar y sé que estoy bien ahí ya está, eso es una familia. (Antonio)

Las palabras de Antonio son contundentes, la familia como espacio donde se está a gusto, habitado por la alegría. Lo que prima es el *estar* en familia, como estado particular donde el encuentro se produce en la alegría. Donde no importan los lugares predefinidos de padre, primo, tío, sino que es el lugar del afecto el que activa las relaciones familiares en este sentido. Si bien en su discurso cumple en dar respuesta a este ideal de familia buena, por otra parte, el tono afectivo de sus palabras es de tristeza, así como el relato de muchas de las circunstancias por las que han atravesado junto a su madre, hermanos, tíos, primos y primas. Por lo que las prácticas de familia muestran una distancia con sus dichos y la aspiración de un ideal de familia.

También Sofía, para quien las relaciones familiares no han sido sencillas, y a lo largo de los años ha tenido gran movilidad residencial producto de diversos conflictos intrafamiliares, responde:

Compañerismo, apoyarse el uno al otro, ayudarse porque a veces uno no tiene y el otro puede tener, y cuando el otro no tiene vos lo podés ayudar. Y ta, y el amor, porque principalmente es amor.

Lucas, por su parte, habla de estar unidos y de la ayuda mutua como aspecto necesario para llevar adelante la familia. Dice: “siempre tiene que haber una ayuda mutua entre todos”, y agrega que “lo principal, según mamá, es trabajar en comunidad... y para eso tiene que haber comunicación, porque si no hay comunicación no hay nada, estaríamos los tres por nuestro lado, mi madre hace tal cosa y yo y mi hermana por otro”.

La unión entre los integrantes de la familia es un elemento que coincide en el relato de Pedro, encontrando en los espacios reducidos el aumento de la potencia familiar. Por ejemplo, en la actualidad comparte un cuarto pequeño con su padre y su hermano:

el cuarto de mi padre es como este, y tenemos un cuarto un poquito más grande para mí y para mi hermano, que era como provisional, era cuando mi padre tenía que

venir, la idea era quedarnos siempre en Punta del Este, pero no salió, y ahora dormimos en un cuartito así todo apretado, pero me gusta.

Hasta aquí se ve cómo las ideas centrales que organizan a la familia son de carácter positivo ligado a los afectos como el amor, los estados de ánimo y emociones de alegría, así como valores de unión, comunicación y ayuda mutua. Constato que en muchas situaciones sus respuestas aluden a un imaginario deseado donde se depositan afectos y emociones en positivo, más que a un real de las prácticas cotidianas. Pero aquí lo curioso es que en ninguna de las respuestas se alude a un modelo ideal en términos de configuración o arreglo de convivencia determinado, sino que el énfasis está en los afectos y las emociones como organizadoras de lo familiar.

Un aspecto relevante en el relato de Pedro, y que forma parte de la dimensión fáctica del relacionamiento familiar, es la importancia de las comidas y los almuerzos como marca de lo familiar. Si bien varios entrevistados hablan de la comida, para Pedro tiene un papel jerarquizado. De hecho, lo presenta como un vehículo a través del cual se prodiga afecto, donde compartir la mesa familiar es parte del discurso heredado de su padre. Así lo expresa:

Mi padre es mucho más familiar que mi madre...; mi padre cuando le conté que tenía partido los domingos a la hora del almuerzo se quería matar, me quería matar porque claro...el ama... No sé si las ama, pero para él, los almuerzos de los domingos son sagrados, y que su hijo le falte todos los almuerzos del domingo le debía tocar el corazón.

La comida es una fiesta, afín al estado de estar contento, como diría Antonio. Así lo expresa cuando habla de su abuela del corazón “me hacía mi comida favorita, entonces ¡era como una fiesta!” Es la fiesta del encuentro, del reconocimiento. Por otra parte, en la elaboración de la comida se juega toda una economía, que es de tiempos y de energías afectivas recíprocas.

...en lo de mi madre me tengo que cocinar, y es un gasto de energía enorme, entonces voy con mi tía que me cocina aparte más rico cuando estoy enfermo. (Pedro)

En los relatos observo que muchas de sus respuestas expresan ideales de familia: unión, alegría, comunicación, entre otros, confirmando, de algún modo, las significaciones imaginarias atribuidas a la familia. Por otra parte, resulta llamativo que no aparezcan espontáneamente estados afectivos negativos, de tristeza o directamente asociados con el procesamiento de las separaciones conyugales de sus padres o las situaciones de conflicto o de violencia a las que hayan podido estar expuestos, entre otros. Una de las líneas de interpretación sobre estas ausencias puede estar ubicada en el hecho de que las separaciones conyugales se produjeron en edades muy tempranas, por lo cual no habría recuerdos previos. Otra línea mencionada anteriormente es la pregnancy que tiene la idealización de la familia como espacio ideal para la crianza y el desenvolvimiento de las personas, por lo cual se mantienen pactos de silencios familiares a propósito de lo que no anda bien. Una tercera posibilidad, no excluyente, es que no hablamos sobre los aspectos negativos o que no funcionan con alguien desconocido como es la investigadora, aun cuando el clima de las entrevistas haya sido en general muy bueno.

En relación a los ideales habría una correspondencia entre lo que sería una buena familia, con la exaltación de la familia en el discurso social. Sin embargo, aquí, lo interesante a destacar en relación a este problema y preguntas de investigación, es cómo la configuración familiar no aparece como elemento determinante para definir a la familia o a la *buena familia*. Los adolescentes reconocen distintos tipos de familia, con relacionamientos y configuraciones familiares diversas, y donde las situaciones nunca son iguales. Esta variabilidad en la composición familiar, por número o tipo de integrantes no sería un elemento definitorio en sus ideales, primando los afectos y cualidades positivas de relacionamiento.

En síntesis, los sentidos que los adolescentes otorgan a sus ficciones de familia son los lazos de convivencia y los lazos afectivos. Con estos sentidos organizadores responden y construyen sus experiencias de familias. Estas respuestas muestran que las concepciones de familia no son naturales ni universales, sino que están fuertemente atravesadas por circunstancias sociales, históricas, políticas. En el caso de los adolescentes con quienes conversé, la institución matrimonial, otrora fundante de la familia, es una realidad que conocieron siendo muy pequeños, ya que vivieron con ambos padres los primeros dos o tres años de sus vidas; a pesar de esto no consideran que la configuración matrimonial de las familias sea un elemento que consideren faltante. Cuando dan cuenta de los ideales de familia hablan de la alegría, la unión, el estar bien, pero no mencionan a la familia nuclear. Esto, creo que es un elemento no menor, ya que es parte de los nuevos modos de codificar la diversidad familiar. También lo es ver las formas en movimiento, no estabilizadas, aspecto que se visualiza en cómo sus respuestas acerca de qué es o hace familia es dinámico y va variando en su configuración a lo largo de sus vidas.

Sin embargo, la convivencia y la referencia a la casa como espacio de intercambios domésticos y prácticas del cotidiano determinan sus primeras respuestas. De esta manera muestran también un *habitus* moderno que ha marcado la casa asociada a la imagen de familia. Una casa donde habita el mundo de lo familiar como espacio de lo privado a contraposición del espacio público. Los hogares que habitan con sus madres son la referencia cuando de familia, casa y convivencia se trata. Y la consanguinidad, otrora definitoria de familia, está presente marcando una frontera de pertenencia y tránsitos, un *como si* donde los lazos de afecto hacen su trabajo. Si bien no se anulan las posiciones en el árbol genealógico que confiere la sangre por sí misma, lo que está jerarquizado son los lazos de afecto. Por eso las familias del corazón que mencionan los adolescentes se pueblan de abuelas del corazón y de exparejas de sus abuelos o abuelas. Es decir que además de los familiares que forman parte

de la familia extensa consanguínea, hay un *como de la familia* que se apoya en los afectos producto de una práctica cotidiana compartida. Las diferencias de lugar y espacio que propone Certeau (2000) muestran esta dinámica en tensión, ya que, si bien las familias tienen lugares predefinidos por el parentesco dado por la consanguinidad, en las respuestas de los adolescentes prevalecen sentidos de familia como espacios de prácticas cotidianas y de convivencia. Los relatos, volviendo a Certeau (2000) muestran el trabajo incesante del pasaje de los lugares en espacios y de los espacios en lugares. Se ve como las respuestas de los adolescentes permiten desnaturalizar las definiciones dominantes de familia de las que hablaba Bourdieu (1997) como ficciones hegemónicas al mismo tiempo que mantienen la tensión con los organizadores relacionados con la sangre como marcador de identidad familiar.

CAPÍTULO 4.

Familias y cuidados: desigualaciones en el ejercicio de las parentalidades

Este capítulo trata sobre familias y cuidados marcando algunas desigualaciones que se producen en el ejercicio de las parentalidades. Desarrolla distintos aspectos en torno a cómo se expresan las articulaciones entre lo social y lo familiar en este ejercicio. El término desigualación puede tener como sinónimos discriminación o diferenciación y, en este caso, alude al uso empleado por Ana María Fernández (2009) en relación a la idea de *diferencia desigualada* y al verbo desigualar que supone marcar una diferencia que rompe la igualdad.

En las entrevistas con los adolescentes emergen algunas de estas diferencias que muestran la heterogeneidad y multiplicidad de líneas de análisis vinculadas al género, a las generaciones y al medio social como marcadores en relación al trabajo de cuidados en las familias. Esta constatación nos permite comprender y reflexionar sobre la desigualación como mecanismo de reproducción y producción misma de la desigualdad.

En capítulos anteriores hicimos referencia al enfoque interseccional que aquí vuelve a cobrar relevancia al decir de María Caterina La Barbera (2016)

Este enfoque revela que las desigualdades son producidas por las interacciones entre los sistemas de subordinación de género, orientación sexual, etnia, religión, origen nacional, discapacidad y situación socioeconómica, que se constituyen uno a otro dinámicamente en el tiempo y en el espacio (p. 106.)

Ana María Fernández (2009) plantea una perspectiva que considera como la diferencia ha sido abordada en el pensamiento moderno en tanto lo no idéntico, lo otro, y el otro vivido como alteridad amenazante. Fernández (2009) expresa “Se trata de abrir la interrogación, desnaturalizar —una vez más— el pensamiento de lo Uno. Desde allí podemos decir que el modo en el que se construye *la diferencia* es inseparable de cómo se construye *la identidad*” (p. 26). En este sentido, aparecen entrelazadas las nociones de identidad, diferencia y desigualdad. Tomando la dimensión filosófica, en relación a este punto, la autora se remite a la forma de entender las identidades modernas y a como se concibe el ser de la diferencia. Por otra parte, desarrolla la dimensión epistemológica del asunto, relacionada con las formas en que producimos conocimiento en torno a las identidades y plantea la pregunta sobre cómo operar con una lógica de la diferencia que no se base en el a priori epistémico de la diferencia como anomalía de la identidad. En tanto, la dimensión política pone de relieve cómo las diferencias actúan en el marco de relaciones de poder, de dispositivos biopolíticos que generan estas diferencias desigualadas. Siguiendo estos desarrollos en relación a las familias como dispositivos de poder, se ve cómo estos marcadores de género, generaciones y estrato social se constituyen en diferencias que son producto de la desigualdad social y que también son generadoras de desigualdad.

A continuación, ofrezco tres itinerarios analíticos para transitar el capítulo, que muestran cómo se producen distintas desigualaciones y cómo hablan los adolescentes acerca de estas. Los dos primeros están ligados a la reproducción de la vida en tanto prácticas donde, parafraseando a Federici (2010), encontramos los cuidados, la crianza, el cocinar, acompañar

a los niños y niñas a la escuela y atravesar juntos los desafíos del crecimiento. En el primer subcapítulo se abordan las unidades domésticas y vemos cómo se desarrollan un conjunto de prácticas del cotidiano que organizan la vida familiar de los adolescentes. El segundo itinerario muestra distintas modalidades del trabajo de cuidados, sus relaciones con el ejercicio de las parentalidades y las preguntas que conlleva. Y, por último, analicé para el caso de una de las historias de vida, cómo interviene el Estado en el nombre del cuidado, específicamente en relación a las prácticas desde el sistema jurídico.

El mapa conceptual que organiza el capítulo articula las nociones de familia, parentesco, parentalidades y cuidados en un sentido no jerárquico. La perspectiva analítica transversal involucra un enfoque interseccional donde interactúan los marcadores de género, generaciones y medio socioeconómico. Al cierre del capítulo se sintetizan los temas abordados en cada uno de los itinerarios recorridos. Al final, en la confluencia de estos caminos, se plantean reflexiones acerca de las desigualaciones que se producen en el ejercicio de las parentalidades.

4.1. Reproducción de la vida y unidad doméstica

A partir de la asociación que realizan los adolescentes entre familia, convivencia y coresidencia, emerge el plano de la organización cotidiana de los hogares, entendidos como unidades domésticas.

Antes de ver el discurso de los entrevistados tomé algunas puntualizaciones que realiza el equipo del Programa de Población de Facultad de Ciencias Sociales de UdelaR, que permiten contextualizar el discurso de los adolescentes desde una perspectiva sociodemográfica. En un trabajo de Cabella, Fernández Soto y Prieto (2015) sobre las transformaciones en los hogares uruguayos a partir de los censos de 1996 y 2011, se toma la definición de hogar como grupo conviviente que comparte la alimentación y señalan que en la mayoría de estos las personas están emparentadas por lazos biológico. Los censos utilizan

familia y hogar como sinónimos, términos que como vimos en capítulos anteriores tienen connotaciones muy diferentes para la investigación psicológica. De acuerdo a la perspectiva sociodemográfica, los hogares de nuestros entrevistados entrarían dentro de la categoría de *hogares con jefatura femenina* y un único adulto conviviente con los adolescentes, siendo este último un elemento para definir la inclusión de los entrevistados. En el trabajo mencionado afirman que los hogares monoparentales, producto de una disolución del vínculo conyugal, alcanzan a un 14,3 % de niños, niñas y adolescentes. En relación a la manutención de los hijos e hijas de parejas separadas, y sobre la base de la Encuesta de Género y Generación (EGG) del año 2004, Bucheli y Cabella (2009) afirman que en las situaciones en que los hijos vivían con su madre, un 56 % no había recibido dinero por concepto de pensión alimenticia. En una investigación reciente realizada por Bucheli y Vigorito (2019 p. 61), donde abordan el impacto económico que se produce en los hogares luego de las disoluciones conyugales, concluyen que: la separación conlleva, en promedio, una pérdida del 16 % neto per cápita en los ingresos del hogar, una disminución del 20 % del dominio de bienes duraderos y un incremento del 20 % en la incidencia de la pobreza monetaria¹⁰.

Si bien en las entrevistas no indagamos acerca de los aspectos económicos de la manutención de los adolescentes, aparecieron espontáneamente en algunos casos. Sin embargo, la pregunta acerca de la organización del cotidiano en lo que hace al trabajo doméstico y el trabajo de cuidados sí estuvieron presentes. Conforme a esto, se integrará al análisis los desarrollos acerca de la reproducción de la vida y el concepto de unidad doméstica.

Cuando se hace referencia a la unidad doméstica se alude al grupo humano conformado por quienes viven bajo un mismo techo y comparten actividades productivas y reproductivas, siendo coincidente con la definición metodológica que hacen los estudios

¹⁰ Traducción del original de Sandra Pérez Méndez.

sociodemográficos. El énfasis está puesto en la reproducción social que transcurre en los hogares y que incluye el ámbito doméstico donde están “todas las actividades cotidianas de transformación final de bienes para el consumo y numerosos servicios personales” (Jelin, 1984, p.6) y que “incluye básicamente las actividades de producción y consumo cotidiano de alimentos y otros bienes y servicios de subsistencia, así como las actividades ligadas a la reposición generacional, es decir, tener hijos, cuidarlos y socializarlos” (Jelin, 1984, p.19). Elizabeth Jelin (1984) plantea que los procesos ligados a la reproducción cotidiana y generacional que están presentes en esta conceptualización fueron tomando presencia y empuje a través de los movimientos de liberación de la mujer y por nuevas corrientes de debates sobre la economía política del trabajo doméstico.

Los desarrollos sobre las formas de organización de las unidades domésticas provienen de varios campos disciplinares. De hecho, en las primeras revisiones realizadas en la elaboración del proyecto de tesis, advierto un importante número de trabajos, en el medio nacional e internacional, que abordan las realidades en diferentes grupos etarios y sociales y que ubican el foco en la división sexual del trabajo doméstico y la sobrecarga en la mujer al interior del espacio doméstico. En nuestro país, se han encontrado estudios con énfasis en el uso del tiempo (Aguirre, 2009, Batthyány, 2015) y otros que han identificado problemáticas en torno a la división del trabajo doméstico (Bucheli, Cabella, Nathan, Fitermann, Vigorito, Zerpa, 2015). Distintos estudios han focalizado en la desigualdad de género en relación a la división sexual del trabajo doméstico, distribución y corresponsabilidad en los cuidados. (Aguirre 2007; Tobío, Agulló, Gomez, Palomo, 2010; Batthyány, 2015; Batthyány, Genta y Perrotta, 2012, Batthyány, Genta y Scavino, 2019).

Por otra parte, desde la perspectiva feminista, y más concretamente tomando los aportes de Silvia Federici (2018), se refuerza el carácter político de las prácticas que componen la reproducción de la vida en las familias. La autora plantea que el trabajo

reproductivo que hace posible la vida ha estado históricamente a cargo de las mujeres en forma invisibilizada y de modo funcional al desarrollo del capitalismo. A través de sus investigaciones desarrolla y sostiene cómo la construcción de las tareas de cuidado y domésticas fueron ligadas a una supuesta esencia de lo femenino que condena a las mujeres a condiciones de opresión y sometimiento. Conforme a esto se produce lo que ella llama la *glorificación de la familia* como espacio privado donde la mujer se ocuparía del trabajo doméstico y de cuidado de los hijos.

Recapitulando, se tomaron los hogares como unidades domésticas porque consideramos que muestran el desarrollo cotidiano donde se hacen visibles las relaciones de poder al interior de las familias. Es a través de estas unidades que se visibilizaron procesos materiales y afectivos que se ponen en juego en el sostén y apuntalamiento de esa cotidianidad, que, por repetición, se naturalizan como propios del género y las generaciones. En este sentido es que las familias actúan como dispositivos de desigualación en torno a los géneros y las generaciones.

En la investigación conversamos con los hijos de las mujeres que están a cargo de los hogares. ¿Cómo se desarrolla la reproducción de la vida en estos hogares? y sobretodo ¿cómo son contadas estas microprácticas cotidianas por parte de los adolescentes? Este es un aspecto que no ha estado presente en las investigaciones y estudios realizados en Uruguay, con predominancia de la mirada adultocéntrica.

4.1.1. Organización del cotidiano

Encontré en los relatos una alusión espontánea al trabajo doméstico, a las actividades que organizan el cotidiano y que se concentran en la casa. Si hasta ahora se veía que las respuestas eran homogéneas en relación a la pregnancia de los sentidos de familia asociados a la convivencia, ahora se puede vislumbrar que existe diversidad y heterogeneidad de situaciones en las unidades domésticas. Es decir que, si bien la convivencia es el elemento

inmediato para definir familia, las versiones diferentes sobre esta muestran, no solo la gestión del cotidiano, sino también las dinámicas familiares entre géneros y generaciones. Sin perjuicio de lo anterior, hay un elemento común que reúne a las historias, y es que, aun en sus diferentes versiones, la madre toma el papel principal como organizadora del cotidiano y, por su parte, los adolescentes asumen diferentes posiciones en esas dinámicas.

Con esto nos referimos al grado de involucramiento y participación de los adolescentes en las prácticas domésticas. Esto ubica tanto a mujeres como varones en diferentes posiciones con mayor o menor grado de apropiación de estas prácticas. En algunos casos se involucran forzados por la necesidad de resolver cuestiones prácticas y concretas como la alimentación, por ejemplo. Es la situación de Patricia cuando su madre no está:

Cuando me quedo sola, a veces que mi madre no está y me cocino yo. Porque mi madre a veces tenía trabajos que llegaba tarde o se iba temprano, cosas así y a veces no me podía dejar la comida hecha, entonces empecé a cocinarme yo y ta.

Sin embargo, la mayoría de las veces circunscriben su participación al arreglo de su habitación y, solo colateralmente, mencionan que ayudan a sus madres en el orden de la casa. Otro aspecto común a destacar es que siempre son mujeres quienes organizan el ámbito doméstico, ya sea en los hogares donde viven con sus madres o en otros hogares por los que circulan. En los casos en que hay visitas a la casa del padre, el orden también está dado por las mujeres que conviven con ellos, ya sean sus abuelas o tías paternas o, excepcionalmente, las parejas de los padres cuando aparecen mencionadas. La organización de la vida cotidiana en las casas de los padres parece demandarles menor participación en las tareas domésticas. En estos hogares mencionan una mayor flexibilidad o relajamiento en los límites relacionados con ellas, circunstancia que podría estar favorecida, como dice Patricia, porque el tiempo compartido es menor.

Mi madre es como que le gusta que esté todo ordenado y las cosas son así, y se hacen

así, y con mi padre es más libre diría... después ta, si está todo desordenado me va a decir que lo ordene, pero no es que lo tengo que hacer ya, ahora en este momento... Pero también la veo todos los días.

Otro aspecto común es que todas las mujeres al frente de los hogares también trabajan fuera de él. Las actividades son diversas, desempeñándose como profesionales, empleadas, profesoras, trabajadoras independientes o asalariadas, mencionando en algunos casos varias actividades en paralelo. En relación a este punto, Bucheli y Vigorito (2019) afirman que las mujeres a cargo de sus hijos luego de las separaciones conyugales desarrollan diferentes estrategias para mitigar el impacto negativo en sus economías. Las autoras sostienen que una de las vías de recuperación es aumentar sus cargas horarias laborales remuneradas fuera de los hogares; otras estrategias tienen que ver con las transferencias públicas (prestaciones sociales), transferencias privadas (pensiones alimenticias), o volver a formar una pareja.

Los adolescentes no mencionan las transferencias económicas de los padres, y solamente Pedro menciona que vive algunos días en casa de su madre y otros en casa del padre. Si bien no se preguntaba directamente, fue algo que surgió espontáneamente y que no significó en ninguno de los casos una definición del padre como proveedor. ¿Cómo incide la separación de la pareja parental en el sustento económico de los hijos? ¿Será que los adolescentes en general tienen información acerca de cómo sus padres solventan su manutención? Sus respuestas expresan el desconocimiento acerca de los arreglos parentales en relación a este aspecto, ligado, posiblemente, a la presunción de que es un tema conflictivo para la pareja parental o que concierne estrictamente a los adultos. Vemos en palabras de Camila y Lucas:

Camila: Él se ha mantenido en ese apartamento... no hay nada judicial hecho.

Cecilia: Las visitas, la pensión alimenticia... ¿Sabés?

Camila: No, y tampoco voy a preguntar eso, no es un tema mío...

Cecilia: *No sabes y no es tuyo ¿porque decís eso?*

Camila: *Eso es un acuerdo que tienen que arreglar ellos, yo no me voy a meter.*

Para el caso de Camila, se plantea como motivo de discordia entre los padres, aquello de lo que poco o nada se habla. En sus respuestas deja entrever que es consciente de los gastos que conlleva su manutención, pero lo presenta como punto de conflicto entre los adultos, ¿cómo es que “ellos arreglaron todo”? El tema de su manutención se presenta como ajeno a ella misma.

Lucas, por su parte, tiene más idea acerca de cómo se resuelven estos aspectos en su hogar:

Como papá, supuestamente tenía que pasar dos mil pesos de pensión, a veces que no pasa o no llega, o directamente no pasa nada; y mamá es remando en dulce de leche para... trabajar más y ganar más y así poder mantenernos a los dos, a los tres, porque ella también está.

Las situaciones en los hogares de nuestros entrevistados coinciden con los estudios que muestran cómo las mujeres al frente de hogares monoparentales tienen una alta participación en el mercado laboral y asumen el rol de proveedor tradicionalmente asociado a los varones (Genta y Perrota, 2015). Si, por una parte, distintos estudios muestran cómo los hogares con jefaturas femeninas corren el riesgo de verse empobrecidos (Cabella, 1999, Bucheli, Vigorito, 2019), por otra, surge la pregunta acerca de cómo estos ponen en cuestión a la familia patriarcal, desestabilizando los roles de género tradicionales y la propia construcción de masculinidad, otrora ligada a la provisión y sustento material de los hogares. Existen condiciones donde se producen cambios en los roles de género, mencionado tempranamente por Filgueira (1996) en Uruguay, cuando planteó el quiebre del modelo familiar de *breadwinner* y el cuestionamiento a las relaciones de poder y autoridad al interior de las familias. Cabe preguntarse cómo estas transformaciones en el corrimiento del hombre-

padre como, proveedor principal, impactan en los adolescentes, siendo que para ellos estas situaciones parecen darse de hecho y sin referencias previas acerca de cómo era la vida antes de la separación conyugal. Es pertinente, también, observar el tratamiento que realiza Clara Coria (2002) acerca de cómo el dinero estaba inscripto en un paradigma de la masculinidad (al menos de la clase media). Para el caso de las mujeres, Coria (2002) plantea una diferencia en relación a la independencia y autonomía en el uso que las mujeres hacen del dinero, definiendo la independencia económica como la posibilidad de disponer de recursos económicos propios y a la autonomía, como la posibilidad de decidir acerca del uso de estos recursos evaluando diferentes opciones y a las otras personas involucradas. Si bien las mujeres son las proveedoras principales de los hogares, capacidad que, según Cabella (2007), podría, justamente, darles la posibilidad de separarse; al mismo tiempo que significa independencia económica, es una restricción a su autonomía, ya que deben optar por el sustento de sus hijos y de sus hogares sin contar con el aporte económico de los padres u otros integrantes de la familia de forma sostenida en el tiempo. Dejo planteada aquí la pregunta acerca de estas prácticas económicas, porque, si bien contribuyen en la ampliación de nuevos horizontes para las relaciones entre los géneros, también podrían estar perpetuando la subordinación de la mujer al mantenimiento del espacio doméstico. En otras palabras, la pregunta es si este corrimiento en el rol tradicional de género del hombre es una oportunidad para los cambios, o no acabará reproduciendo el mandato de género hacia la mujer como responsable del trabajo doméstico y de cuidados.

4.1.2. Lucas y la invención en el cotidiano

La situación de Lucas amerita que nos detengamos, ya que muestra la originalidad de los recursos que produce la familia para organizar su cotidiano. Es interesante advertir cómo la madre inaugura un movimiento que habilita a que sus hijos puedan tomar otras posiciones subjetivas. En realidad, son dos operaciones que realiza y que se dan de manera simultánea.

Por un lado, hay una declinación por parte de la madre del lugar de única responsable de las tareas domésticas. Y, por otro lado, la trasmisión de un *saber hacer* que posibilita el pasaje intergeneracional y promueve la autonomía en los adolescentes, ¿será una marca de las familias en que los padres se separan?

Lucas: ...cuando se separaron, a pesar de que mamá supiera limpiar platos decía...

“Yo no voy a limpiar todos los platos todos los días...” y cuando yo cumplí

determinada edad me decía: “Bueno, mirá, así se lavan los platos. Arreglate...”

Cecilia: *¿Solo vos o tu hermana también?*

Lucas: *Mi hermana, después de que fue más grande... Por ejemplo, a los doce le dijo: así se lavan los platos. Tuyo.*

Cuando la madre pone en juego este saber acerca de lo doméstico, en simultáneo se crean condiciones de posibilidad para que sus hijos asuman otras posiciones subjetivas y junto con estos modos de vinculación familiar singulares. Estas modalidades de vinculación familiar en la casa de Lucas se inscriben dentro de la idea de *trabajo en comunidad*, que son los significantes que ofrece la madre en su discurso para dar cuenta de la familia a través de la resolución del cotidiano.

Por un lado, está mamá, María (su hermana) y después yo. Que cuando estamos en casa lo principal, según mamá, es trabajar en comunidad.

Esta idea de comunidad desplaza la posición tradicional de la mujer-madre como responsable del trabajo doméstico, que centraliza el dominio del espacio doméstico. Tanto Lucas como su hermana, sin importar el género, son impulsados a desarrollar una práctica en común que implica participar en tareas de limpieza, lavado de ropa, comida, etc. Este planteo de la mamá genera discordias entre los hermanos, o de estos con la madre, es decir, que abre disputas, tensiones y conflictos en relación a la responsabilidad compartida del trabajo doméstico, pese a que se instituya como un trabajo en comunidad, como una práctica en

común. Es una comunidad que no estaba pautada cuando vivían el padre, la madre y los hijos, sino que se genera luego de la separación conyugal. En este caso la participación de los adolescentes en las tareas domésticas se modifica luego de la separación conyugal, siendo una obligación para los hijos su realización.

Mamá dice... " Ah, tengo que trabajar", y va y hace que trabaja mientras que nosotros dos peleamos para ver quién hace las cosas... (Lucas)

La dinámica actual entre la madre y los hijos es novedosa, como también lo fueron las prácticas cotidianas mientras vivieron juntos ambos padres durante la infancia de Lucas, y previo a la separación:

Sí, papá cocinaba, todos los días cocinaba papá. Papá era como un... Yo ahora con los años, cuando me doy cuenta parece como... Viste que antes en el siglo diecinueve, siglo veinte las mujeres eran todas las tareas de la casa y los hombres tenían que ir a trabajar...En este caso se invierten los roles y mamá era como la que más trabajaba y papá... (Lucas)

En este fragmento son varios los elementos a destacar. Por una parte, la inversión en el ejercicio de un rol tradicionalmente adscrito a la mujer cuando habla de las tareas realizadas por su padre. Sus palabras son elocuentes en relación a la invisibilidad del trabajo doméstico no remunerado: las mujeres a cargo de las tareas de la casa y los hombres “tenían que trabajar” (en otro siglo). Conforme a esto, cuando el padre se hace cargo de las tareas domésticas “no trabaja” y asume un rol femenino. Esa alusión al *como si* da cuenta de una performance ambigua: *es, pero no es* al mismo tiempo, sustentado en un binarismo de género: la mujer cuando está en la casa no trabaja, pero si lo hace afuera, eso sí es trabajo. El componente del salario y del dinero vuelve a aparecer aquí, donde la no remuneración invisibiliza el trabajo doméstico y de cuidados. Por otra parte, el énfasis de sus palabras: “los hombres tenían que ir a trabajar” desliza esta idea de la imposición de género. En las

expresiones de Lucas vemos cómo la división sexual del trabajo es visto en mutación a través de sus ojos y sujeta a variables del contexto socio-histórico. Advierten una historia previa “Viste que antes en el siglo diecinueve, siglo veinte las mujeres eran todas las tareas de la casa y los hombres tenían que ir a trabajar.” Cuando Lucas repasa en los siglos XIX y XX, muestra un modo distinto de vivir esta opción tradicionalmente adjudicada a los hombres, y que resulta ser un mandato de género hacia el varón. Desde esta perspectiva, el hombre que no puede, o no logra ser proveedor, no cumpliría con la exigencia de época, por lo que vería afectada su hombría y su virilidad.

En suma, la organización del cotidiano y la manutención forman parte de las condiciones concretas de posibilidad para el ejercicio de las parentalidades.

4.2. Parentalidades y prácticas de cuidado

El ejercicio de las parentalidades está conformado por un conjunto de prácticas subjetivantes hacia niños, niñas y adolescentes que reproducen la vida en común de las familias. Se trata nada más y nada menos que de prácticas productivas de sujetos-niños en unas condiciones concretas de existencia que ofrecemos los adultos. En los encuentros y quehaceres cotidianos con los adultos, niños y adolescentes reciben no solo un conjunto de asistencias prácticas para las necesidades acordes a la etapa evolutiva, sino todo un repertorio subjetivo a través del discurso parental o social.

Los relatos acerca de las crianzas y por quiénes y cómo son cuidados, permiten revisitarse la noción de parentalidades en articulación con la categoría teórica y política de cuidado. En otras palabras, si las parentalidades ponen en análisis a las familias y sus cristalizaciones, por su parte, los cuidados interpelan a las parentalidades: ¿cómo se relacionan parentalidades y cuidados?

La incorporación de ambas nociones como analizadores para comprender las transformaciones contemporáneas en las familias y las desigualaciones de género y

generaciones, expande una discusión que, si bien parte de las experiencias de nuestros entrevistados, también la trasciende. La presencia en los discursos, en distintos espacios y debates públicos y académicos, advierte de parentalidades y cuidados como analizadores de época que permiten deconstruir las cristalizaciones de familia. Asimismo, son conceptos que dejan a las claras el carácter colectivo de la producción de subjetividad, así como los vínculos entre familia e instituciones en la actualidad.¹¹

¿A qué llamo parentalidad? Desde una perspectiva psicoanalítica, se nombra a una forma singular del lazo social entre generaciones que produce subjetivación en niños, niñas y adolescentes. De esta forma, indica tanto una disposición subjetiva por parte de los adultos, como un conjunto de prácticas que producen subjetividad. Se observa que en la actualidad se produce un descentramiento de los cuidados en relación a las familias, abriendo interrogantes acerca de las funciones parentales y sobre la mirada que socialmente damos a los niños, niñas y adolescentes.

Silvana Fuentes (2015) sostiene que la familia es un hecho simbólico y del lenguaje y que las nuevas presentaciones de lo familiar se encuentran en tensión con la ficción moderna de otrora. Aquella había concentrado las funciones de parentalización en los padres, y la familia era entendida como espacio de lo privado y lo íntimo, siendo parte de un dispositivo de poder que primero fue disciplinamiento y luego biopoder. La autora observa que las configuraciones familiares actuales desbordan esta ficción moderna que supo ser eficaz, y expresa en relación a la parentalidad:

Un nuevo significante muestra en lo actual estas nuevas modalidades del lazo (reverso del parentesco): parentalidad. Las estructuras elementales del parentesco determinan la elección del objeto permitido y prohibido. La alteridad se hace evidente e introduce la exogamia. Las estructuras elementales del parentesco organizan un orden simbólico,

¹¹ Por ejemplo, la institución educativa como estamos viendo en el contexto de la pandemia.

un orden de las palabras y las cosas en el que todo está en su lugar (Fuentes, 2015, p. 53)

De esta forma introduce las relaciones entre familias, parentesco y parentalidades delineando posibles rutas conceptuales por las que transitaremos. El concepto de parentesco ha hegemonizado las producciones sobre familias en el siglo XX. Siendo una noción acuñada por los antropólogos, y en particular desarrollada por Lévi Strauss, alude a la relación entre las personas dada por los vínculos de alianza o filiación (biológica). A partir de ese basamento la idea de familia reuniría ambos elementos en conexión, y más allá de la diversidad de configuraciones familiares sobre las que se han ocupado los antropólogos en diferentes culturas, se mantiene el mismo fondo - figura de familia. La forma - figura de familia basada en el parentesco está dada por la pareja conyugal heterosexual, el vínculo sanguíneo y la convivencia. Fuentes (2015) remarca que el parentesco ofrecía un orden claro donde todo estaba en su lugar de acuerdo a las denominadas reglas elementales (Lévi Strauss) y desliza la interrogación acerca de cómo definir el parentesco en

la actualidad en tanto, citando a Serge Cottet (2006) nos dice:

la verdadera subversión concierne a la definición misma de parentesco: asistimos a su emancipación y su extensión fuera de la diferencia de los sexos, de la diferencia hombre-mujer, de la diferencia padre-madre, tal como se verifica en las familias actuales. (p.53)

Siguiendo la pregunta que plantea Fuentes (2015) acerca de cómo definir el parentesco en la actualidad, encuentro dos lecturas que sugieren articulaciones rizomáticas sobre el continuo pensar parentesco-familia-parentalidades y cuidados. Uno de ellos es el ensayo de Judith Butler (2004) titulado *¿El parentesco siempre es de antemano heterosexual?* donde traza coordenadas que suponen la disolución de algunas ideas previas contenidas en las definiciones sobre parentesco. En especial profundiza en cómo esta definición organiza la

sexualidad dentro del matrimonio a partir de la institución del vínculo heterosexual en la familia nuclear. Butler (2004) apunta que hay normas que no pueden formalizarse y que en diferentes lugares del mundo existen relaciones de parentesco que no se ajustan al modelo de familia nuclear:

Si entendemos el parentesco como el conjunto de prácticas que instituyen relaciones de distintos tipos, las cuales negocian la reproducción de la vida y las exigencias de la muerte, resulta que las prácticas de parentesco son aquellas que surgen para ocuparse de formas fundamentales de dependencia humana, entre las que puede contarse el nacimiento, la crianza de hijas e hijos, las relaciones de dependencia y apoyo mutuo, los lazos generacionales, las enfermedades, la agonía y la muerte (por mencionar algunas).(p.221)

La autora remarca que la clave del parentesco es la práctica abocada a la reproducción y producción de la vida. Uno de los puntos de interés en mi lectura es el énfasis en las prácticas vinculadas al cuidado y sostén de quienes se encuentren en situación de dependencia como los recién nacidos y los niños y niñas. Es interesante cómo Butler (2004) incluye a las relaciones de amistad y comunitarias como esferas relacionadas con el parentesco, lo cual resulta bien interesante aquí, así como a las regulaciones del Estado a través de leyes y marcos regulatorios.

El parentesco no es una esfera completamente autónoma, definida como distinta de la comunidad y la amistad (o de las regulaciones del estado) mediante algún decreto, y tampoco está “acabado” o “muerto” solo porque, como ha sostenido con lógica David Schneider, ha perdido la capacidad de ser formalizado o rastreado en las maneras convencionales que, en el pasado, ha intentado usar la etnología. (Butler, 2004, p.4)

Esta apertura a pensar el parentesco más allá de los límites de las *maneras convencionales*, es una línea de análisis a seguir en la medida en que muchas prácticas de

cuidados relatadas por los adolescentes se desarrollan en entornos colectivos, o en instituciones abocadas a tal fin.

Las historias de vida de los adolescentes muestran los aspectos prácticos y de interacción que se producen en el ejercicio de la parentalidad, en los hogares donde conviven con sus madres y en circulación por los hogares donde viven sus padres (cuando tienen relación con ellos). Pero también relatan otras prácticas de cuidados entre pares, entre hermanos, con las mujeres consideradas abuelas, o en instituciones donde pasan muchas horas y que podemos pensarlas en conexión con las parentalidades. Batthyány, Genta y Scavino (2019) definen los cuidados como “la atención de las necesidades cotidianas de las personas en situación de dependencia, pudiendo ser realizadas por una persona remunerada o no remunerada, familiar o no familiar, en una institución o en el ámbito del hogar.” (p.99). Distinguen el componente material y el componente vincular o afectivo del cuidado, así como mencionan distintas fuentes para su provisión, ya sea el mercado, el Estado o las familias. A sabiendas de que las relaciones de cuidado no son necesariamente parentales y que pueden desarrollarse en otras esferas y con otras personas más allá de las familias, surge la pregunta acerca de la diferencia que hace el devenir de una práctica de cuidado a una práctica de parentalización de niños, niñas y adolescentes. Es decir, ¿qué hace que unas relaciones de cuidado y no otras, que se desarrollan en otras esferas o con personas que no son parientes, devengan en procesos de parentalización? Es una pregunta que justamente repara en los aspectos afectivos y vinculares de los cuidados, especialmente cuando se trata de niños y niñas pequeñas. ¿No es acaso nuestra época propicia para provocar mutaciones en los espacios y procesos de subjetivación humana? Si no, pensemos en el uso de las tecnologías, por ejemplo, y en los modos en que las redes sociales sostienen la existencia humana.¹²

¹² En tiempos de COVID -19 esto adquiere mayor notoriedad.

En este sentido, el planteo de Butler (2004) es sugerente en tanto ubica al parentesco como un hacer, es decir, “una práctica que realiza ese acto de ensamblar las significaciones al mismo tiempo que las produce” (Butler, 2004, página 29). Cuestiona la idea de perdurabilidad de las relaciones de parentesco en tanto parece ser estática e insiste en la importancia de las prácticas comunitarias. Su planteo nos hace pensar también en un modo de producir la parentalidad como prácticas que, siendo singulares para cada experiencia de lo familiar, serán también una producción colectiva. En un trabajo de la psicoanalista brasileña Porchat (2017), donde trabaja sobre parentalidades trans, lo expresa del siguiente modo:

Lo que Butler nos hace pensar es en cómo el establecimiento de vínculos entre los seres humanos puede darse por diferentes rituales. Son éstos y la comunidad alrededor de un grupo, o de algunos individuos, que reconocen y validan los vínculos a partir de un campo de inteligibilidad previamente establecido. Este campo codificó los tipos de vínculos, así como codificó los rituales. Sin ser necesario allí el género, las parentalidades biológicas, ni tampoco los binarismos.

Desde la perspectiva de Porchat (2017), las parentalidades pueden ser entendidas como actos performativos, donde siguiendo a Pederzoli no existiría esencia de padre ni esencia de madre. Tal vez una muestra clara de este pasaje lo vemos en las parentalidades trans, continúa diciendo la autora:

serían prácticas de parentesco que cuestionan y rearticulan el sistema normativo, en vez de adecuarse a él. Ellas “reconfiguran” las representaciones del pensamiento occidental en el momento en que performatizan la parentalidad en su relación con el género (Pederzoli, 2017, 61)

Por último, antes de dar paso a la palabra de los adolescentes, es inevitable referirse brevemente a cómo los cuidados parentales en la modernidad fueron ubicados en el ámbito familiar y como actividades de las mujeres. El trabajo de Claudia Calquín (2013) muestra

cómo la psicología juega un papel importante en este sentido, como disciplina que a través de la psicología del desarrollo y del psicoanálisis impusieron una mirada homogeneizadora y normalizadora de las conductas y los cuerpos. Todo esto tendiente a que la familia y la función de la mujer, específicamente, fueran subsidiarias de un modelo de Estado y de sociedad. En esta perspectiva, los cuidados parentales se vuelven sinónimo de cuidados maternos. A continuación, abordaremos las prácticas concretas de parentalidad y cuidados a las que hacen referencia en las entrevistas, y que permiten reflexionar acerca de la singularidad de las experiencias de familia en los hogares de los entrevistados.

4.2.1 Prácticas de cuidado parental y orden sexo-genérico

En este capítulo se analiza cómo se desarrollan las prácticas de cuidado parental, y realizo algunas consideraciones acerca del orden sexo-genérico reinante en sus grupos de convivencia familiar. También reflexiono a propósito de otros actores que trascienden a los integrantes de las familias consanguíneas, como dadores de cuidados, y que son significativos para la parentalización de algunos de los adolescentes entrevistados.

Como se viene planteando, en todas las situaciones los adolescentes conviven con sus madres como adultos referentes y organizadores del espacio doméstico. Al indagar sobre cómo se llevaron adelante las prácticas cotidianas de cuidados parentales a lo largo de sus vidas, Pedro y Lucas mencionaron con énfasis la participación de ambos padres. En el caso de Pedro, durante toda la vida vivió con su madre y/o con su padre, alternando casas y momentos. Por su parte, Lucas vivió con ambos hasta la separación conyugal, cuando el niño estaba en edad escolar. Esto es llamativo si lo ponemos en relación con la normativa jurídica en Uruguay, donde la patria potestad (artículo 252 del Código Civil) corresponde a ambos cónyuges o pareja parental, en tanto conjunto de deberes y derechos que ambos tienen para con sus hijos menores de 18 años. Sin haber consultado acerca de la situación legal en la que

se encuentran los niños luego de la separación conyugal, no tengo elementos para pensar que la patria potestad habría sido suspendida.

En las entrevistas conversamos sobre las actividades diarias que requieren de disponibilidad de tiempos y afectos para con los niños: ayudar a levantarse, preparar el desayuno, llevar o traer a la escuela, resolver cuidados cuando la madre no puede hacerlo, entre otros. Y también indagué en otros momentos que involucran, no solo a las actividades diarias, sino también los momentos excepcionales, o que son parte de las rutinas de un niño, como cumpleaños de amigos, controles médicos, fiestas escolares. La posibilidad de conversar sobre estos tópicos hizo que, en el transcurso de las entrevistas, los adolescentes visibilizaran la labor y presencia de sus madres. Como en las palabras de Patricia: “nunca me puse a pensar que mi madre resolvía gran parte de las cosas”.

La misma chica comenta que sus padres han vivido siempre lejos geográficamente uno del otro, lo que ha impedido que su padre participe en algunas actividades escolares, o que la lleve y traiga de algún cumpleaños, por ejemplo. Así lo expresa:

Patricia: Pasa que como mi padre vive bastante lejos (está a dos horas en ómnibus) y trabajaba bastante tiempo (hay días en los que se va afuera y está dos días trabajando) ... Entonces ta, lo resolvía mi madre, pero más porque mi padre no podía estar ahí.

Cecilia: ¿Y a vos eso te hubiese gustado que fuese de otra forma o fue algo que ta, no te afectaba, digamos?

Patricia: No, ya estaba acostumbrada, nunca me puse a pensar que mi madre resolvía gran parte de las cosas.

Para Patricia, y hasta el momento de la entrevista, ha sido invisible el modo en que su madre debió resolver situaciones cotidianas de cuidados. Si bien en este caso la distancia geográfica es un elemento de la realidad, que puede facilitar u obstaculizar la resolución cotidiana de los cuidados, también hemos visto como en otra situación los padres han

procurado vivir cerca uno del otro para subsanar esto. Se puede decir que hay un implícito acerca de la naturalización de la responsabilidad de los cuidados en la madre y que la situación de entrevista les permite a los adolescentes pensar sobre esto. En la situación de Patricia, la madre aparece como figura omnipresente para otras actividades como cumpleaños, visitas al médico de rutina o fiestas escolares.

Patricia: *Fui con amigos, y después a la salida, a las doce, nos fue a buscar mi madre. Pero a lugares de noche si no me quedo en la casa de alguien o algo así, me va a buscar mi madre.*

Cecilia: *Y tu papá, si te tuviera que ir a buscar ¿te puede ir a buscar de repente? ¿A algún cumpleaños o algo?*

Patricia: *Y no porque él vive bastante lejos.*

También en relación a las fiestas de la escuela expresa:

A veces iba mi madre o mi abuela, o mi tía también, varias veces que mi madre no podía ir iban otros familiares, o mi padre creo que también fue varias veces.

Vale remarcar la acotación “cuando mi madre no podía ir”. Sin embargo, cuando le pregunté acerca de las tareas que realiza una mamá y un papá en la familia, ella no distingue las responsabilidades de los cuidados parentales, sino que responde haciendo referencia al ordenamiento sexo-genérico en el trabajo doméstico.

Cecilia: *Y, a vos, en una familia ¿qué te parece de las tareas de la mamá y el papá...? ¿tienen la misma responsabilidad?*

Patricia: *No creo para NADA que la mujer tiene que hacer las tareas de la casa...en una pareja se tienen que repartir las tareas, nadie es superior a nadie.*

La adolescente remarca la horizontalidad “nadie es superior a nadie” en la pareja, y el énfasis de sus palabras le dan una tonalidad reivindicativa a su respuesta. Es un planteo que ubica los derechos de la mujer en un plano de igualdad con el hombre y no jerárquico entre los géneros: la mujer no tiene porqué asumir sola las tareas de la casa. Su respuesta configura

otro ejemplo de cómo las construcciones de género vinculadas a la reproducción social de la vida se encuentran en mutación. Pero es llamativo cómo pudiendo enunciar este aspecto de la relación entre los géneros, no desagrega trabajo doméstico de trabajo de cuidados, como si este último no fuese visible en relación a la maternidad y paternidad en una familia. Siguiendo a Batthyány, Genta y Scavino (2019), estas expresiones coinciden con la persistencia de un modelo cultural en relación a los cuidados donde las representaciones sociales de género asocian a las mujeres con habilidades naturales para cuidar, y que no serían cuestionadas (agregaría), mientras que los varones serían absueltos de estas responsabilidades. En el caso de la madre de Patricia, busca distintas estrategias para el cuidado, que no siempre son del agrado de la adolescente, por ejemplo, la teleasistencia. Como Patricia cuenta, a partir de determinado momento de su vida comenzó a quedarse sola en la casa y su mamá la llamaba por teléfono desde el trabajo para saber en qué lugar o cómo se encontraba. Para ella esto era una molestia que trataba de sobrellevar y así lo expresa:

Patricia: Quería saber dónde estaba, a dónde iba... Cuando le decía, por ejemplo: ¿Puedo ir a la plaza?, no era permiso para salir, era permiso para ir a cierto lugar, si a ella le gustaba que yo estuviera ahí, si le parecía que estaba muy lejos o algo...

Cecilia: ¿A cuánto queda la plaza?

Patricia: Una cuadra o dos.

Más que la prohibición por parte de la madre, aquí se juega una estrategia de cuidado hacia su hija a la distancia, que al crecer busca otros espacios fuera de lo doméstico, y como es esperable para su edad. Sin embargo, la molestia experimentada por Patricia se acerca a la sensación de sentirse o saberse controlada por su mamá.

En el caso de Lucas, quien vivió de pequeño con ambos padres, se observa cómo los cuidados varían de acuerdo a la edad, remarcando que su mamá está “comprometida” con las

actividades que realiza actualmente y que requieren de permisos o negociaciones, así como una mirada puesta en los temas de interés adolescente. En sus propias palabras:

Cecilia: *¿Y con tu padre vos tenés que negociar esto de las salidas o el estudio u otras cosas?*

Lucas: *No. No.*

Cecilia: *O sea, de esos temas es tu mamá la que está más como...*

Lucas: *Comprometida. Comprometida.*

Es curiosa la utilización de la palabra *comprometida* y nos preguntamos si aquí el compromiso puede ser entendido como sinónimo de presencia y una mirada puesta en las necesidades e inquietudes del adolescente. También Lucas recuerda cómo a lo largo de su vida también su padre y su abuelo materno lo acompañaban en otras actividades que no eran las de rutina:

Cecilia: *Si había que ir al médico por algún control, ¿quién de los dos era el que los llevaba?*

Lucas: *Mamá... Sí, la que más se encargaba de eso era mamá. Papá era si nos tenía que llevar a algún lado estaba papá. Sino estaba el Abuelo.*

Cecilia: *¿Los tenía que llevar a dónde decís, por ejemplo?*

Lucas: *A un cumpleaños, alguna de esas cosas.*

Para Lucas uno de los aspectos del cuidado parental tiene que ver con el compromiso y otro refiere a los límites, en tanto coordinadas que le permiten establecer un campo de posibilidades de acción. Es interesante la apropiación que hace de ellos, en tanto facilitadores para su crecimiento.

Cecilia: *¿Cómo se cuida a los hijos, o a los nietos, o a los adolescentes?*

Lucas: *Poniendo límites, poniendo límites en un principio, dejándolos hacer ciertas cosas. No sé de qué otras maneras, porque a mí siempre me ponen límites, o me los pongo yo... Por ejemplo: ¿mamá, puedo salir? y me dice: ¿a qué hora volvés? A esta hora, más de esta hora no, hay un límite.*

En el caso de Pedro su experiencia se asemeja más a un sistema de tenencia compartida, que es un estatuto legal donde se determina que ambos padres ejercerán la tenencia de los hijos luego de la separación. En la situación de este adolescente, los padres se instalan a pocas cuadras de distancia uno del otro, facilitando el traslado del niño junto con una cuidadora que lo acompaña a una casa o la otra. Un detalle significativo en la actualidad es que el padre vive con la hermana, su esposo y la hija de esta pareja. Esta situación de familia extendida en la casa de su padre, le permite, por ejemplo, quedarse allí cuando está enfermo. Pedro identifica cómo ha necesitado indistintamente a su padre o a su madre en diferentes momentos de la vida, y para diferentes circunstancias:

Cuando entré al liceo necesité pila a mi madre. Porque claro, mi madre es profesora, estudió en su vida, y mi padre no terminó tercero, entonces yo sentía que a mi padre no le podía preguntar cosas. Que mi padre sabe pila de matemática, historia, de todas esas cosas sabe pila, porque le gusta y estudia... Pero ta. yo le preguntaba a mi madre, entonces mi madre estaba en eso. Y cuando me había peleado en el liceo con alguien o me habían observado por alguna boludez, iba y estaba con mi padre, porque mi padre era como que me entendía más, me entiende más; o sea, yo me mando una cagada, él ve la situación, me putea un poco y ta, como que se me pasa la bobera y seguimos, por decirlo de alguna forma. Pero con mi madre si yo le llego a decir que me mandé una cagada o algo, arma la tercera guerra mundial y todo.

Aquí las necesidades y el pedido de ayuda dirigido hacia uno u otro integrante de la pareja parental no parecen tener que ver con cuestiones vinculadas al orden sexo-genérico, es decir, con la distribución de acuerdo al género de distintas actividades, sino con las particularidades del vínculo que el adolescente mantiene con cada uno de ellos. En ese sentido, menciona características de cada uno, como la formación profesional, la personalidad o el carácter, que le permitirán una mejor adaptación al medio en el que se encuentra. Al igual

que en el caso de Patricia, existe una tensión en relación a la figura de la madre como portadora de un control que los adolescentes resisten. Para Pedro esto es decodificado como sobreprotección, “es más sobreprotectora”, dice, y podemos pensar que esta confrontación alude a la confrontación generacional necesaria en esta etapa de la vida, cuando se juega el conflicto de dependencia-independencia adolescente.

Por último, tenemos las situaciones de Camila, Antonio y Sofía que no mencionan a sus padres en el relato sobre cómo fueron sus crianzas. Camila recibe visitas de su papá en el hogar materno y la relación se mantiene en esta modalidad, de frecuencia irregular, y donde la comunicación está mediada por la madre. Ella no menciona actividades recreativas o de otro tipo compartidas con su padre, aunque sí actividades del padre con su hermano. Impresiona que las diferencias en este sentido estarían dadas por cuestiones de género esta vez, o al menos así lo sugiere su respuesta cuando menciona que su papá y su hermano concurren al fútbol, por una parte, y ella y su mamá a la peluquería por otra. Ambas actividades responden a un orden sexo-genérico tradicional donde hay actividades para varones y otras para mujeres. En suma, Camila no menciona hechos o momentos donde se pueda entrever la crianza compartida u otros espacios de encuentro con su padre que no sean las visitas en el hogar materno. Menciona a su mamá como referencia en casi todas las actividades donde necesita ser acompañada:

Ella todo el día también. Nosotros llevamos mucho tiempo; que me lleva a la casa de un amigo, de otro amigo. Que dentista, que dermatólogo, que el colegio, que club, que deporte y ella es la que está para arriba y para abajo.

Sintetizando, si bien cada historia de vida es singular, en relación a las prácticas parentales mencionadas, se puede decir que las madres han sido las responsables principales de los cuidados y actividades tendientes a satisfacer las necesidades de los niños y niñas, hoy adolescentes. Son micro prácticas cotidianas que en la situación de entrevista se hacen

visibles. A pesar de observar variaciones, en el ámbito doméstico, en cuanto a los lugares tradicionales asignados a hombres y mujeres según el género, en relación a los cuidados parentales, persisten como sinónimo de cuidados maternos en el hogar de nuestros entrevistados. Por otra parte, se ve como la organización de lo doméstico genera condiciones para el ejercicio de las parentalidades lo que, si bien a los efectos analíticos se presenta como itinerarios separados, en los hechos se entrecruzan incesantemente.

4.2.2. Las parentalidades frente a la ampliación y diversificación de los cuidados

Sin perjuicio de que las madres son las principales referencias, y quienes se encargan directamente, organizan o gestionan el cuidado cotidiano de sus hijos; en las historias de vida se observa que las prácticas de cuidados y crianza se traman y reubican en otros espacios de lo social, además del espacio familiar. En sus relatos cuentan cómo han estado presentes otras personas o instituciones educativas de referencia. Presentan a otros actores que pueden ser cuidadoras, abuelas, tías, liceos, colegios, centros juveniles, entre otros. También mencionan prácticas de cuidados entre hermanos, ya sea como dadores o como beneficiarios. A lo largo de las entrevistas se va tejiendo una constelación de cuidados y cuidadores, ya sean personas o instituciones, que los han acompañado a lo largo de sus vidas.

Patricia muestra el carácter dinámico que ha tenido su experiencia en función de cómo su mamá fue resolviendo en distintos momentos de su vida:

Ah, sí, ella como trabajaba hasta las cuatro, lo que resolvió fue a una mujer que vivía en una casa, que era madre de un compañero que yo tenía, le pidió para que me cuidara y le pagaba. Entonces yo salía y me iba a buscar esa señora, me iba a la casa de ella, comía, y después de tarde cuando mi madre salía me iba a buscar y me iba para mi casa.

O en otro momento, alternando del siguiente modo:

Como en ese tiempo vivía con mis tíos, me iban a buscar ellos e iban a buscar a mis

primos también, que iban al mismo jardín.

En esta cita se muestra como otros integrantes de la familia extensa biológica, integrada por sus tíos y tía por línea materna, así como su abuela paterna, han oficiado de sostén a lo largo de toda su vida. En el trabajo de Batthyány, Genta y Scavino (2019) sobre las estrategias de cuidado en niños y niñas de 0 a 6 años, se muestran distintas tipologías sobre estrategias de cuidados entre las cuales se encuentra la familista o de baja mercantilización como puede ser el caso relatado por Patricia, donde sus cuidados se resuelven con parientes o con la contratación de cuidadora remunerada por escasas horas.

En otras historias de vida, los modos de resolver los cuidados se configuran con mayor estabilidad a través del tiempo, refiriendo la presencia de cuidadoras que se hacen cargo de los niños mientras las madres trabajan. En este caso, se podrían ubicar estas estrategias en lo que las autoras citadas refieren como estrategias de alta mercantilización. Son las situaciones de Lucas y Pedro, que llegan a incluir a estas mujeres en su genealogía familiar afectiva al denominarlas abuelas del corazón. Por su parte, Lucas concurría a la casa de su cuidadora, donde compartía el espacio con otros niños, incluida su hermana más chica. Además, por la cercanía física con su abuelo, también pasaba muchas horas con él, siendo una presencia cotidiana y cercana. Pedro contó con una señora que cuidó de su hermano y de él durante su infancia y hasta hace pocos años. Una de las particularidades del trabajo de cuidados por parte de la señora es que se trasladaba con él de la escuela a la casa. Pedro cuenta que lo pasaba a buscar por la escuela y luego iban a la casa de su padre o de su madre, dependiendo de las “reparticiones” de días entre los adultos. La descripción que realiza el adolescente nos conduce a pensar acerca de las características, no cuantificables, del vínculo entre un niño o niña y un adulto, para que se transforme en relación parental.

Pedro: *En cualquier casa que esté... O sea: ella iba a la casa en que yo estaba.*

Cecilia: *¿Ah sí?*

Pedro: *Claro. Si estaba en lo de mi madre, los días que estaba en lo de mi madre ella iba a lo de mi madre, y cuando estaba con mi padre ella iba con mi padre. La contrató mi padre para estar en las dos casas, entonces ella iba a las dos.*

Esta estrategia familiar de cuidados, promovida por la familia de Pedro, resultó una experiencia muy positiva para el niño, y en sus recuerdos se percibe la importancia de la permanencia de esta señora a lo largo de los años y la movilidad de ambos padres. La señora ejercía una importante función de cuidado y cabe también la pregunta sobre la función de parentalización al mismo tiempo.

Era alguien que me iba a cuidar...me cuidó desde que yo nací hasta hace un año y medio... O sea, no cuidaba, me cuidaba y también limpiaba en la casa. Entonces para mí es como mi abuela, para mí sí es como mi familia, pero no tan familia

Ella limpiaba lo que yo desordenaba básicamente; entonces siempre fui medio desordenado, pero nadie se daba cuenta, porque yo tampoco me daba cuenta, porque ponele que dejaba esto acá y ella iba y me lo dejaba acá enseguida, entonces nunca me di cuenta. Y ahora que no está dejó esto acá y queda ahí, porque yo me olvido, y después esto viene acá y acá y acá, y de repente lo perdí y bueno ta, lo tengo que buscar.

Al decir del adolescente, la señora era *como* su abuela, haciendo por él, ordenando sus cosas, adelantándose a su propio desorden. Tiene, además, recuerdos geniales de distintos eventos claves para su desarrollo y que recuerda:

Ella me enseñó a caminar, según los cuentos la primera vez que caminé solo fue acompañándola al quiosco... o cuando aprendió a andar en bicicleta con esta señora.

Y más adelante, agrega:

Y también me enseñó a andar en bicicleta sin rueditas cuando tenía cuatro años y...

En este caso, identifico que no es solamente la presencia de la cuidadora (quien, por su parte, tenía su propia familia) y los cuidados cotidianos, sino la cualidad singular del vínculo referida por el adolescente. Hay una cualidad afectiva intensa en el relato de Pedro que se expresa en la marcación de hitos y mojones en su crecimiento, donde la señora oficia de sostén y apuntalamiento. Estos hitos en la vida de todo niño o niña, y que menciona espontáneamente, van construyendo autonomía en el niño y ponen de manifiesto procesos de parentalización. Se produce un apuntalamiento sostenido por los encuentros sucesivos y persistentes a lo largo del tiempo, donde la mirada de la señora es referida como una mirada de reconocimiento. Las características del vínculo con esta abuela del corazón están signadas por la continuidad y el mantenimiento en el sostén afectivo, en el reconocimiento por parte de la señora hacia el niño, en el afecto manifiesto y perdurable a lo largo del tiempo. Si bien Pedro admite que la señora no forma parte de la familia, observamos que son dos procesos diferentes que valen la pena pensar juntos. La abuela del corazón puede ser una figura de cuidados sin convertirse en pariente. Puede ejercer una función parental sin integrar la familia o puede ejercer esta función y convertirse en familia también.

Se observa que existen otras personas o espacios donde los adolescentes ven colmada su necesidad de cuidados y que son: los grupos de pares y amigos, el vínculo fraterno entre hermanos y las instituciones educativas. Estas esferas del cuidado están asociadas a diferentes aspectos como la edad de los adolescentes, las posibilidades materiales de las familias, y de las mujeres en particular, de resolver los cuidados de sus hijos en diferentes etapas de la vida. En el primer caso, los grupos de pares y amigos juegan un papel de autocuidado o de cuidados mutuos, donde la reciprocidad parece ser un elemento a considerar. El *estar en común* con amigos muestra un modo de habitar y construir espacios comunes que tienen asiento físico en las casas de cada uno, pero también en plazas y calles. Muestran un modo singular de habitar y apropiarse del espacio público por parte de los adolescentes que resulta atractivo para

algunos de los entrevistados. Mencionan las salidas del liceo para instalarse en las plazas, como es el caso de Patricia, o las caminatas con amigos por parte de Lucas, o las redes de circulación de Pedro por distintos espacios donde hace cosas con amigos. En el segundo caso, están las situaciones de Antonio y Sofía donde se produce un desplazamiento en relación al lugar y presencia de la madre, destacándose el vínculo fraterno como sostén de un conjunto de prácticas de cuidados que impresionan como una importante red de sostén para la parentalidad durante sus infancias. Ambos adolescentes han pasado la mayor parte del tiempo en los hogares encabezados por sus madres, salvo breves periodos donde vivieron con sus padres. Sin embargo, es la figura del hermano mayor quien es referido en los cuidados cotidianos, como lo expresa Antonio:

Antonio: No, en realidad siempre fui solo a la escuela. De chiquito, excepto al inicio y al final de clases, siempre íbamos solos con mis hermanos, íbamos a la escuela solos, nunca nos acompañaron a ir hasta allá.

Cecilia: ¿Y cuándo estabas enfermo? ¿Te acordás? Si te enfermabas por algo...

Antonio: No, antes, cuando era mucho más chico... O sea, yo nunca fui de enfermarme tanto, tenía como las defensas altas...

Cecilia: Mirá que bien.

Antonio: Y yo cuando me enfermaba, que era una vez cada mucho, mi madre me llamaba por teléfono... Porque ella toda la noche trabajaba y creo que hasta las cinco, seis de la tarde, no me acuerdo ni en qué trabajaba, pero era otro trabajo anterior que tenía que era como hasta las seis de la tarde, así que no me podía atender porque si yo me enfermaba no estaba en todo el día. Me llamaba o llamaba a mi hermano para que me fuera a buscar un Perifar o algo así.

En el relato de Antonio estas condiciones estarían dadas por las exigencias laborales de la madre, así como por la presencia del hermano mayor quien, al decir de Antonio, hacía de *padre*:

Es como si hubiese sido nuestro padre para mí y mi hermano chico.

Algo similar ocurre en la situación de Sofía, donde el vínculo fraterno posibilita procesos de parentalización y no solo de cuidados. En esta oportunidad ella es la hermana mayor, y quien tiene la responsabilidad de los cuidados hacia sus hermanos menores. Sofía, aun siendo ella misma una niña, se hace cargo del cuidado de sus hermanos. De hecho, la primera entrevista se ve interrumpida para que la adolescente retire a su hermana del CAIF.

En ambas situaciones, Antonio y Sofía asumen de forma natural que los hermanos mayores cuiden a los más chicos y que las madres deleguen en ellos la crianza y cuidados. Esto abre una línea de investigación a futuro acerca del rol y función parental que cumplen los hermanos mayores en algunos contextos, sobre los efectos y costos subjetivos. En el apartado siguiente veremos cómo esta alteración en el orden generacional en relación a los cuidados, donde no existe diferenciación en las líneas generacionales se enlaza con un vínculo sacrificial entre la madre y los hijos, y una dificultad del adulto en sostener una posición de protección, cuidado y autoridad.

Por último, vemos la experiencia de Camila, que concurre a un colegio durante 10 o 12 horas al día desde que tiene 2 o 3 años.

Camila: *Sí, vivo en el colegio.*

Cecilia: *Para vos es re importante, ¿qué sería para vos?*

Camila: *Si, estoy todo el tiempo ahí. Conozco a la gente, tengo amigos más grandes, más chicos...Crecí ahí también...*

Se advierte en su relato que la institución educativa se presenta como potencial espacio de parentalización. Si bien no se cuenta con suficiente información sobre cómo se

desarrolla este proceso a lo largo de los diferentes ciclos de la etapa escolar y liceal, ni si este aspecto es problematizado por parte de la institución educativa, pero sí se constatan los efectos subjetivos en la niña-adolescente. La cantidad de horas de permanencia de Camila allí, los lazos generados con diferentes actores de la institución, así como la continuidad en un mismo centro, estarían hablando de un espacio a considerar cuando de parentalidades se trata. Este es un aspecto a desarrollar en futuras investigaciones, en tanto familia y escuela entendidas como instituciones, se ven desbordadas en la contemporaneidad y en muchas situaciones se reclaman mutuamente, así como emergen prácticas parentales que no necesariamente son mentalizadas ni pensadas.

4.3. En el nombre del cuidado: Parentalidades y Estado

En las historias de dos adolescentes se observa cómo el Estado interviene en sus vidas y la de sus familias en nombre del cuidado. Se trata de las situaciones de Sofía y Antonio, quienes viven en hogares monoparentales ubicados en barrios periféricos, donde se ubica el mayor porcentaje de población con necesidades básicas insatisfechas (Calvo, 2013). Ambos concurren a Centros Juveniles, dispositivos que forman parte de una política pública social dirigida a adolescentes entre 12 y 17 años. Estos centros funcionan diariamente y en tiempo parcial, a través de convenios entre el Estado y organizaciones de la sociedad civil. Un equipo integrado por educadores, psicólogos y trabajadores sociales llevan adelante distintas propuestas socioeducativas que incluyen talleres, actividades de recreación, de circulación por la ciudad, entre otros. Estos centros siguen los lineamientos programáticos de la política pública y luego se singularizan en la ejecución que cada asociación civil o cooperativa de trabajo realice. Para el caso de estos entrevistados, se observa como ellos y sus familias se incluyen como beneficiarios de una política, que, si bien está focalizada en los adolescentes, también aborda cuestiones del relacionamiento y dinámica familiar.

Estos elementos sirven para contextualizar los espacios a los que concurren Antonio y Sofía, y donde realizamos las entrevistas. En particular, en este apartado, abordaré la historia de Sofía, y la intervención que realiza el Estado frente al acceso a la Justicia por parte de la chica.

Haré una deriva para ubicar estas prácticas de intervención estatal en el contexto nacional actual. El tema de familias y desigualdades que se viene desarrollando adquiere ribetes singulares cuando hablamos de la interacción entre Estado y cuidados, en nombre de la protección social y de la restitución de derechos, a través de las prácticas del sistema judicial, las que se entroncan con la institucionalización que han tenido las políticas de derechos de infancia y adolescencia en contextos de desigualdad, pobreza y exclusión (Llovet, 2011), como lo es el barrio donde vive Sofía, uno de los que tiene mayores necesidades básicas insatisfechas en Montevideo.

En Uruguay, las políticas sociales para la reducción de la pobreza y atención a los sectores más vulnerables, y en particular hacia las familias, tuvieron un importante impulso a partir de la asunción del primer gobierno progresista de Tabaré Vázquez en 2005 y durante los sucesivos gobiernos progresistas hasta el año 2019.¹³ Así también las prácticas jurídicas debieron adecuarse luego de la aprobación del Código de la Niñez y la Adolescencia (Ley 17.823, 2004).

Los Centros Juveniles a los que concurren Sofía y Antonio cobran impulso en el marco de la institucionalización de estas políticas, junto con otros programas y acciones entre los que destacamos la Estrategia Nacional de Fortalecimiento de las Capacidades Familiares, también denominado Programa Cercanías, que se implementa desde el año 2012 hasta la actualidad. Otra línea estratégica en política pública viene siendo el sistema de garantías y de protección a los cuidados que ofrece el Sistema Nacional de Cuidados (en adelante SC),

¹³ Estos fueron: 2005-2009, Tabaré Vazquez; 2010-2015, José "Pepe" Mujica y 2015-2020, Tabaré Vazquez.

denominado como *buque insignia* del tercer período del gobierno progresista del presidente Tabaré Vázquez (2015-2019).¹⁴ El SC busca superar la inequidad de género existente, asumiendo la corresponsabilidad del Estado y el involucramiento de los hombres en las prácticas de cuidado. En su formulación plantea tres principales razones: la cuestión de género, de sustentabilidad social y de derechos. En cuanto a la primera de estas razones, se busca superar el papel históricamente atribuido a las mujeres de tener a su cargo exclusivo las tareas domésticas y los cuidados en el hogar. Entre otros fundamentos, la política sostiene que, a pesar del incremento en la tasa de empleo de las mujeres, no ha habido cambios en la redistribución de los roles domésticos. También señala que las familias vienen desplazando el cuidado hacia el mercado, por lo cual la intervención del Estado permitiría por un lado regular la actividad privada y por otro ofrecer servicios públicos adecuados y bajo regulación estatal. El SC es una intervención fuerte en materia de política pública dirigida a las familias, que se basa en el cuidado como derecho y práctica social y que atiende principalmente a población con menores recursos económicos para acceder a prestaciones en la órbita privada.

Recorrer las impresiones y el registro del encuentro con Sofía, permitió la edición de su historia de vida¹⁵, y permitió ver cómo se ponen en juego distintos entrecruzamientos entre Estado, prácticas de cuidado y parentalidades.

Su relato muestra un curso accidentado donde el Estado, a través de distintas mediaciones, ha intervenido de forma sistemática en nombre del cuidado. Desde su infancia vive en condiciones de violencias de distinto orden: de género, de generaciones, de clase social. Estas desigualdades interactúan y se producen como prácticas de desigualación donde lo social y lo familiar están interconectados.

¹⁴ Cabe aclarar que, luego de la asunción del gobierno de coalición de Luis Lacalle Pou, todas estas políticas sociales se encuentran en revisión y/o desmontaje, lo cual puede que en unos meses el escenario sea muy diferente al actual.

¹⁵ Página 96 de esta tesis.

Las entrevistas sugieren recorridos analíticos, donde, en primer lugar, impactan precisamente las violencias de distinto tipo. Como presentamos al comienzo del capítulo, realizamos un abordaje interseccional donde, parafraseando a María Caterina La Barbera (2016), son los sistemas de subordinación de género, situación socio-económica y edad, los que se crean y recrean uno a otro a lo largo del tiempo y los espacios. La singularidad de la experiencia de Sofía muestra como los marcadores de género, edad y condición socioeconómica producen desigualdad de modo articulado, es decir, que no podemos hacer foco en uno solo de estos, ya que sería sobre-codificar políticamente un fenómeno más complejo, que es resultado de distintos tipos de discriminaciones. Para las diferentes situaciones relatadas, y los distintos momentos de la vida, podríamos atender los modos en que actúan, como multiplicidades que se constituyen unas a otras simultáneamente. En ese sentido, el Estado intervendría para sanar estas desigualdades, o al menos esa es la intencionalidad de la política. Sin embargo, se mantiene como una constante la situación de pobreza, su condición de niña sujeta a decisiones y prácticas adultas de violencia, y de mujer subordinada a la figura del hombre violento.

Estos elementos modulan una singularidad donde el Estado interviene sobre las parentalidades, aun cuando no exista un objetivo explícito en este sentido. Para desarrollar este aspecto, optamos por presentar el análisis tomando, por un lado, los procesos de judicialización de la vida a partir de la violencia doméstica conyugal padecida en el hogar de Sofía, y sus efectos en los niños y niñas. Junto con esto incursionamos en el lugar de la niñez y de la infancia en su interdependencia con el lugar de los adultos.

4.3.1. Violencia y judicialización de la vida

Sofía habla de un escenario familiar dinámico en relación a los espacios de localización donde reside y los tiempos confusos en que se organiza su historia de vida. En estas condiciones de convivencia con su madre y hermanas se produce la intervención judicial

por parte del Estado. La primera referencia al respecto se inicia con el pedido de Sofía-niña, presentándose en un puesto policial a pedir ayuda por la violencia en el hogar. Luego de este primer episodio, se mencionan denuncias de los vecinos por violencia doméstica o intrafamiliar, hasta que, finalmente, es la madre quien denuncia a su hija adolescente por su permanencia en la calle. Aquí hay una primera evidencia sobre cómo el campo de la intervención judicial se liga a la violencia y, al mismo tiempo, opera como un regulador o modulador del relacionamiento social e intrafamiliar. Como veremos a continuación, la intervención judicial supone medidas de protección que marcan distancias, prohibiciones y sanciones, performateando unos relacionamientos en detrimento de otros. La adolescente habla de la violencia cotidiana a lo largo de su vida, que encuentra su cruda manifestación en la violencia ejercida por el padrastro hacia ella, hacia su hermana, hacia la madre. Habla de una violencia simbólica y fáctica: de golpes, gritos y diferentes medios de coacción (como es la obligación hacia la madre de vender drogas, al decir de la adolescente). Sofía habla del ejercicio de poder abusivo del hombre en la pareja conyugal, y que se extiende hacia las niñas. Aparece como un modo de vinculación en el hogar y como un fin en sí misma, en tanto no se explicitan motivos ni argumentos para justificar esta práctica. En el marco de la violencia doméstica se configuran situaciones específicas de maltrato físico y emocional hacia las niñas, que refuerzan el carácter abusivo del vínculo. Persiste una violencia basada en el género y la edad, que responde a un orden patriarcal en tanto se establece una relación jerárquica de parte del hombre-adulto hacia la niña.

En el siguiente fragmento aparece de forma dramática como la niña estando en una situación de desventaja y vulnerabilidad extrema, logra concurrir por sus propios medios a denunciar la situación:

Sí. Porque él la obligaba a vender drogas. Y por eso le pegaba y todo eso, yo me acuerdo que un día había llegado de la escuela y ellos tenían un auto y lo habían

dejado parado en la puerta que ellos iban hasta no sé dónde. Y me dijeron que ahí venían, y yo había ido a casa de una vecina a buscar a mi hermanito chico, que era recién nacido y cuando vinieron él me iba a pegar porque yo había ido a la casa de la vecina y ellos me dijeron que me quedara ahí. Entonces fui, había una garita en camino Maldonado y yo les dije que él no era mi padre y que me quería pegar. Entonces me llevaron en un móvil y llevaron a mi madre y yo les dije que me quería ir con mi padre. (Sofía)

De este modo, la denuncia policial marca el movimiento de acceso a la justicia y un modo de abordar el problema de la violencia. Las acciones judiciales tendrían como propósito garantizar el cumplimiento de derechos de la niña, y como medida de protección se decide el pasaje a convivir con su padre. Cabe destacar que Sofía no mantenía vínculo con su papá y tampoco lo veía, sin embargo, pide para vivir con él. A diferencia de su hermana que prefiere mantenerse en la casa con sus hermanos, la madre y su pareja, aun cuando persistía la violencia.

Sofía: Me acuerdo que en el juzgado yo quería vivir con mi padre y mi hermana no, y el juez dijo “Donde va una tiene que estar la otra” y nos tuvimos que ir las dos.

Cecilia: Tu hermana ¿qué prefería?, ¿quedarse con tu padre o tu madre?

Sofía: Sí, por mis hermanos, ella quería quedarse con mi madre. Pero igual, yo me quería ir por todo el tema. El marido de mi madre era abusivo.

El accionar de la justicia revictimiza a las niñas, en tanto las medidas de protección las llevan a salir del hogar familiar donde conviven con su madre y hermanos. De algún modo, se legitima el abuso de poder del agresor, quien, siguiendo el relato de Sofía, no recibe sanción, sino que el mensaje es de castigo a las niñas con la salida del hogar. Dejo planteada aquí la pregunta acerca de cómo la intervención judicial opera como una tecnología de gobierno (Foucault, 2006), que termina reproduciendo la violencia sobre Sofía, dada por su triple

condición de niña, mujer y pobre. En este sentido, la intervención judicial actuaría como ejercicio de un saber-poder sobre la niña y su familia, que se articula con procesos de subjetivación. Las tecnologías de gobierno, en tanto son prácticas gubernamentales y de poder, actúan modulando las conductas y favoreciendo subjetivación. Otro elemento que resulta clave en la composición de la violencia y la intervención judicial son las dificultades de la madre para proteger a sus hijas, así como su exposición a hechos delictivos que ponen en riesgo a todo el núcleo familiar. Si bien la pareja de la señora se destaca como figura principal en cuanto a la generación de la violencia en el hogar, por otra parte, su mamá violentada no logra sostener y dar respuesta a las necesidades de sus hijas. A diferencia de otras historias de vida donde las mujeres al frente de estos hogares se hacen cargo de los cuidados hacia los niños y niñas, ya sea con sus presencias directas o gestionándolos, en el relato de Sofía, su mamá no responde al modelo tradicional de *buena madre* (Hays, 1998), donde impera el cuidado de los hijos y la reproducción social de la vida.

mi madre antes como que no nos daba bola cuando vivía con el que era marido de ella. Y ta, y nos pegaba por él y todas esas cosas. (Sofía)

También nos preguntamos si esta posición de la mamá y de las condiciones familiares expresadas permitirían hablar de una parentalización violenta. Leyendo la tesis de maestría de Di Fabio (inédita), cuando cita a Ravazzola (2005), puntualiza que son necesarias tres condiciones para hablar de *parentalización violenta*: dependencia entre los miembros de una familia, roles de género estereotipados y desiguales jerárquicamente, así como la circulación de significados donde el abuso no sea percibido como tal y pase a ser considerado legítimo.

A sabiendas de que las situaciones de maltrato infantil se producen mayormente en las propias familias, y es allí donde se vulneran los derechos de niñas y niños, nos preguntamos acerca de ¿cómo inciden estos procesos de *parentalización violenta* en la subjetividad de

niños y niñas? y ¿cuáles son los efectos subjetivos de la crianza en contextos donde el daño y la violencia son significados como inevitables? Considerando, además, el ingreso que hace el Estado en las vidas de las familias, y especialmente en relación a la niña, surge la inquietud sobre cómo ciertas prácticas desde el orden jurídico refuerzan el sistema de subordinación y desigualación que mencionamos en la introducción de este desarrollo.

Las investigadoras Laura López y Cecilia Montes (2010, 2015) incursionan, desde hace ya varios años, en estudios que son de referencia académica nacional en lo que respecta a las interrelaciones entre el dispositivo pericial del campo jurídico con los *discursos psi*. Partiendo de la tesis de maestría de Montes, ambas autoras trabajan en torno a la experticia profesional (Rose, 1999) en la judicialización de la violencia doméstica conyugal. Aquí nos interesa destacar algunas observaciones que se vinculan con aspectos visibles en la historia de vida de Sofía. Las autoras toman la noción de judicialización de Theófilos Rifiotis (2004) para nombrar procesos que amplían el acceso al sistema de justicia, pero, al mismo tiempo, desvalorizan otras formas de resolver los conflictos. Siguiendo a este autor, coinciden en que la judicialización de la vida cotidiana genera efectos de vulneración, como veíamos, por ejemplo, en la resolución judicial a propósito de la denuncia realizada por la niña. Esta forma de dar trámite a la cuestión de la violencia padecida, parafraseando a las autoras, no estaría permitiendo la pretendida restitución de derechos a través del acceso a la justicia, sino que, en este caso, afectaría negativamente, no solo porque descentra a las niñas del foco para la protección, sino porque no realiza un abordaje más amplio que contemple a la madre como víctima de violencia doméstica. Se ponen de manifiesto las prácticas que acciona el dispositivo pericial y que traslucen un modo de construir el estar en familia, las nociones de mujer, víctima, niñez, entre otros (Montes, López, 2015). Por lo cual en el escenario descrito vemos como parentalidades y familias se entrelazan con las construcciones sociales acerca de la infancia, la adultez y los deberes y derechos de ambos.

Asumiendo que la niñez y la adolescencia son categorías sociales e históricas, vemos, asimismo, como son encarnadas por Sofía a lo largo de su historia de vida. Hasta aquí analizamos cómo las prácticas de control jurídico producen un tratamiento del conflicto donde se hace visible su inscripción desde el punto de vista de género y en relación a su condición de niña. Haré una deriva final en este punto para considerar el modo en que se expresa el ser niña en relación al mundo adulto y cómo se particulariza la infancia y adolescencia de Sofía en el marco de su grupo familiar, de su barrio y entorno inmediato. Como decíamos, la chica es hija de una mamá adolescente de 16 años, es decir, un año mayor que ella al momento de la entrevista. Vivió con ambos padres los primeros tiempos de vida, pero no menciona episodios, anécdotas o recuerdos de ese periodo de vida en común. Sus padres se separan y Sofía queda viviendo con su mamá y su hermana menor que le sigue en edad, ambas hijas de la misma pareja parental.

Después estuvimos siempre solas. Siempre nosotras.

Es curioso como la chica subraya las palabras: siempre, solas y nosotras, cuando el mayor tiempo de convivencia sostenida ha sido con el padrastro violento. La vivencia de soledad compartida con su hermana y su mamá parece ser una cualidad afectiva persistente a lo largo de sus vidas, y que cohesiona en la síntesis del *nosotras*. Es decir, que Sofía establece una distancia afectiva donde por un lado estaban su madre y las dos hijas mayores, en relación a su grupo familiar de convivencia.

Las escenas de violencia repetida y sistemática muestran a su mamá como víctima de esta situación, y a Sofía en la búsqueda por aliviar y ayudar a la madre de diferentes maneras: en la defensa del marido violento, y en tomar a su cargo diferentes actividades que son de responsabilidad adulta. Es el caso de la asignación y asunción del cuidado hacia sus hermanas pequeñas, así como la ayuda en la búsqueda laboral para colaborar en el sustento económico de la familia.

Sí, aparte quiero estudiar y ponerme a trabajar para ayudar a mi madre. Acá en el centro juvenil nos iban a conseguir trabajo, pero ta, estamos esperando unas reuniones a ver qué pasa. Tenemos que esperar una bolsa de trabajo y todo eso.

El deseo de formación de la adolescente parece ser un proyecto para otro y de carácter sacrificial, donde lo personal tiene cabida en tanto aporte a su mamá para el sustento familiar. Esto se ve en diferentes actos de la cotidianidad, como la alteración de sus actividades para realizar los cuidados hacia sus hermanas. Es interesante ver cómo este trabajo de cuidados —abordado en el apartado anterior— aparece naturalizado en su vida cotidiana, siendo el amor y la gratitud las motivaciones principales, cuestión que invisibiliza los aspectos de sobrecarga y de trabajo no remunerado (Montes, López y Galeotti, 2018).

Cecilia: *¿A qué hora entrás ahora?*

Sofía: *A las ocho. Igual a veces entro tarde porque traigo a mi hermana chica que entra ocho y treinta y ya la traigo a ella y me quedo acá.*

Cecilia: *Y el tema de llevarla y traerla a tu hermana. Vos decís que contigo se lleva mejor.*

Sofía: *Es la que mejor se lleva conmigo, y aparte eso de llevarla y traerla tengo que hacerlo, mi madre no puede mandar a mis otras hermanas porque son chicas. Aparte mi otra hermana estudia para allá, me queda más cerca traerla que a las demás y aparte yo hablo con la educadora y me justifica llegar tarde.*

Por otra parte, también queda invisibilizada la imposición de funciones adultas que se produce hacia las niñas, siendo desvirtuado el lugar de la autoridad parental. Aquí reside uno de los ejes de la desigualdad, que mencionamos al comienzo del capítulo, donde se delegan y asumen responsabilidades adultas en niños, niñas y adolescentes; como si esto fuera lo normal y esperado en cierto contexto socioeconómico, discurso que proviene también desde las instituciones públicas. Esta naturalización deja en las sombras la violencia que supone el hacerse cargo de situaciones donde se esperarí la presencia del adulto como sostén y

responsable de ciertos cuidados. Son tareas y responsabilidades para las cuales los niños y adolescentes no están preparados y que aumentan su vulnerabilidad en tanto no cuentan con recursos subjetivos para asumir y sobrellevar la posición adulta.

A veces cuando me molesto con mi madre le digo: ¿Sabes por qué quiero estudiar? Porque no quiero terminar como vos. Yo no quiero llegar a tener hijos y no tener mi casa, mantenerme”, suena mal decirle eso, pero es la verdad. Por eso estoy estudiando, porque mi madre no quiso estudiar y no pudo porque me tuvo a mí. Quiero estudiar y tener un trabajo para ayudar a mi madre y ser alguien, como dice ella. Y aparte llevar por buen camino a mis hermanos, porque si ellos ven que yo estoy trabajando ellos van a querer trabajar. (Sofía)

En este repertorio de situaciones, donde no existe una clara diferenciación de las líneas generacionales, vemos las dificultades para establecer una confrontación generacional (Kancyper, 2003) exitosa con su mamá. Los modelos femeninos parecen estar muy arraigados en la ecuación mujer=madre y la posibilidad de autonomización en Sofía, como veremos en el próximo capítulo, se ven comprometidos. La adolescente habla de las dificultades que su mamá debió enfrentar al embarazarse y decidir continuar con el embarazo. Esta decisión de la madre, que no contó con el apoyo de su familia, refuerza el sentimiento de gratitud o el deber de reciprocidad hacia esta madre que se convirtió en *mujer* tempranamente.

A mi madre la echaron de la casa, no tenía a donde ir, no podía hacer nada y ella me dice que ya no era una niña, se sentía una mujer. (Sofía).

Al hablar del embarazo y maternidad temprana, deja entrever cómo se juega el mito social del que habla Ana María Fernández (1994), donde la confirmación del ser mujer pasaría precisamente por el ser madre. Y donde, asimismo, la maternidad traería aparejado un pasaje a la vida adulta en el *ser mujer*. Del mismo modo, esta experiencia de lo femenino se

prolonga en la adolescente, quien es requerida desde distintos lugares (la escuela, el CAIF, su hogar) para atender a sus hermanos e inclusive a su padre, como vemos en la siguiente cita:

Sofía: *Ay, que yo soy la única que se preocupa por tu padre, que no sé qué, no sé cuánto, ay sí, no jodas.*

Cecilia: *Que es la única que se preocupa, ¿ella o vos?*

Sofía: *Ella. Y bueno, pero yo tengo mis cosas también que hacer.*

Cecilia: *¿Y qué cosas son en las que hay que preocuparse?*

Sofía: *Porque ella lo cuida y qué no sé qué, y que lo aguanta solo ella cuando está enfermo, y que yo y mi hermana grande no nos preocupamos por nada. Porque yo tengo otra hermana grande que es hija de mi padre también, no de mi madre, pero de mi padre.*

Es llamativo cómo la esposa de su papá se dirige a la adolescente y a su hermana, como si ellas fuesen mujeres adultas y estableciendo una paridad en cuanto a las responsabilidades de acuerdo a la edad.

Se ve un forzamiento hacia una posición pseudoadulta que se traduciría en conductas que no se corresponden a la edad. En otras palabras, estos movimientos coadyuvan a la naturalización con que es asumido el lugar de la niña como depositaria inevitable de la violencia, primando sentimientos de dolor e impotencia.

Sofía: *Claro, que yo no soy más la niña chica que era antes que miraba cómo él le pegaba a mi madre y no podía hacer nada porque era chica, si ahora se le acerca a mi madre...*

Cecilia: *¿Y qué hacías cuando le pegaba a tu madre?*

Sofía: *Lloraba, no podía hacer nada porque si no me pegaba a mí también; es más, una vez le estaba pegando a mi madre y fui a decirle a una vecina, me escapé por la ventana y fui a decirle, y cuando vine me cagó a palo me acuerdo, me estaba ahorcando y mi madre lo sacó. Y había entrado la policía para adentro de casa y él no dejaba que mi madre abriera la puerta.*

Para finalizar este punto, resitúo algunas de las reflexiones realizadas durante el proceso de investigación de la tesis junto a Noelia De Los Santos, Chiara Di Fabio y Lucía Pierri (2018) en articulación con las producciones nacionales que mencionamos de Laura López y Cecilia Montes, así como otras del contexto regional. Siguiendo las investigaciones de Socorro García (1998 y 2008) se advierte la convivencia de dos modelos en materia de políticas sociales de infancia en nuestro país entre el siglo XX e inicios del XXI, donde:

convive un modelo de protección de los sectores pobres de la sociedad de carácter tutelar-asistencial y familiarista, centrado en la prevención del abandono (donde se procede a intervenir desde el Estado ante las situaciones en que la familia no provee los cuidados de crianza y educación esperados) con un modelo universal y semicorporativo tradicional que comprende acciones educativas y sanitarias que complementan los cuidados recibidos en el espacio de lo privado familiar. (García, S., 2018, p.84)

Los cambios en el orden jurídico, promovidos por el Código de la Niñez y de la Adolescencia (2004) en nuestro país se enmarcan en la doctrina de la protección integral que lleva a los Estados a consagrar prácticas donde el niño es ubicado como sujeto de derecho. Los estudios de las argentinas Valeria Llobet y Carla Villalta (2015) muestran como en el contexto de institucionalización del discurso de los derechos (que en nuestro país se produce a partir del Código de la Niñez y de la Adolescencia en el año 2004) la intencionalidad de la política se juega en una tensión permanente de relaciones sociales de poder y rutinas institucionales, donde el Estado no es una entidad homogénea, sino que actúa de modo heterogéneo y muchas veces contradictorio. Para el caso de Uruguay, y siguiendo este análisis, vemos que, si bien la intención explícita de la política durante los gobiernos progresistas no se ubicaba, al menos en el discurso, en torno al control o vigilancia; se encuentra siempre presente el riesgo de que las prácticas de los operadores intenten modificar

las prácticas familiares de acuerdo a patrones homogéneos. Hemos visto cómo en varias acciones, como por ejemplo en el accionar judicial, se apela a unas regulaciones desconociendo los mundos familiares existentes. La organización familiar de la modernidad, tomando las palabras de Duschatzky y Corea (2002), se asentaba en un modelo de Estado-Nación que proveía “la matriz subjetiva de los futuros ciudadanos”. En las actuales circunstancias, el papel del Estado ha variado y, a diferencia de la modernidad, donde había “una serie de dispositivos de fabricación de la infancia y adolescencia...de la medicina, de la psicología, de la pedagogía” (Duschatzky y Corea, 2002, p. 74) en la actualidad se observan no solo distintas configuraciones familiares, sino nuevos modos de vinculación familiar. Un ejemplo de esto es la manera en que los niños y niñas se ven ubicados en lugares pseudoadultos de protección y cuidados hacia sus hermanos, por ejemplo, o cuando son enviados a casa de adultos con quienes no mantienen relación y que además tampoco tienen recursos para sostener las crianzas. También es interesante observar cómo se activan otros mecanismos en relación a los modos de subjetivación que se asientan en el vínculo fraterno, o en la relación entre pares, o en instituciones educativas, como vemos en el caso de Sofía, a través de su inscripción en el Centro Juvenil.

Por otra parte, decíamos “que los abordajes en torno a las parentalidades o a la promoción de los cuidados parentales ingresa al campo social, operando como una suerte de relevo del objeto-sujeto familia en la intervención” (De Los Santos, Di Fabio, Pierri, Marotta, 2018, p. 85), desconociendo el componente moral que muchas veces tienen las intervenciones, en este sentido, y que apelan a un modelo tradicional de familia nuclear asentado en otras bases socio-históricas.

Para el contexto chileno, el equipo integrado por Vergara, Sepulveda y Chávez (2018) advierte sobre ciertos programas de intervención estatal que ponen el acento en la responsabilidad individual de las familias, no incorporando el componente social y político de

los cuidados en el actual escenario chileno. También en el artículo publicado durante el transcurso de la investigación (De Los Santos, Di Fabio, Pierri, Marotta, 2018) afirmamos que un enfoque de parentalidades donde el énfasis se concentre en el fomento de las competencias parentales puede deslizarse hacia abordajes de este estilo, donde no se consideren otros componentes como puede ser el papel que juegan los niños, niñas y adolescentes en la construcción de dicha capacidad, además del medio y sus circunstancias.

En suma

A partir de los tres itinerarios propuestos vemos el trazado de un mapa que permite vislumbrar algunas de las complejas relaciones y articulaciones que se producen entre familias, cuidados y parentalidades.

La perspectiva interseccional revela que las desigualdades que se producen son resultado de las interacciones entre distintos sistemas de subordinación, en nuestro caso de género, de edad/ generación y por la situación socio-económica de nuestros entrevistados. Asimismo, entender la desigualación como movimiento que se produce, añade un componente que permite otro tratamiento de las desigualdades. En un contexto socio-histórico, donde los modelos tradicionales de familia dan paso a otras comprensiones acerca de lo familiar, considero que ambas perspectivas configuran un posicionamiento estratégico para abordar la familia como dispositivos de desigualación en torno al género, las generaciones y de acuerdo al medio-socioeconómico.

Las microprácticas en la cotidianidad dejan entrever procesos materiales y emocionales que son llevados adelante en los hogares monoparentales de los entrevistados. Estos procesos, que conforman la reproducción de la vida, se naturalizan y reproducen en una cotidianidad compartida por los adolescentes y sus madres. Se observa la centralidad de la figura de las madres como organizadoras del espacio doméstico y la no percepción de los adolescentes acerca de las tareas involucradas, entre las cuales se encuentran los aspectos de

la alimentación, la higiene del hogar, el sustento material de estas prácticas. Las mujeres realizan dobles jornadas laborales que las ubican como principales proveedoras económicas. Este aspecto si bien no fue indagado directamente, muestra el corrimiento del hombre-padre del lugar de proveedor, elemento que caracteriza una de las dimensiones de la familia patriarcal y de la dominación masculina a través del dinero como elemento de poder. Sin embargo, se advierte que esta independencia económica de la mujer no es sinónimo de autonomía, ya que, al decir de los adolescentes, las opciones acerca del destino de sus ingresos se ven restringidas en relación a las necesidades inherentes al día a día.

Por otra parte, vemos que en la mayoría de los hogares los adolescentes realizan tareas subsidiarias en relación a lo doméstico, apoyando a la madre y encargándose básicamente del arreglo de su habitación, sin distinción de género. Sin embargo, se llama la atención sobre el caso de uno de los adolescentes donde se ponen en juego mecanismos que denominamos de invención en el cotidiano. Aquí se produce un movimiento de parte de la madre en varios sentidos, por un lado, parecería haber un desistimiento en la posición de figura central de la organización de lo doméstico y que propone relevos a través de la trasmisión de un saber hacer y junto con esto un conjunto de significaciones que dan soporte a estas prácticas. Se menciona el trabajo en comunidad en relación al hogar, una enseñanza-aprendizaje donde se juega lo intergeneracional y que impulsa, en el caso de uno de los entrevistados, sin importar el género, a desarrollar una práctica que implica participar de las tareas de limpieza, lavado de ropa, comida, etc. Es interesante ver como otro de los ejes de la invención reposa en las mutaciones que se adscriben a las tareas domésticas en correspondencia con el género. En el caso de Lucas, pero no solo en su situación, vemos cómo las representaciones de género para lo doméstico se encuentran en mutación, apareciendo planteos reivindicativos acerca de la igualdad entre hombres y mujeres, o reparando en cómo estos aspectos se vinculan con circunstancias socio-históricas que marcaban posiciones en relación a hombres y mujeres.

Esta organización del cotidiano forma parte de las condiciones concretas en que desarrollan las prácticas de cuidado y concretamente el ejercicio de las parentalidades.

En este sentido, se ve cómo las prácticas de cuidados que involucran a los adolescentes como destinatarios se dan, utilizando la metáfora de Butler (2004), como prácticas de ensamblajes entre diferentes actores y agentes, prácticas situadas y cambiantes a lo largo de la vida. Con mayor o menor distancia en la observancia del crecimiento y atención a las necesidades de sus hijos, están las madres en primer lugar. En contadas ocasiones mencionan a sus padres como copartícipes o corresponsables de la crianza y cotidianidad de sus hijos. Por lo cual se sostiene la ética de la femineidad en los cuidados de la que habla Gilligan (2013) en tanto es la mujer- madre quien sostiene este cuidado, ya sea haciéndose cargo directamente, como gestionando sus relevos para cuando se ve imposibilitada de hacerlo.

Luego se ve cómo las parentalidades se apuntalan en distintos tipos de lazos que no se agotan en la familia consanguínea. En este punto quiero remarcar no solo las capacidades prácticas que otros cuidadores e instituciones despliegan, sino aspectos de orden subjetivo que hacen precisamente a los fenómenos de subjetivación humana. Me refiero a las apoyaturas que los niños requieren desde el punto de vista subjetivo, para crecer y desarrollarse al mismo tiempo que ir ganando autonomía.

Decía que la tarea de cuidados en los hogares de los adolescentes está a cargo de las madres principalmente, ya sea en forma directa o a través de la gestión de otros espacios de cuidados. La convivencia casi exclusiva con las madres, y la salida del hogar, ya sea por trabajo, formación u otros, requiere de relevos para los cuidados, que las madres procuran en otras personas o instituciones. Afirmar que los cuidados hacia niños y niñas se amplían y diversifican, es decir, en otras palabras, que exceden a las familias y encuentran asiento en otros espacios de lo social. La pregunta acerca de qué ocurre con la parentalidad es una

pregunta que estas mismas prácticas traen consigo, por eso decimos que el cuidado se convierte en un analizador para las parentalidades. Se plantea un campo para la investigación en donde indagar acerca de la producción de parentalidades, en el contexto de la contemporaneidad y de la transformación de las familias; sobre cómo pueden estar rearticulando las normas que otrora ubicaban a las familias como principales dadoras de cuidados, pero también de apuntalamiento para la constitución de los sujetos. La perspectiva teórica de una subjetividad que se construye en lo colectivo, nos lleva a reflexionar acerca de si estas prácticas de cuidado ampliadas y diversificadas en distintos espacios de lo social, pueden o no ser consideradas, en algunos casos, como funciones parentales. Nos lleva a pensar a la niñez, a los niños y adolescentes, desde una perspectiva de *bienes comunes*, y a preguntarnos sobre los efectos de la institucionalización en largas jornadas o la delegación, en diferentes figuras adultas, de la crianza de niños, niñas y adolescentes. A sabiendas de que estas situaciones no son exclusivas de nuestros entrevistados, las realidades de familias donde los padres se han divorciado y las mujeres quedan a cargo de los hijos requieren, aún hoy, después de tantos años de producción de divorcios, mucha investigación al respecto de cómo los niños y niñas viven estos procesos. Principalmente desde perspectivas que tomen la palabra de estos como emergentes de experiencias y configuraciones singulares donde pensar los cuidados como prácticas de lo común, situadas en un horizonte ético-político. Es decir que los niños, niñas y adolescentes puedan ser reconocidos en su derecho a ser cuidados como bien común y considerados en la alteridad de un otro que se construye en un *continuum familia*, escuela, barrio, colegios, comunidad. Esta perspectiva de bien común abona una forma de vida, según algunos autores, que sostiene otros modos de reproducción de la vida no capitalistas (Federici, 2015, Gutiérrez, 2017). Las luchas feministas han mostrado a la mujer como clave en los procesos de reproducción y cuidado de la vida. Si de niños, niñas y

adolescentes se trata, el desafío es mayor en tanto involucra, no solo coordenadas sexo-généricas, sino como sujetos comunales.

Finalizando el capítulo, abordamos la situación de Sofía, donde el Estado interviene a través de una política que, si bien está sostenida en brindar protección y restituir derechos en nombre del cuidado, no siempre logra los efectos buscados. Por el contrario, el acceso a la justicia pone en funcionamiento una serie de acciones que judicializan la vida, mostrando un modo de abordar los conflictos de forma unilateral y jugado a la resolución individual de las situaciones. En este contexto, se ve que se produce un movimiento de desigualación muy marcado entre el mundo adulto y el mundo de la infancia, generando consecuencias de orden subjetivo que sería interesante poder seguir investigando. Asimismo, en la historia de vida de Sofía veo en su inscripción por género y en relación a su edad, la precariedad de una vida donde surgen muchas más preguntas que posibles cierres.

Las parentalidades conforman, pues, un conjunto de prácticas subjetivantes hacia niños, niñas y adolescentes, donde las condiciones y posiciones adultas, encarnadas y situadas, proveen unos soportes y no otros para la subjetivación. A través de los itinerarios analíticos pretendí mostrar cómo se producen las desigualaciones en relación al género, generaciones y medio socio-económico. Las preguntas versan ahora acerca de cómo, subjetivamente, las parentalidades ponen en análisis a las familias, y los cuidados interpelan a las parentalidades.

CAPÍTULO 5.

Tránsitos y circulación de niños, niñas y adolescentes luego de la separación

La constatación inicial de la circulación de los adolescentes entre las casas de la madre, el padre y otros adultos cuidadores, instaló la idea de tránsito como analizador. En ese sentido, fue desmontando la idea inicial de investigar familias monoparentales y desplazando las preguntas hacia las conexiones entre las dinámicas de relacionamiento entre adultos, niños y niñas luego de las separaciones o disoluciones conyugales. Condujo a recorrer, no solo los

trayectos e itinerarios geográficos o físicos, sino también a visualizar que la producción de lo familiar se realiza en configuraciones no perennes, abiertas y cambiantes a lo largo del tiempo. Es en estos tránsitos que se resingularizan los procesos de subjetivación adolescentes, teniendo un carácter móvil y procesual. Con el paso del tiempo, vimos que en las vidas de los adolescentes se construyen tramas afectivas y relacionales, móviles y en constante devenir.

La idea de tránsito habla de movimientos y encuentros que no necesariamente existían cuando convivían madre y padre en la misma casa. Coincide con las ficciones de familia como prácticas de la cotidianidad y convivencia sostenida, que construyen el espacio y los lugares de lo familiar. Son las prácticas ensambladas de las que hablaba Butler (2004), que van más allá de los ideales normativos y que ubican los tránsitos como condiciones de producción de subjetividades.

Los escenarios y mapas, trazados a partir de la escucha de los entrevistados, muestran prácticas familiares complejas que no coinciden con la idea de familia conyugal donde el ideal normativo es la convivencia y relacionamiento con ambos padres, de preferencia en la misma casa, de forma equilibrada y sin conflictos. Por otra parte, persiste la idea en algunos ámbitos de la psicología, acerca de los posibles daños y consecuencias negativas que podría acarrear la imposibilidad del acceso del niño o niña a la tercerización a través de la resolución del Edipo. Conviene observar en este punto, y para el territorio disciplinar de la psicología en el Río de la Plata, la fuerte impronta de un psicoanálisis matizado por la edipianización de los sujetos, al decir de Deleuze y Guattari (1994), que sigue vigente en muchas de las prácticas profesionales, y en diferentes ámbitos de la política pública, de la clínica y de la investigación académica. Es importante advertir acerca de estos ideales normativos que operan como representación para comprender los fenómenos de parentalización, y que se juegan, en definitiva, en los familiarismos edípicos. El análisis fue mostrando dos posiciones subjetivas conformadas por elementos de orden material y subjetivo, que muestra la

producción de distintos ensamblajes que configuran paisajes de lo familiar: casas, personas, barrios, flujos de intensidad entre diferentes puntos más o menos fijos. Se optó por la presentación de paisajes, en tanto metáfora que alude a imágenes espaciales, sin pretensiones de generalizar ni de universalizar. La opción realizada lejos está del afán totalizador de las experiencias que investigamos y mucho menos tiene la intención de ofrecer un paisaje binario. En sí mismo, cada uno está en desestabilización y estabilización constante, parafraseando a Rolnik (1989), como una imagen vibrátil. En este capítulo procuramos reconstruir estas posiciones a las que implícita o explícitamente se alude en las historias de vida, así como también mostrar sus aproximaciones, distancias y entrecruzamientos.

5.1. Paisajes subjetivos en movimiento

Las separaciones de los padres de los adolescentes se producen en los primeros años de vida y, en un caso, en la etapa escolar. Tienen pocos o ningún recuerdo sobre el tiempo anterior a la separación conyugal.

Sofía: *Desde que tengo tres, ponele... desde siempre que me acuerdo...*

Cecilia: *¿Sabes algo más de cómo fue?*

Sofía: *No, se separaron bien, listo, esto se terminó y ta.*

Patricia: *a los tres años es que ellos se separaron...Sí, de lo que me acuerdo siempre fue así, nunca dejé de ir a lo de mi padre ni nada; y siempre fue cada quince días.*

Cabe destacar, en este punto, que ninguno de los entrevistados hace referencia a un pasado mítico familiar previo a la separación, es decir que crecieron en estos escenarios ya instalados. Luego de la separación los hijos permanecen con las madres, y las mujeres no reconfiguran sus hogares en clave conyugal en forma permanente, sino que conviven en algunos períodos con nuevas parejas. Por su parte, los padres sí conviven con otras mujeres durante el período posterior a la separación conyugal, ya sea con sus propias madres o hermanas, o con nuevas parejas, de las cuales no hablan en clave de reconfiguración familiar.

En relación a este punto, hablan de situaciones que no adquieren estabilidad o persistencia a lo largo del tiempo, como pueden ser las dinámicas de las familias ensambladas, producto de nuevas uniones de alguno de los progenitores.

Otro elemento importante es que todos los adolescentes nacen de parejas que tenían un vínculo previo al embarazo y en muchos de los relatos mencionan, implícita o explícitamente, haber ocupado un lugar en el deseo parental. Puedo afirmar que estas experiencias previas al nacimiento son, por sí mismas, marcas subjetivantes en la medida de que dan cuenta de un lugar previamente asignado a través del deseo parental. Si bien no cuento con mayor evidencia acerca de las características del vínculo de la pareja parental y sobre las relaciones simbólicas con el deseo de hijo (Fernández, 1994) por parte de la mujer, y de concebir una familia; son aspectos que nos parecen importantes de destacar. Algo de la transmisión generacional se juega en el hecho de haber nacido del deseo de ambos progenitores, aun cuando luego la pareja no se sostenga en el tiempo.

A continuación, presentamos los paisajes en movimiento que muestran ensamblajes de diferentes órdenes; de sonidos, normativas, posiciones subjetivas en movimiento y que se producen en determinados contextos sociohistóricos y lugares cambiantes.

5.1.1. La historia de Pedro: “Vivo con papá O mamá”

Pedro se encarga de subrayar que vive con su madre **O** su padre, dando cuenta con la letra *o* de la alternancia y circulación por ambos hogares.

Cuando le pregunto por hitos importantes en su vida, menciona la separación de los padres a sus tres años. Conserva algunas anécdotas donde están los cuatro juntos: sus padres y su hermano; y enfatiza “siempre viví unos días con uno y otros días con otro”. De este modo, alterna en el uso de la conjunción disyuntiva ‘o’, a la conjunción copulativa ‘y’.

Este tránsito, entre la casa de uno y otro miembro de la pareja parental, impresiona como elemento reasegurador para su crianza durante los primeros años y el período escolar. Al mismo tiempo, destaca la presencia de su abuela del corazón que se traslada de una casa a la otra durante toda su infancia. Esta figura es muy importante, como ligazón y como ayuda para garantizar el tránsito. Acompaña el movimiento con su propio desplazamiento por diferentes espacios y casas. Los días de convivencia, con uno u otro, se resolvieron en “dos reparticiones de semana” y de acuerdo a las necesidades laborales y formativas de su madre. La madre sostiene y organiza los cuidados y la convivencia con sus hijos, dirigiendo, además, su atención hacia metas de autorrealización personal que van más allá de la maternidad y que suponen una doble o triple jornada laboral. En este paisaje, la disposición materna experimentada por Pedro es de una base segura que le permite una plataforma subjetiva para incursionar en otros investimentos. Un ejemplo, en este sentido, se ve cuando cuenta cómo aprendió a viajar solo en ómnibus.

Pedro describe los viajes diarios a la escuela junto a su madre, hasta que aprende a realizarlo solo. Es genial el relato del recuerdo de ese día, que se compone de su propia iniciativa para la acción: “Quiero saber qué se siente” y, por otro, lado el impulso de la madre acompañando ese paso de crecimiento. De esta manera, la madre sostiene y al mismo tiempo lanza a su hijo hacia la consecución de conductas de autonomía que le permiten al niño incluirse gradualmente en circuitos extra-hogar, como en el trayecto de la casa a la escuela, como se vio en el ejemplo.

En el paisaje que recrea Pedro, se observan recorridos de subjetivación heterogéneos, transitos variados e itinerarios coconstruidos por el adolescente y sus referentes adultos en la infancia. Su vida transcurre, de ese modo, según sus palabras:

...para mí cambiarme de casa es una mudanza que hago todas las semanas pero que ya ni me molesta, ya agarro la mochila, la lleno de cosas, agarro otra mochila, la

lleno de cosas, me cargo y voy. Y así siempre.

Se refiere a este tránsito con el empleo de la palabra *mudanza*, como práctica cotidiana y de convivencia, donde el armado y desarmado de mochilas queda naturalizado. Esta manera de hablar sobre la circulación entre las casas nos interpela acerca de los efectos que las decisiones adultas tienen sobre los niños. Si bien es una pregunta para la que no tenemos respuesta, algunos indicios aparecen en su negación “ya ni me molesta...me cargo y voy”.

Al finalizar el segundo encuentro se muestra contento de haber hablado sobre sus cosas, dice haber quedado conforme consigo mismo. Comenta que no le importa el pasado, pero quería probarse a sí mismo que podía hablar sobre su vida, y se siente contento porque lo significa como un logro de su parte. Agrega que a medida que fue creciendo se dio cuenta de que tener a los padres separados era más común de lo que pensaba, pero que, aun así:

Me sentía “un poco tocado” cuando la maestra preguntaba: ¿Con quién vive tal?

Todos decían papá y mamá, yo decía papá O mamá, y esa era la diferencia, ahí sí me sentía un poco tocado. (Pedro)

Sin embargo, acota que las situaciones familiares de amigos con padres separados son “totalmente distintas” entre sí. Esta observación acerca de cómo las situaciones familiares no se pueden homogeneizar es muy importante, tanto más porque es realizada por el propio adolescente. Algo quiere remarcar en positivo: “eso es lo que yo quería remarcar: que, a mí, mis padres no me distanciaron del otro; es más: mi padre se mudó cerca y todo para estar más cerca”.

En suma, vemos como la separación se instala como *marco de referencia* que ofrece coordenadas estables y sostenidas a lo largo de los años. Desde ese continente que ofrece el *marco*, algunas situaciones se le presentan como ganancias “dos navidades, dos cumpleaños, dos todo, todo doble, en menor cantidad, pero es todo doble”. Es decir que marca una ventaja en la separación dada por tener cosas buenas en duplicado. Por otra parte, vemos no solo los

tránsitos que realiza el adolescente sino, fundamentalmente, las estrategias y los movimientos que sus padres realizan: la elección de una cuidadora que se traslade con el niño de una casa a la otra, el hecho de que ambos padres localicen sus viviendas cerca uno del otro. Hay una adecuación de ciertas rutinas y emplazamientos que generan condiciones materiales y afectivas que atienden a las necesidades de niños y niñas en diferentes etapas de la vida, que facilitan e incentivan el tránsito.

La historia de Pedro muestra cómo se produce un paisaje subjetivo que, con diferentes matices, aparece también en otras historias. Son aquellas donde los adolescentes mantienen el contacto con sus padres, circulando por diferentes casas familiares y otros espacios sociales como pueden ser plazas, instituciones deportivas, entre pares. Las madres habilitan y promueven estos movimientos por parte de los adolescentes, impulsando a sus hijos para que incursionen en espacios extrafamiliares y contando con otras metas de autorrealización personal y nuevas parejas afectivas con quienes no llegan a convivir en la misma casa. La circulación impresiona como una práctica de organización de lo familiar y de crianza compartida por ambos padres, aun cuando la mayor carga de responsabilidades recae sobre la madre. Esto coincide con las observaciones que realiza Motta (2004) acerca de cómo la vida de niñas y niños, cuando se desatan los lazos conyugales, no transcurren en un mismo y único hogar, sino que va variando a lo largo de sus vidas.

5.1.2. La historia de Antonio: “Le doy una oportunidad a papá”

Antonio tiene un hablar pausado y un poco triste cuando relata las circunstancias de su vida y menciona el momento en que quiere conocer a su padre. Al llegar a la pubertad le plantea a su mamá esta inquietud y la señora lo lleva a vivir con su papá, enojada. Esta convivencia fracasó doblemente: en relación a su mamá, porque no lo entendió y se enojó, y también en relación a su papá, porque no había lugar para el niño en la casa paterna ni en el núcleo familiar que había formado por esos años.

Antonio recuerda este período del siguiente modo:

Así que estaba como que la cabeza me iba a explotar. ...porque no sabía cómo acostumbrarme a los dos lugares. ...él dijo supuestamente que me iba a armar un cuarto, y pasó más de un año y no sé cuánto...ta, eso igual no me importaba tanto, dormía tipo en un sillón que se abría como una cama. Y ta, de eso no me quejaba. Y ta, nada más.

Impresiona que el vínculo con uno de los integrantes de la pareja parental excluye la posibilidad de relacionamiento con el otro. Las respuestas ofrecidas, tanto por la madre como por el padre, inhabilitan los tránsitos adolescentes y muestran la fijeza de ambos lados de la pareja parental, construyéndose un no-lugar para Pedro.

En la primera entrevista dedica un largo rato a explicar que su intención era conocer al padre y mantener la convivencia con la madre, y le angustia la incompreensión materna. La segunda entrevista comienza espontáneamente hablando de este tema, que lo aflige, al sentirse recriminado por el deseo de conocer al padre. El fracaso de esta experiencia lo deja en una situación difícil en el hogar, ya que transmite una sensación de abandono e injuria hacia la madre. Antonio se pregunta cómo habrá sido la relación de la madre con su abuelo (a quien, por otra parte, no conoce) ¿cuál habrá sido la experiencia de su mamá? ¿será que no puede ponerse en su lugar? Son interesantes las preguntas del adolescente porque relaciona la posición materna frente a su deseo, con las experiencias anteriores a su nacimiento, ubicando el componente transgeneracional que mencionamos como clave en las posibilidades de parentalizar por parte de los adultos.

A diferencia del paisaje subjetivo anterior, aquí el relacionamiento con el padre es escaso por momentos, y en otros nulo o fallido. Vemos la paradoja de estos tránsitos, que se convierten en un fin en sí mismo y no un medio para ligar o conectar dos lugares para habitar. La paradoja está en cómo la señora, al mismo tiempo que envía a su hijo con el padre, fija la

posición del adolescente a su lado. Y en el relato de Antonio vemos la búsqueda por adaptarse o responder a las necesidades de la mamá, manifestando su afecto hacia ella.

Se observa cómo las prácticas de movilidad están restringidas, desconociendo el nombre de las calles o direcciones de sus familiares, que viven en el entorno de su casa, algunas cuadras a la redonda. Esta circulación es acotada, lo cual reduce la generación de nuevos vínculos fuera del universo familiar. En definitiva, vemos que la circulación a punto cero da cuenta de distintos movimientos: por un lado, el que se produce a instancias del adolescente y que fracasa, por otro lado, los movimientos provocados a instancias de la madre o el padre en diferentes momentos de su vida, donde los niños, por breves períodos viven en la casa de su padre.

Recapitulando, luego de la separación conyugal se encuentran paisajes movedizos, donde los adolescentes transitan y circulan por diferentes espacios y en relación a diferentes personas, vinculándose más o menos fluidamente con ambos padres luego de la separación conyugal. Los padres están presentes en cuanto el relacionamiento físico se mantiene. Por otra parte, vemos adolescentes que ven restringida su movilidad al barrio y a personas de su entorno familiar. Los hijos buscan adaptarse a las necesidades de sus madres, quienes se presentan como vulnerables material y afectivamente. El relacionamiento con el padre es puntual o ha sido fallido en la mayoría de los casos, existiendo un distanciamiento en la actualidad.

En otras palabras, los tránsitos y circulación adolescentes materializan prácticas del cotidiano y son manifestaciones de procesos afectivos que requieren de consistencia y coherencia subjetiva por parte de los adultos referentes, favoreciendo procesos de crecimiento y de construcción de autonomía en los hijos.

Estas imágenes muestran los desafíos y oportunidades a los que se enfrentan los adolescentes en esta etapa y los efectos de subjetivación que tiene, no ya la separación

conyugal en sí misma y el procesamiento por parte de los adultos, sino el arte propio de cada adolescente, su punto cero de largada. Marcando el sentido necesariamente abierto y en contradicción que tiene la producción de subjetividad y sus conexiones con los procesos de parentalización en niños, niñas y adolescentes en diferentes contextos y configuraciones familiares.

Consideraciones finales

De acuerdo a la investigación realizada, se presentan consideraciones en distintos planos, que articulan componentes metodológico-epistémicos y teórico-políticos.

Como lo he explicitado a lo largo del estudio, la relación establecida con los/as adolescentes ha sido de escucha y acompañamiento en el proceso del decir, confiada en la capacidad técnica del manejo cartográfico de la entrevista. Estos tramos de la investigación confirman la importancia de que los métodos de investigación que involucren adolescentes, promuevan su participación y reconocimiento como actores, agentes de conocimiento y sujetos de sus propias vidas. En este sentido, se propone una investigación con adolescentes, siendo la preposición *con* indicativa de la relación que establezco con las/os adolescentes; y, por tanto, de mi posicionamiento ético como investigadora. Se trata de recuperar el conocimiento encarnado de niños, niñas y adolescentes sobre las experiencias. A sabiendas de que los procesos producen movimientos en quien investiga y en los sujetos de investigación, se sugiere una actitud ética que acompañe el movimiento de la producción adolescente. Esto supone la construcción de un plano en común que no sea homogéneo, que reconozca la horizontalidad en la asimetría y el carácter político de la relación entre ambas partes. Cabe destacar en este aspecto, que las acciones investigativas recaen sobre ambos términos de la relación y producen procesos de transformación.

De diversos modos, la cartografía se mostró como un método pertinente para la práctica de investigación en psicología social, que permite articular la investigación con la

intervención, así como la escucha clínica con la práctica científica. Como decía anteriormente, la entrevista en clave cartográfica habilitó una escucha ético-política y la identificación de algunos analizadores que pusieron en análisis a las familias y a las parentalidades. Los y las adolescentes manifestaron sus emociones de agrado, alegría, sorpresa y también de tristeza y dudas, al escucharse y ser escuchados. Pasar por la experiencia de la entrevista permitió, para algunos, un pensarse sobre sí mismos, `para otros, sistematizar acontecimientos o, tal vez, nada más ni nada menos que verse en la perspectiva que supone la interlocución. El hacer sus propias historias, favoreció el reposicionamiento subjetivo de las/os adolescentes, ya que sus relatos no se trataban solamente de información, sino que el modo en que iban encadenando los hechos y las situaciones les hacía ver nuevamente sus propias vidas.

La elucidación del proceso de investigación del que fui parte se sostuvo en el análisis de la implicación constante, en las instancias sostenidas de tutorías de tesis y en mi propio análisis. Todo lo cual hizo zozobrar la racionalidad científica moderna en mí, y encontrar nuevos anclajes para la articulación de otros saberes producto del transitar por las incertidumbres. En esto, la investigación feminista dio cobijo y herramientas para un trabajo en torno a la objetividad fuerte y al estar político del cuerpo en la investigación. Cartografía y feminismos se hicieron presentes todo a lo largo de la tesis, encontrando dos puntos de fusión en la escritura de las consideraciones sobre los cambios en las familias en el escenario nacional, y en la propuesta de articulación rizomática para abordar familias. Esta articulación supone pensarla como formación subjetiva cambiante y en relación con un orden político y sexual, por lo cual es preciso acompañar su construcción de forma constante, a sabiendas de los discursos moralistas sobre ellas, que muestran las conexiones entre política, familias y subjetividad.

El concepto de analizador fue utilizado como herramienta analítica, y los analizadores fueron emergiendo en la práctica investigativa, descolocando el foco de la pesquisa y deslocalizando a la investigadora. Estos fueron los tránsitos y la circulación de niños, niñas y adolescentes luego de la separación conyugal, así como el ejercicio de las parentalidades y las prácticas de cuidados. Al mismo tiempo en que pusieron en análisis el problema de investigación, fueron claves a la hora de presentar los planos de una cartografía. La idea inicial de investigar familias monoparentales se vio desestabilizada al constatar que nuestros entrevistados vivían en hogares monoparentales producto de la separación conyugal de sus padres a edades muy tempranas, y que familia iba mucho más allá del hogar, siendo contingente y resultado de sus tránsitos por distintos hogares. En este sentido, una de las primeras conclusiones del estudio, que fue completamente desestabilizadora —como la cartografía permite—, fue la constatación de la diferencia entre hogar monoparental y familia monoparental. Los sentidos organizadores a través de los cuales los/as adolescentes ficcionan sus familias, tienen que ver con los lazos de convivencia y afectivos. Las/os adolescentes no denominan a sus familias como monoparentales y tampoco las perciben de este modo. Esta es una categoría que remarca aspectos que no son prioridades para ellos, en otras palabras, se trata de una categoría analítica y no una categoría émica.

Las entrevistas muestran que sus ficciones están atravesadas por circunstancias vitales y situadas, aludiendo, de esta manera, a configuraciones móviles y modos de codificar la diversidad familiar no estabilizadas y dinámicas a lo largo de sus vidas. Aparece la referencia a la casa como materialidad física, pero, fundamentalmente, como espacio de la práctica cotidiana de la vida en común. Refieren a los hogares en que habitan con sus madres, en primer lugar, cuando de familia, casa y convivencia se trata. La consanguinidad, otrora definitoria de familia, está presente y marca una frontera de pertenencia y un *como de la familia*, donde los lazos de afecto hacen su trabajo de producción. Si bien no se anulan las

posiciones y lugares en el árbol genealógico que confiere la sangre por sí misma, lo que está jerarquizado son los lazos de afecto. Por eso aparecen con énfasis familias del corazón, integradas por cuidadoras que son abuelas del corazón, así como exparejas de sus abuelos, o de sus tíos. Además de los parientes de la familia extensa consanguínea, hay familia que se apoya en los afectos, producto de una práctica cotidiana compartida y sostenida en el tiempo. Sus referencias a la casa, a la convivencia, al cotidiano y los lazos afectivos, ponen de manifiesto sentidos de familia como espacios de prácticas cotidianas y de convivencia, manteniéndose la tensión entre los agentes que ocupan lugares asignados en una familia tradicional: madre, padre, hermanos, tíos, abuelos y que no necesariamente viven juntos. Las formas en que hacen alusión a casa y familia se acercan más a la idea de espacio, donde se juega un *estar y hacer familia*, y al decir de uno de los adolescentes: “estar unidos”. Los relatos muestran el trabajo incesante del pasaje de los lugares en espacios y de los espacios en lugares. Por lo cual las familias son vivenciadas más como procesos y prácticas situadas, que como configuraciones predeterminadas. Estas ficciones de familias interpelan las construcciones identitarias acerca de lo familiar, que postulan modelos únicos que niegan la diversidad de lo familiar.

En relación a las prácticas de reproducción de la vida en los hogares de los entrevistados, se visualiza que la mujer-madre está al frente, llevando adelante dobles jornadas laborales, dentro y fuera de la casa. Son ellas quienes marcan el orden y organización de las unidades domésticas donde se desarrollan las actividades cotidianas de producción y consumo cotidiano de alimentos y otros bienes, así como la crianza de los hijos. Se puede inferir que existe una sobrecarga en la mujer que permanece invisibilizada para los adolescentes, y que las entrevistas permiten, en muchos casos, dar visibilidad. Esto emerge en el discurso de los/as entrevistados cuando reparan en la organización y asunción de los cuidados por parte de las madres, cuando refieren a los aspectos económicos de su

manutención, cuando recuerdan momentos claves en la construcción de autonomía, entre otros. Los/as adolescentes se involucran en la gestión del cotidiano de diferentes maneras y de acuerdo a sus edades, ya sea porque sus madres lo promueven en una suerte de transmisión de un *saber hacer* acerca de lo doméstico, porque no les queda otra opción, o porque se practica la responsabilidad compartida en la gestión del cotidiano doméstico. Junto con esto, las madres desarrollan una importante salida al mercado del trabajo remunerado, desempeñándose como profesionales, empleadas, profesoras, trabajadoras independientes, entre otros desempeños fuera el hogar. De acuerdo a los relatos, ellas son las principales proveedoras de los hogares y se desconoce el aporte económico del padre en el sustento y manutención. Esta evidencia de las jefaturas femeninas y el corrimiento del hombre como principal proveedor, altera relaciones tradicionales de género y abre caminos para investigar cómo se producen nuevos sentidos y se negocia —entre los géneros— la gestión del cotidiano. Asimismo, el desempeño de las mujeres en el terreno de lo público, también tradicionalmente asignado al hombre, trae aparejado consecuencias en el ámbito de lo privado y en la familia en particular. En este punto, sería interesante indagar a futuro si para los adolescentes los modelos permanecen iguales, aun cuando las prácticas del cotidiano muestran otra cosa; por ejemplo, si aun habiendo experimentado una mujer-madre que sustenta la casa, siguen pensando al hombre-padre como proveedor. De este modo, podría plantear como hipótesis que un cambio en las prácticas no tiene, como efecto directo, un cambio en el universo de significados.

En la relación entre género, familias y parentalidades, y cuidados existe un implícito acerca de la naturalización de la responsabilidad de los cuidados en la madre, lo que genera efectos de desigualación al interior de las familias. Si bien algunas respuestas expresan que en la pareja parental *nadie es superior a nadie* y se refieren a que la mujer no tiene porque asumir sola las tareas de la casa, no parece ocurrir lo mismo con los cuidados. De los seis

adolescentes, hay tres que no mencionan a sus padres en la crianza. Los cuidados parentales aparecen como sinónimo de cuidados maternos, siendo casi inexistente la incorporación de los padres a las tareas de cuidado. Junto con esto, asistimos a una ampliación y diversificación de los cuidados, que no son exclusivos de las familias y se reubican en otros espacios de lo social. Involucran a otros actores que pueden ser cuidadoras, abuelas, tías, liceos, colegios, centros juveniles, entre otros. Así como también se visualizan prácticas de cuidados entre hermanos y relaciones de apoyo mutuo entre pares adolescentes. Si bien, tanto las madres como los padres, construyen nuevas relaciones de pareja, no son referidas como vínculos de afecto o de cuidado por parte de los adolescentes. Por otra parte, en algunos relatos se identifican mujeres-cuidadoras que acompañan el crecimiento de los niños, construyéndose vínculos de apuntalamiento sostenidos y perdurables: donde el vínculo de abuelazgo y la nominación en términos de familia del corazón emerge a partir de las vivencias. Pares, amigos o compañeros, juegan un papel importante conformando redes de cuidado donde el *estar en común* se produce en las casas, pero también en plazas y calles. Por momentos se observa cómo las prácticas de cuidados se dan, como prácticas de ensamblajes (Butler, 2004) entre diferentes actores y agentes, que, siendo singulares para cada experiencia de lo familiar, serán también una expresión de la producción colectiva de parentalidades en la contemporaneidad. Por otra parte, estas mismas prácticas ejercidas por instituciones y sostenidas en vínculos fuertes y perdurables —con cuidadoras, por ejemplo—, ponen en cuestión como pueden estar rearticulando las normas que otrora ubicaban a las familias como principales dadoras de cuidados parentales. En este sentido, al final del estudio queda planteada la pregunta acerca del potencial y sobre los efectos de parentalización que tienen las instituciones, y acerca de la cualidad de los vínculos que denotan el pasaje de una figura de cuidado a una figura de parentalización.

Otro aspecto importante a destacar es como el Estado interviene en el nombre de los cuidados sobre las parentalidades. En particular sobre familias fragilizadas socialmente por las circunstancias de vivir en contextos de pobreza. Se observa cómo la judicialización de la violencia hacia niños y niñas se asienta en una política orientada hacia la protección y restitución de derechos, pero, al mismo tiempo, activa una serie de acciones que tienen consecuencias subjetivas para niños, niñas y adolescentes, muchas veces revictimizadas con las respuestas del accionar judicial. Estas acciones, si bien actúan regulando dinámicas familiares, realizan un abordaje individual y autonomizado del sistema social en que se produce.

Por último, se ve que los procesos de parentalización, luego de la separación conyugal, recorren distintos caminos y producen un vaivén entre dos paisajes subjetivos en movimiento. Por un lado, se encuentran paisajes donde la circulación impresiona como una práctica de organización de lo familiar y de crianza compartida por ambos padres, aun cuando la mayor carga de responsabilidades recaiga sobre la madre. Los/as adolescentes transitan y circulan por diferentes espacios y en relación a diferentes personas, vinculándose más o menos fluidamente con ambos padres luego de la separación. Por otro lado, están las/os adolescentes que ven restringida su movilidad al barrio y personas de su entorno familiar. Desde el punto de vista subjetivo, el vínculo con uno de los integrantes de la pareja parental excluye la posibilidad de relacionamiento con el otro, construyéndose un no-lugar para el adolescente. Se ve la paradoja de estos tránsitos, que se convierten en un fin en sí mismo y no en un medio para ligar o conectar dos lugares para habitar, y donde tener familia.

Las imágenes de los paisajes y sus avatares subjetivos contienen un universo de posibilidades abiertas donde la investigación con adolescentes tiene mucho para aportar. Estas imágenes muestran los desafíos y las oportunidades a los que se enfrentan los adolescentes en esta etapa, y los efectos de subjetivación que tiene, no ya la separación conyugal en sí misma,

sino el procesamiento por parte de los adultos del cual los tránsitos hablan, y los recursos de los propios adolescentes en esta etapa de la vida; marcando el sentido, necesariamente abierto y en contradicción, que tiene la producción de subjetividad y sus conexiones con los procesos de parentalización en niños, niñas y adolescentes en diferentes contextos y configuraciones familiares.

Para ir finalizando, se ha visto que la ampliación y diversificación de los cuidados produce un descentramiento en relación a las familias, abriendo interrogantes acerca del ejercicio de las parentalidades en la contemporaneidad. La asociación entre familia y funciones parentales es parte de la ficción moderna de familia, la cual el ejercicio de las parentalidades pone en análisis. Asimismo, la constatación de figuras e instituciones que cuidan a niños, niñas y adolescentes, y que acompañan de modo sostenido su crecimiento, interpela a las parentalidades y a las construcciones sociales acerca de ellos. ¿Qué hace que unas relaciones de cuidado, y no otras, que se desarrollan en otras esferas, o con personas que no son parientes, devengan en procesos de parentalización?

Se plantea un campo para la investigación futura, donde proliferan nuevas preguntas acerca de la producción incesante de nuevas parentalidades; sobre cómo pueden estar rearticulando las normas que otrora ubicaban a las familias como principales dadoras de cuidados, pero también de apuntalamiento para la constitución de los sujetos. En este sentido, el cierre de la tesis marca la posibilidad de indagaciones futuras donde los cuidados hacia niños, niñas y adolescentes sean situados en un horizonte ético-político de lo común, donde inventar modos de cuidados colectivos y alternativos más allá del Estado o el mercado.

Hasta aquí el trazado de un mapa, uno posible entre otros, que encuentra su límite allí donde la materia de investigación es convocada a nuevos trayectos, abriendo al porvenir de futuras investigaciones.

Referencias Bibliográficas

- Agamben, G. (2018). *¿Qué es lo contemporáneo?* En Lobo Suelto <http://lobosuelto.com/que-es-lo-contemporaneo-giorgio-agamben/>
- Aguirre R. (2007). Trabajar y tener niños: insumos para pensar las responsabilidades familiares y sociales. En Gutiérrez M. A (comp.), *Género, familias y trabajo. Rupturas y continuidades*. Buenos aires. 99 - 135.
- Aguirre R. (2010). Los cuidados entran a la agenda pública. Uso del tiempo y bienestar social. *Revista de Ciencias Sociales*. Montevideo: Departamento de Sociología - FCS. N°27. 10-19.
- Almeda, E., Di Nella, D. (2011). Introducción. En: Vol. 3. Entre la ley y la experiencia. Nociones y redes de familias monoparentales. 15-28.
- Alves Santos Vivas, W., Luciano Góis de Oliveira, J. (2002). *As novas famílias: do patriarcado à monoparentalidade*. Dissertação (Mestrado). Programa de Pós-Graduação em Direito. Recife: Universidade Federal de Pernambuco. <https://repositorio.ufpe.br/handle/123456789/4859>
- Araujo, K. (2014). *Artesanía e incertidumbre: el análisis de los datos cualitativos y el oficio de investigar*. En: Canales, M. (Coord.) A. Escucha de la escucha: análisis e interpretación en la investigación cualitativa. 43-74.
- Ardoino, J. (2005). *Pensar la educación desde una mirada epistemológica*. Buenos Aires: Ediciones Novedades Educativas.
- Avilés Hernández, M. (2013). Origen del concepto de “monoparentalidad”. Un ejercicio de contextualización sociohistórica. *Papers. Revista De Sociologia*, 98(2), 263-285. <https://papers.uab.cat/article/view/v98-n2-aviles/pdf>
- Bakman, G. (2013). *Entre o roteiro e a viagem: família e crianças pelo caminho*. (Dissertação inédita de Mestrado). Rio de Janeiro: Universidade do Estado do Rio de Janeiro.

- Bassi, Jorge (2014). Hacer una historia de vida: decisiones clave en el proceso de investigación. En: *Athenea Digital* - 14(3), 129-170.
- Batthyány K, Genta N, Perrotta V, (2012). La población uruguaya y el cuidado: persistencias de un mandato de género. Encuesta Nacional sobre Representaciones Sociales del Cuidado: principales resultados. Serie Mujer y Desarrollo, 117. Santiago de Chile: CEPAL.
- Batthyány K, Genta N, Perrotta V, (2015). Las representaciones sociales del cuidado infantil desde una perspectiva de género. Principales resultados de la Encuesta Nacional sobre representaciones sociales del cuidado. Montevideo: *Revista de Sociología Papers*. 99/3, 335-354.
- Biglia, B. (2014). Avances, dilemas y retos de las epistemologías feministas en la investigación social. En Irantzu Mendia et al. (eds.) *Otras formas de (re) conocer*. Vitoria: UPV. 21-44.
- Bourdieu, P. (1997). *El espíritu de familia*. En: *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Editorial Anagrama. 135-145.
- Bourdieu, P. (1997) *Razones prácticas*. Buenos Aires: Anagrama.
- Bucheli, M., Cabella, W., Peri, A., Piani, G. & Vigorito, A. (2001). Sistematización de resultados. *Encuesta sobre situaciones familiares y desempeños sociales de las mujeres en Montevideo y el área metropolitana*. Consultado el 13 de febrero de 2019. https://www.researchgate.net/publication/23692778_Sistematizacion_de_resultados_Encuesta_sobre_Situaciones_Familiares_y_Desempenos_Sociales_de_las_mujeres_en_Montevideo_y_el_Area_Metropolitana_2001
- Bucheli, M., Cabella, W., Peri, A., Piani, G. & Vigorito, A. (2002). Encuesta sobre situaciones familiares y desempeños sociales de las mujeres de Montevideo y área metropolitana. Sistematización de resultados. Montevideo: UdelaR-UNICEF.

- Bucheli, M., Cabella, W., Nathan, M., Fitermann, P., Vigorito, A., Zerpa, C. (2015). *Cambio familiar y bienestar de las mujeres y los niños en Montevideo y el área metropolitana: una perspectiva longitudinal*. Recuperado en:
<https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/7593>
- Burin, M. & Meler, I. (1998). *Género y Familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2004). *El parentesco es de antemano homosexual*. Recuperado en:
http://www.debatefeminista.pueg.unam.mx/wpcontent/uploads/2016/03/articulos/032_01.pdf
- Cabella, W. (1999). *La evolución del divorcio en Uruguay (1950-1995)* Consultado el 13 de febrero de 2019. <https://core.ac.uk/download/pdf/38673981.pdf>
- Cabella, W. y Nathan, N. (2014). *Cambio familiar, parentalidades y bienestar en la infancia y la adolescencia*. En: Parentalidades y cambios familiares: enfoques teóricos y prácticos. Montevideo: Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay. 19-39.
- Cabella, W. (2007). *El cambio familiar en Uruguay: una breve reseña de las tendencias actuales*. Montevideo: UNFPA-Ed. Trilce.
- Cabella, W., Fernández Soto, Prieto V. (2015). *Atlas sociodemográfico y de la desigualdad social en Uruguay. Las transformaciones de los hogares uruguayos vistas a través de los censos de 1996 y 2011. Fascículo 6*. Montevideo: UNFPA-Ed. Trilce.
- Calquín, C. (2013). *De madres y de expertos: la psicología de posguerra y el disciplinamiento de los cuidados maternos*. SUMMA psicológica UST. Vol. 10. N 1. 119-129.
- Castro, S. (1980). *Para construir un concepto de familia*. En: Revista Uruguaya de Psicología, tomo 1, N°4. 45-64.

- . Collier, J., Rosaldo, M., Yanagisako, S. (1997). *¿Existe una familia? Nuevas perspectivas en antropología*. En Lancaster y di Leonardo (comps.) *Gender Sexuality Reader*. Routledge.
- Correa, S. (2018). *Ideología de género: rastreando sus orígenes y significados en la política de género actual*. <https://sxpolitics.org/es/ideologia-de-genero-rastreando-sus-origenes-y-significaods-en-la-politica-de-genero-actual/3858>
- Cosse, I. (2010). El ideal conyugal en crisis. En: Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores. 115-142.
- Cosse, I. (2018). *Familia y política en los 70 en America Latina*. Ficha de curso. Consultado el 13 de febrero de 2019. Disponible en: <http://fhuce.edu.uy/images/UPEP/Maestría/2018/Historia/progcosse.pdf>
- Cubo de Severino, L., Puiatti, H., Lacon, N. (2014). *Escribir una tesis. Manual de estrategias de producción*. Córdoba: Editorial Comunicarte.
- Deleuze, G., Guattari, P. F. (2004). Introducción. En: *Mil Mesetas: Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos. 9-21.
- Deleuze, G. (2018). La subjetivación. Curso sobre Foucault III. Buenos Aires: Cactus.
- De Certeau, M., Giard, L., Mayol, P. (1999). *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana
- [https://www.academia.edu/15083145/LA_INVENCI%C3%93N_DE_LO_COTIDIAN O. DE CERTEAU](https://www.academia.edu/15083145/LA_INVENCI%C3%93N_DE_LO_COTIDIAN_O_DE_CERTEAU)
- De Los Santos, N., Di Fabio, Ch., Marotta, C., Pierri, L. (2018). Parentalidades en acción, ¿familias en cuestión? Una aproximación a las encrucijadas de la intervención. Montevideo: Fronteras, 11, 77-87.

- Derrida, J. (2002) *Escoger su herencia*. En Derrida, J. y Roudinesco, El (2002) *Y mañana, qué...* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Díaz, E. (2007). *Para leer rizoma*. En: *Entre la tecnociencia y el deseo*. Buenos Aires: Biblos. 89-108.
- Di Nella, D., Almeda, E. Ortiz, R. (2014). Perspectiva no androcéntrica en los estudios sobre familias monoparentales. Reflexiones e implicaciones metodológicas. En: *AThenea Digital*, 14(4), 181-207.
- Eira, G. (2002). Familia y grupo familiar. En Fernández, J. & Protesoni, A. (Comp.): *Psicología Social: Subjetividad y procesos sociales*. Montevideo: Ediciones Trapiche. 71-80.
- Fals Borda, O. y Rodríguez Brandao, C. (1987). *Investigación Participativa*. Montevideo: Ediciones Banda Oriental.
- Federici, S. (2012). *Revolución en punto cero: Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Buenos Aires: Editorial Tinta Limón. Cap. I, II, III, IX.
- Federici, S. (2018). El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo. Buenos Aires: Editorial Tinta Limón.
- Felitti, K. (2012). Una decisión privada en las políticas públicas. En: Felitti, K. *La revolución de la píldora. Sexualidad y política en los sesenta*. Buenos Aires: Edhasa. 61-87.
- Fernández, A.M. (1992). *El campo grupal. Notas para una genealogía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Fernández, A.M. (1994). *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres* Buenos Aires. Paidós.
- Fernández, A. M. (2007). *Las lógicas colectivas: imaginarios, cuerpos y multiplicidades*. Buenos Aires: Biblos.

- Fernández, A. M., Borakievich, S. y Cabrera, C. (2012). *Diversidades amorosas, eróticas, conyugales y parentales en los modos de subjetivación contemporáneos* en Memorias del IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR, Facultad de Psicología, UBA.
- Fernández, J. & Protesoni, A. (2001) *La institución familia em los albores del siglo XXI*. En Fernández, J. & Protesoni, A. (Comp.): *Psicología Social: Subjetividad y procesos sociales*. Montevideo: Ediciones Trapiche. 82-100.
- Filgueira, C. (1996). *Sobre revoluciones ocultas: la familia en el Uruguay*. Montevideo: CEPAL.
- Flandrin, J. L. (1979). *Orígenes de la familia moderna*. Barcelona: Crítica.
- [http://www.iin.oea.org/Cursos a distancia/origenes de la familia moderna.pdf](http://www.iin.oea.org/Cursos%20a%20distancia/origenes%20de%20la%20familia%20moderna.pdf)
- Fonseca, C. (2002). Olhares antropológicos sobre a família contemporânea. En Rinaldi Althoff, C. *Pesquisando a família: olhares contemporâneos*. Florianópolis: Papa libros.
- Fonseca, C. (2005). Concepções de família e práticas de intervenção: uma contribuição antropológica. En: *Saúde e Sociedade*. Florianópolis. v.14 (n.2), 50-59.
- Fonseca, T., Costa, L. (2013). *As durações do devir: como construir objetos-problema com a cartografia*. *Fractal, Rev. Psicol.* v. 25 (n.2) 415-431.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población: Curso en el Collège de France 177-1978*. Buenos Aires: FCE.
- Foucault, M. (2008). *Historia de la sexualidad I: la voluntad del saber*. 2da. Edición. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Fuentes, S. (2015). *Familias hoy. Desbordes de un lazo social ficcionado*. En Seoane y Longo comp. *Lazo social y procesos de subjetivación*. La Plata. 49-55.

- Fukuyama, F. (1990). *¿El fin de la historia?* (versión electrónica). En: Cuadernos de Ciencias Sociales, N°. 1. Consultado el 13 de febrero de 2018.
<https://es.scribd.com/document/239211857/El-Fin-de-La-Historia-Por-Francis-Fukuyama>
- García-Dauder, S. y Ruiz Trejo, Marisa (2019). *The role of emotions in feminist research*. In Eulalia Pérez Sedeño, Esther Mayoko Ortega, Lola Almendros y (S.) García-Dauder (eds.), *Knowledge, Practices and Activism from Feminist Epistemologies*. Delaware: Vernon Press. 39-59.
- Genta, N. y Perrotta, V. (2015). *Los tiempos del bienestar social: género, trabajo no remunerado y cuidados en Uruguay*. En: Genta, N., Perrotta, V., Aguirre, R. y otros. Montevideo: UdelaR. FCS: MIDES: InMujeres.
- Giddens, A. (1992). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Giddens, A. (2000). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus. Capítulo 4, 65-80
<http://www.fhuc.unl.edu.ar/sociologia/paginas/biblioteca/archivos/Giddens4.pdf>
- Gilligan, C. (2013) *La ética del cuidado*. Fundación Víctor Grífols, Barcelona.
<http://www.secpal.com/%5CDocumentos%5CBlog%5Ccuaderno30.pdf>
- Goldstein, M. (2014). *La parentalidad de nuestra época*. En: Rotenberg, E. (comp.). *Parentalidades, interdependencias transformadoras entre padres e hijos*. Buenos Aires: Lugar. 227-338.
- Guattari, F. (1976). *Psicoanálisis y transversalidad* (1a. ed.). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Guattari, F; Rolnik, S. (1986). *Micropolítica. Cartografías do desejo*. Petrópolis: Vozes.
- Gutierrez, R. (2015). *Desandar el laberinto. Introspección en la femineidad contemporánea*. Buenos Aires: Tinta y limón.

- Haraway, D. (1991). *Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial*. En: *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra. 313-346.
- Haraway, D. (1997). *Testigo_Modesto@ Segundo_Milenio. HombreHembra@_Conoce_Oncorrotón@: Feminismo y tecnociencia*. Barcelona: UOC. Colección Nuevas Tecnologías y Sociedad. 2004.
- Harding, S. (1991). *Ciencia y feminismo*. Madrid: Morata.
- Harding, S. (2015). Prefacio, Capítulo 1 y Capítulo 2. En: *Objectivity and diversity: Another logic of scientific research*. Chicago: University of Chicago Press.
- Hays, S. (1998). *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Barcelona: Paidós.
- Hounie, A. (2012). *Construcción del saber en clínica psicoanalítica: la escritura de casos como modo de transmisión*. UR. FP.
<https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/8009?mode=full>
- Jelin, E. (1984). *Familia y unidad doméstica: mundo privado y vida pública*. Buenos Aires: Cedes.
- Jociles, M., Rivas, A., Moncó, F., Villamil, F., Díaz, P. (2008). *Una reflexión crítica sobre la monoparentalidad: el caso de las madres solteras por elección*. En: *Portularia*, vol. 8. 265-274.
<http://rabida.uhu.es/dspace/bitstream/handle/10272/2186/b15506010.pdf?sequence=1>
- Juarroz, R. (1991). *Duodécima poesía vertical*. Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohle.
- Kancyper, L. (2003) *La confrontación generacional. Estudio psicoanalítico*. Buenos Aires: Grupo Editorial Lumen.
- Kastrup, V., Passos, E. (2013). *Cartografiar e tracar um plano em comum*. *Fractal: Revista De Psicología*, 25(2), 263-280.

- La Barbera, M.C. (2016). *Interseccionalidad, un “concepto viajero”*: orígenes, desarrollo e implementación en la Unión Europea. En: *Interdisciplina 4*, N° 8, 105-122.
- Recuperado de: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/inter/article/view/54971>
- Lacan, J. (1977). *La familia*. Buenos Aires: Ediciones Homo sapiens.
- Landero, R. (2000). *Las familias monoparentales: sus características y tipología*. En *Revista de Ciencias Sociales (Cr)*. Costa Rica: Universidad de Costa Rica. vol. IV (núm. 90-91) 9-23.
- Lee Teles, A. (2009). *Política afectiva: apuntes para pensar la vida comunitaria*. Paraná: Fundación La Hendija.
- Lefaucheur, N. (2003). *Niños sin padre, madres sin cónyuge: un enfoque paradigmático*. En: *Nuevas formas de familia. Perspectivas nacionales e internacionales*. Montevideo: UNICEF, UdelaR. 55-71.
- López Gallego, L. (2010). Una apuesta analítica del funcionamiento del dispositivo psi pericial en el campo penal. *Psicología & Sociedade*, 22(2), 396-404.
- López Gallego, L. (2006). *Aproximación al dispositivo psi pericial en el campo jurídico-penal: vicisitudes de una práctica profesional* (Tesis de Maestría). Departament de Psicologia social.
- López, S., y Rodríguez, A. (2017). *Lo familiar en la cultura del Uruguay actual. Reflexiones desde la psicología social comunitaria*. En: *Revista de Ciencias Sociales*, 30(41), 111-126.
- Lora, M. E. (2003) *El niño y la familia desde el psicoanálisis. Una aproximación lacaniana* *Ajayu* [online], vol.1, n.2, pp. 25-28.
- http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S207721612003000200004&lng=es&nrm=iso. ISSN 2077-2161

- Lourau, R. (1994). *El análisis institucional*. Buenos Aires: Amorrortu Editores. Facultat de Psicologia. Universitat Autònoma de Barcelona.
- Manero, R. (2015). *El analizador y el sentido del análisis. Génesis teórica del concepto*. En: Área 3. Cuadernos de temas grupales e institucionales. N°. 19.
<http://www.area3.org.es/sp/item/399/El%20analizador%20y%20el%20sentido%20del%20an%C3%A1lisis.%20G%C3%A9nesis%20te%C3%B3rica%20del%20concepto>
- Martin, C. (2003). *La parentalite en question: Perspectives sociologiques. Rapport au Haut conseil de la population et de la famille*. <http://ladocumentationfrancaise.fr/rapports-publics/034000552/index.shtml>
- Mc. Millan y Chavis, (1986). *Sense of Community: A Definition and Theory*. Journal of Community Psychology. 14, 6-23
https://www.researchgate.net/publication/235356904_Sense_of_Community_A_Definition_and_Theory
- Molinier, P. (2012). *El trabajo de cuidado y la subalternidad*. Recuperado de: <https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-01075702>
- Montenegro, M. (2001). *Conocimientos, agentes y articulaciones. Una mirada situada a la Intervención Social*. Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social. Disponible en: <https://atheneadigital.net/article/view/n0-montenegro/17>
- Montenegro, M., Rodríguez, A. y Pujol, J. (2014). *La psicología social comunitaria ante los cambios en la en la sociedad contemporánea: De la reificación de lo común a la articulación de las diferencias*. *Psicoperspectivas*, 13 (2), 32-43.
- Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria. Desarrollo, conceptos y procesos*. Buenos Aires, Paidós.
- Montes, C.(2015). *Narrativas de la judicialización de la violencia doméstica: aproximación etnográfica en el juzgado especializado de familia de Montevideo*. Tesis de maestría

en psicología social de la Facultad de Psicología, UdelaR. Obtenido en:

<https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/20.500.12008/4880/1/Montes%20Cecilia.pdf>

Montes, C., y López, L. (2015). La experticia profesional en la judicialización de la violencia doméstica conyugal. *Quaderns De Psicologia*, 17(2), 7-18.

Montes, C., Lopez, L., Galeotti, R. (2018). *Adolescentes mujeres y medidas no privativas de libertad: Narrativas de una experiencia etnográfica*. En: *Psicoperspectivas*. vol. 17, N° 2, 1-12. Recuperado de:

<https://www.psicoperspectivas.cl/index.php/psicoperspectivas/article/viewFile/1212/806>

Morgado, B., Gonzalez, M., Jiménez, I. (2003). *Familias monomarentales: problemas, necesidades y recursos*. *Portularia*, Revista de Trabajo social, v. 3. 137-160.

Moscoso, M. (2009) *La mirada ausente: Antropología e infancia*. En: *Aportes Andinos* No.24. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador; Programa Andino de Derechos Humanos, abril 2009. p8

Nardiz, M. (2010). *Nuevas organizaciones familiares: familias de padres homosexuales y de un solo padre*. Universidad de Huelva. Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación. <http://rabida.uhu.es/dspace/handle/10272/2786?show=full>

Negri, A. y Hardt, M. (2001). *O Imperio*. Rio de Janeiro: Record.

Obiol Francés, S.; Di Nella, D. (Eds.) (2016). *Familias monoparentales en transformación*. Monoparentalidades transformadoras. Colección Familias Monoparentales y Diversidad Familiar. N° 17. *Barcelona: Copalqui Editorial*.

Passos, E. Benevides, R. (2015). *A cartografia como metodo de pesquisa-intervenção*. En

Passos, E; Kastrup, V; Escóssia, L. (2010) *Pistas de método da cartografia. Pesquisa-intervenção e produção de subjetividade*. Porto Alegre: Sulinas. 17-31.

- Patternote, D. y Kuhar, R. (2018). *Anti-gender campaigns in Europe*.
- Pederzoli, A. A. (2017). *Papai ou mamãe? Uma discussão dos papéis parentais em homens trans que engravidaram*. Dissertação de mestrado. São Paulo: Instituto de Psicologia da Universidade de São Paulo.
- Pellegrino, A., Cabella, W., Paredes, M., Pollero, R., & Varela, C. (2008). *De una transición a otra: la dinámica demográfica del Uruguay en el siglo XX*. En Benjamín Nahum (Editor), *El Uruguay del siglo XX. La sociedad*. Montevideo: Departamento de Ciencias Sociología- FCS- Ediciones Banda Oriental.
- Pichon Rivière, E. (1982). *El proceso grupal: Del psicoanálisis a la psicología social*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Porchat, P. (2017). *Elementos para refletir acerca do trabalhopsicanalítico con familias que “saem do armario”*. Ponencia presentada en I Colóquio - Psicanálise, Genero e Feminismo: Perspectivas. Participación como panelista con la Ponencia: “*Algumas considerações éticas e clínicas sobre a infância trans*”, Instituto de Psicologia da Universidade de San Paulo, 27 de octubre de 2017.
- Portillo, J. (2009). *Los retos de la izquierda uruguaya en el siglo XXI*. En: Albistur, G, de Torres, M., Fernández, A, et. Al. *Pequeños demonios y otros ensayos históricos y socio-políticos*. Montevideo, Trilce. 27-45.
- Poveda, D., Jociles, M., Rivas, A. (2011). *Monoparentalidad por elección: procesos de socialización de los hijos/as en un modelo familiar no convencional*. En: Athenea Digital, vol. 11, N°. 2, 133-154 <https://atheneadigital.net/article/view/v11-n2-poveda-jociles-rivas/835-pdf-es>
- Renault de Barros, L., Barros de Barros, M. (2013). *O problema da analise em pesquisa cartográfica*. En: *Fractal. Rev. Psicol.*, v. 25-n. 2 p. 373-390

- Rey, J, Granese, A. (2018). *La cartografía como método de investigación en psicología*. En: *Psicología, Conocimiento y Sociedad*. 1-34.
- Rifiotis, T. (2004). *As delegacias especiais de proteção à mulher no Brasil e a “Judicialização” dos conflitos conjugais*. *Sociedade e Estado*. 19, 85-119. (2008).
Judicialização das relações sociais e estratégias de reconhecimento: repensando a “violência conjugal” e a, “violência intrafamiliar”. *Revista Katálisis*. 11(2), 225-236.
- Rolnik, S. (1989). *Cartografía Sentimental, Transformações contemporâneas do desejo*. San Pablo: Editora Estação Liberdade.
- Rotenberg, E. (2014). *Parentalidades. Interdependencias transformadoras entre padres e hijos*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Roudinesco, E. (2003). *La familia en desorden*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Santelices, M., Besoain, C., Escobar, M. (2015). *Monoparentalidad, trabajo materno y desarrollo psicomotor infantil: Un estudio chileno en niños que asisten a salas cuna en contexto de pobreza*. Bogotá: En: *Univ. Psychol.*, V. 14 No. 2, 675-684
<http://www.scielo.org.co/pdf/rups/v14n2/v14n2a22.pdf>
- Sawaia, B. (2003). *La comunidad como principio y como entidad cívica: una discusión sobre democracia y felicidad centrada en la familia*. *Fundamentos en Humanidades*, 4 (7-8), 9-17.
- Scherzer, A. (comp.) (1994). *La familia grupo familiar e instituciones. Desde la práctica. Hacia la salud I*, Montevideo: Banda Oriental. P. 43.
- Scherzer, A. (2010). *De la familia edípica a la familia grupal*. Recuperado de:
<http://www.area3.org.es/Uploads/a3.14.Familia.AScherzer.pdf>
- Schroeder, D. (2014). *Funciones simbólicas parentales*. En: *Parentalidades y cambios familiares*. Enfoques teóricos y prácticos. Montevideo: INAU. 122 – 135.

- Scott, J. (1996). El género, una categoría útil para el análisis histórico. En: Lamas, M. compiladora. *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México DF: PUEG. 265-302.
- https://www.fundacionhenrydunant.org/images/stories/biblioteca/derechos_economicos_sociales_culturales_genero/El%20Genero%20Una%20Categoria%20Util%20para%20el%20Analisis%20Historico.pdf
- Solís Pontón, L. (2014). *Acerca de las bases psicoanalíticas del estudio de la parentalidad*. Grafo Working Papers, 3: 1-5. <http://revistes.uab.cat/grafowp/article/view/v3-solis>
- Spinoza, B. (1957). *Ética*. Sao Paulo: Atenas.
- Stolkiner, A. (2004) *Las familias y la crisis*. En: *Cuestiones de infancia*. V.8, 136-151.
- Tajer, D. (2009) *Heridos corazones: Vulnerabilidad coronaria en varones y mujeres*. Buenos Aires: Paidós.
- Tedesco, S., Sade, Ch., Vieira, L. (2013). *A entrevista na pesquisa cartográfica*. En: *Fractal, Rev. Psicol*, v. 25-n. 2 .299-322.
- Tobío, C., Agullo, M., Tomás, M., Gómez, M. Palomo, M. (2010). *El cuidado de las personas: un reto para el siglo XXI*.
- https://www.researchgate.net/publication/338753167_El_cuidado_de_las_personas_un_reto_para_el_siglo_XXI
- Uziel, A. (2002). *Familia e homossexualidade: velhas questões, novos problemas*. P. 262 Tese (doutorado) - Universidade Estadual de Campinas.
- Vega, C., Martinez, R., Paredes, M. (2018). *Experiencias y vínculos cooperativos en el sostenimiento de la vida en América Latina y el sur de España*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Wagner, A., Ribeiro, L., Arteché, A., Bornholdt, E. (1999). *Configuração Familiar e o Bem-Estar Psicológico dos Adolescentes*. *Psicologia: Reflexão e Crítica*, 12(1), 147-156.

https://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S010279721999000100010&lng=pt&nrm=iso&tlng=pt

Wall, K. (2003). *Familias monoparentais*. En: Sociologia, Problemas e Praticas. 51-66.

<http://www.scielo.mec.pt/pdf/spp/n43/n43a04.pdf>

Weissmann, L. (2008). *Familias monoparentales: un olhar psicoanalítico*. (Tesis de maestría). Pontificia Universidade de Sao Paulo PUC-SP. Recuperado de:

http://www.sapientia.pucsp.br/tde_arquivos/22/TDE-2008-07-22T08:17:35Z6019/Publico/Lisette%20Weissmann.pdf

Yunes, M., Mendes, N. & Albuquerque, B. de M. (2004). As interações entre os agentes comunitários de saúde e famílias monoparentais pobres: percepções e crenças sobre resiliência. *Revista Ciência, Cuidado e Saúde*, 3, 12-15.

Yunes, M., Mendes, N. & Albuquerque, B. de M. (2007). *Monoparentalidade, pobreza e resiliência: entre as crenças dos profissionais e as possibilidades da convivência familiar*. *Psicologia: Reflexão e Crítica*. 20, 444-453

<https://www.scielo.br/pdf/prc/v20n3/a12v20n3.pdf>

Zapata, J. (2013). *Familias monomarentales y monoparentales y su relación con los hijos e hijas adolescentes según el nivel socioeconómico y el sexo*. (Tesis doctoral). Sevilla:

Universidad Pablo de Olavide. <https://rio.upo.es/xmlui/handle/10433/670>